
PROPIEDAD
DEL
JEQUE
MORGAN GARO

PROPIEDAD DEL JEQUE

MORGAN GARO

© Morgan Garo, 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, digital, fotográfico o de otro tipo, sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, diálogos, escenarios y sucesos descritos son fruto de la imaginación de la autora o han sido utilizados con fines literarios. Cualquier semejanza con personas, lugares o acontecimientos reales es puramente accidental.

Primera publicación: junio de 2026

SINOPSIS

Me secuestraron una tarde de octubre, camino del metro. Lo siguiente que recuerdo es una subasta, unos focos y una cifra. La mía.

Raquel tenía veinticinco años, un máster a medias y una vida corriente en Madrid el día que desapareció. Cuando vuelve a abrir los ojos, está en el palacio de Khalid al-Rashaan, un hombre tan poderoso que está acostumbrado a conseguir todo lo que desea.

Khalid cree haber comprado obediencia. Raquel está decidida a convertirse en su peor inversión.

Pero cuanto más tiempo pasa entre los muros del palacio, más difícil resulta distinguir dónde termina el monstruo y dónde empieza el hombre. Y más peligroso se vuelve olvidar que, tarde o temprano, tendrá que elegir entre escapar de él... o quedarse.

Una novela intensa de pasión, obsesión y poder donde el amor puede ser tan peligroso como la libertad.



CAPÍTULO 1

Mi madre me llamó a las cinco y media, como hacía siempre, con esa puntualidad de reloj que a los dieciséis años me parecía asfixiante y que a los veinticinco ya simplemente me parecía ella.

—¿Estás bien? —fue lo primero que dijo, porque nunca empezaba por el hola ni por el qué tal el día, sino siempre por ahí, por esa pregunta en la que cabía toda su manera de quererme.

—Estoy bien, mamá.

—¿Has comido?

—A las tres.

—Eso es mucho tiempo, Raquel, tendrías que llevar algo en el bolso, una fruta, lo que sea.

—Sí —dije, aunque sabía que no lo haría—. Salgo ahora de la biblioteca y llego a casa antes de las siete.

—¿Vas en metro?

—Como siempre.

—Llámame cuando llegues.

—Sí, mamá.

Colgué y me guardé el móvil en el bolsillo del abrigo. Esa conversación la habíamos tenido ya cientos de veces, y la tendríamos cientos más, casi idéntica, hasta que ella fuera muy mayor o hasta que yo dejara de tener paciencia. Mientras tanto formaba parte del fondo tranquilo de los días, de esas costumbres a las que una no presta atención hasta que faltan.

Era un martes de octubre, apenas las seis menos cuarto. Ajusté la correa de la mochila sobre el hombro y eché a andar despacio, porque me gustaba esa hora en que el campus se vaciaba y el ruido de la ciudad se quedaba al fondo, como si Madrid bajara un poco el volumen solo para mí. Era mi quinto año de carrera, Filología Inglesa, especialidad en Literatura, con el trabajo de fin de máster pendiente de defensa en junio. Había pasado los últimos cuatro años yendo y viniendo de esa misma facultad, cruzando las mismas calles, cogiendo el mismo metro, hasta el punto de que me sabía el camino de memoria en el sentido más literal de la palabra. Podría haberlo hecho medio dormida sin equivocarme en una sola esquina. La boca del metro de Ciudad Universitaria quedaba a seis minutos a pie, o a cuatro si apretaba el paso. Aquella tarde no lo apreté, porque me apetecía caminar y porque el día todavía parecía guardar cosas pendientes.

Fue entonces cuando vi la furgoneta. O más bien cuando me di cuenta de que ya la había visto antes.

Era blanca, aparcada en la calle lateral que bordeaba el edificio de Ciencias, y no tenía nada de particular, porque Madrid está llena de furgonetas blancas y uno no se fija nunca en ninguna. Pero yo la había visto esa misma mañana al llegar, parada en ese mismo sitio, y la coincidencia fue lo bastante pequeña y lo bastante extraña al mismo tiempo para que me detuviera un segundo en la acera a mirarla. No se veía a nadie dentro. Seguí caminando y me dije que

no era nada, que las furgonetas se quedan aparcadas días enteros, que yo estaba cansada y veía cosas donde no las había.

El hombre estaba apoyado en el muro de la entrada del aparcamiento, con las manos en los bolsillos, con una quietud que no encajaba del todo con el lugar. Tendría unos cuarenta años, abrigo oscuro, complexión ancha. No miraba el móvil ni parecía esperar a nadie. Estaba simplemente ahí, parado, y cuando pasé por delante levantó la vista y me miró. No aparté los ojos a tiempo. Durante dos segundos que se me hicieron larguísimos nos miramos el uno al otro, sin que él bajara la mirada. La bajé yo, y aceleré el paso casi sin decidirlo, con esa parte del cuerpo que avisa antes de que la cabeza entienda nada.

La calle que bajaba hacia el metro estaba demasiado tranquila para esa hora. Un martes a las seis menos diez tendría que haber estudiantes volviendo a casa, gente saliendo del edificio de administración. Los había, sí, no estaba desierta, pero menos de los que solía. Lo noté precisamente porque llevaba cinco años cruzando esa calle y tenía lo habitual grabado en algún lugar del cuerpo. Le estaba escribiendo a mi madre, «saliendo ya, llego antes de las 7», con los pulgares en la pantalla y la cabeza a medias en el mensaje y a medias en aquella tranquilidad rara, cuando el primer hombre apareció por mi derecha.

No corrió. Eso fue lo primero que me desconcertó. Caminaba a paso normal, como alguien que va a algún sitio concreto, y no lo identifiqué como una amenaza hasta que lo tuve a menos de dos metros. Algo en la manera en que movía los ojos, en que en realidad no iba a ningún sitio, en que me miraba con demasiada precisión, me hizo pararme en seco. Yo me paré, pero él no. Apenas tuve tiempo de girarme, de ver que había otro hombre detrás de mí, de abrir la boca para gritar. Una mano me cubrió la boca y la nariz antes de que el grito terminara de formarse, y un brazo me rodeó la cintura con tanta firmeza y tanta rapidez que mis pies dejaron de tocar el suelo.

El móvil se me cayó de la mano. Lo oí golpear el asfalto con un ruido seco de pantalla contra el suelo, y pensé, de una manera absurda dadas las circunstancias, que se me habría roto la pantalla. Enseguida dejé de pensar en el móvil, porque aquello que me apretaban contra la cara no era solo la mano, sino una tela, o algo parecido a una tela, con un olor dulzón y químico que se me metía dentro antes de que pudiera contener la respiración. Pateé. Sé que pateé porque noté el impacto de mi pie en la espinilla de alguien, y oí una palabra corta y áspera que podría haber sido una maldición aunque no entendí en qué idioma. Pero los brazos no me respondían como yo les pedía. El edificio de Ciencias, al fondo de la calle, empezó a inclinarse hacia la izquierda de una manera que no tenía ningún sentido. Todo lo demás se fue volviendo lento y blando: las luces partidas, el suelo lejos, mi propio cuerpo cada vez menos mío. Y después ya no hubo nada.

***

Desperté con la mejilla pegada a una superficie dura y fría. Tardé varios segundos en comprender que era el suelo, varios más en comprender que no sabía dónde estaba, unos cuantos más todavía en intentar mover los brazos y descubrir que los tenía atados a la espalda.

Apenas entraba un hilo de luz por debajo de lo que debía de ser una puerta, tan escaso que me costó encontrarlo. Olía a humedad, a metal, a algo viejo y cerrado que no tenía nombre pero que se me asentó en el estómago como una advertencia. Intenté gritar y lo que salió fue un sonido pequeño y áspero, porque la garganta no me funcionaba bien, como si alguien me la hubiera lijado por dentro mientras dormía. Tragué saliva con esfuerzo y lo intenté otra vez, más fuerte. Esa vez sí salió algo parecido a un grito, aunque el espacio cerrado se lo tragó casi entero. Nadie respondió al otro lado.

Empecé a mover las muñecas para entender qué me sujetaba. Era plástico, una brida de esas que se usan para los cables pero más grande, apretada lo justo para hacerme daño y no tanto como para cortarme la circulación. Esa idea, la de que alguien había medido

con exactitud cuánto apretar, me dio más miedo que la brida en sí. El suelo era de cemento, lo noté en la mejilla y en la rodilla cuando intenté incorporarme. No lo conseguí a la primera, porque las piernas todavía no me respondían del todo. Me arrastré hasta la pared, que también era de cemento, y me quedé sentada con la espalda apoyada en ella. Intenté respirar, porque el aire entraba a tirones, demasiado corto, y notaba el corazón en los oídos, en la garganta, en las puntas de los dedos, en sitios donde una no nota el corazón normalmente. Cerré los ojos, aunque cerrados o abiertos la oscuridad fuera la misma, y conté, hasta diez, luego hasta veinte, despacio, hasta que el aire dejó de cortarse.

Mis padres no tenían dinero. Eso fue lo primero que pensé, con una claridad que casi me dio risa, porque si aquello era un secuestro por rescate se habían equivocado de persona. Éramos una familia normal de Salamanca, con mi padre dando clases en un instituto y mi madre llevando la contabilidad de dos negocios pequeños. Vivíamos bien, pero no éramos ricos ni de lejos. Y entonces, si no era el dinero, ¿qué era? La segunda posibilidad fue llegando despacio, como llegan las cosas que la cabeza prefiere no pensar, en fragmentos sueltos: imágenes de noticias que había visto sin mirarlas de verdad, porque eran cosas que les pasaban a otras personas en otros países, palabras que había leído alguna vez sin darles ningún peso. Trata. Tráfico. Mujeres. Al juntarlas todas empecé a temblar sin haberlo decidido, desde algún punto por debajo del pecho hacia afuera, y no pude pararlo por más que lo intenté.

Los pasos llegaron sin aviso. Me quedé completamente quieta, como si eso pudiera volverme invisible. Se detuvieron al otro lado de la puerta. Sonó una cerradura, metálica, de esas que suenan definitivas, y la puerta se abrió. Después de tanta oscuridad la luz me hizo daño y cerré los ojos. Cuando los abrí había un hombre en el umbral, no el de la calle, o al menos no uno que yo reconociera, sino otro más joven, con la cabeza rapada y una expresión que no era exactamente crueldad sino algo más difícil de nombrar, una

especie de ausencia. Me miró como se mira una caja que hay que cambiar de sitio.

Dijo algo en un idioma que no era el mío. Le contesté que no entendía, que no sabía qué idioma era ese, y mi propia voz me sonó como la de otra persona, ronca y pequeña. No respondió nada. Dio un paso hacia mí, y yo retrocedí contra la pared aunque no hubiera ningún sitio adonde retroceder. Se agachó, me cogió del brazo con una sola mano y tiró. Le pedí que esperara, le pregunté adónde íbamos, le dije por favor, pero tiró más fuerte. Me puse de pie porque la única alternativa era que me arrastrase por el suelo, y lo seguí con las manos todavía atadas a la espalda y las piernas que aún no terminaban de ser del todo mías.

Había más puertas en el pasillo, todas cerradas. De una de ellas, al pasar, salió un sonido que tardé un momento en reconocer porque no esperaba escucharlo allí: alguien llorando, no a gritos sino peor, con ese llanto quieto de quien lleva tantas horas llorando que ya no le quedan fuerzas para hacerlo de otra manera. Me paré sin darme cuenta. El hombre tiró de mí sin mirarme siquiera, y seguí andando porque no podía hacer otra cosa.

Me metió en otra habitación algo más grande, con un colchón en el suelo con una manta encima, una botella de agua cerrada en un rincón, algo envuelto en plástico que debía de ser comida, y una bombilla pelada colgando del techo. Me cortó la brida de las muñecas con unas tijeras pequeñas, sin mirarme a la cara en ningún momento. Salió, la cerradura volvió a sonar a mi espalda, y me quedé sola.

Me senté en el colchón y me froté las marcas rojas que la brida me había dejado en la piel. No lloré. Todavía hoy no sé muy bien por qué no lloré, salvo que creo que estaba demasiado al otro lado de algo como para llegar todavía hasta las lágrimas. Me quedé mirando la pared, pensando cosas sin sentido: que no había llamado a mi madre al llegar a casa y que estaría preocupada, que mi móvil seguía tirado en el suelo de aquella calle, que al día siguiente tenía tutoría con mi director de máster a las doce. Que el día siguiente

todavía existía en mi cabeza como un concepto que podía aplicarse a mí.

Me tumbé con la ropa puesta y los ojos abiertos. Escuché los pasos al otro lado de las paredes, las voces lejanas en aquel idioma que no reconocía, el llanto de la otra habitación que no terminaba nunca. Supe que no iba a dormir, aunque tampoco importaba demasiado, porque el cuerpo no pedía dormir sino salir, correr, gritar, romper algo con las manos, y todavía no entendía que no existía ninguna de esas opciones. Cerré los ojos de todas formas. Me acordé de mi madre, de su voz a las cinco y media, de aquella pregunta suya de siempre, ¿estás bien?, que durante años me había parecido un exceso. Pensé que en ese momento habría dado lo que fuera por volver a escucharla.



CAPÍTULO 2

No supe cuántos días pasé en aquella habitación. La bombilla del techo no se apagaba nunca y no había nada que separase una hora de otra, de modo que el tiempo se volvió una sustancia espesa y sin forma en la que yo flotaba sin asideros. Aprendí a medirlo por las comidas, que llegaban dos veces en lo que supuse que era un día, siempre envueltas en el mismo plástico, siempre traídas por el mismo hombre de la cabeza rapada. Abría la puerta, dejaba la comida en el suelo, recogía lo de la vez anterior y volvía a cerrar sin decir una palabra ni mirarme a la cara, como si yo fuera una parte más del mobiliario que había que mantener.

Al principio no comí. Tenía el estómago cerrado por el miedo, y una parte de mí pensaba, con una lógica infantil que ahora me da ternura y pena al recordarla, que negarme a comer era una forma de resistir. Pero el hambre es más vieja y más terca que el miedo. Al segundo día, o al que yo creía que era el segundo, me descubrí abriendo el plástico con dedos temblorosos, comiendo lo que había

dentro, que era pan, una especie de queso y unos dátiles. Mientras comía lloré por fin, no de pena sino de pura rabia conmigo misma, porque me parecía que comer era aceptar lo que estaba pasando. Aún no había aprendido que comer solo era seguir viva.

El agua la racionaba sin que nadie me obligase, por miedo a quedarme sin ella, hasta que comprendí que la botella nueva llegaba siempre con la comida, que aquella era una de las pocas certezas de las que disponía. Entonces empecé a beber con normalidad y a guardar las botellas vacías en un rincón, alineadas, porque contarlas se convirtió en mi manera torpe de medir el tiempo. Llegué a tener cinco, luego seis, y luego perdí la cuenta cuando el hombre las retiró todas de golpe una mañana. Aquello, la destrucción de mi único calendario, me dolió mucho más de lo que tenía ningún sentido.

Hablé con el hombre de la cabeza rapada muchas veces, aunque él no me contestara nunca. Hablar era lo único que me quedaba de mí misma, y la quietud de aquella habitación era tan completa que a veces necesitaba oír mi propia voz para recordar que seguía ahí. Le pregunté dónde estaba. Le pregunté qué querían de mí. Le dije que mis padres estarían buscándome, que la policía estaría buscándome, que yo no era nadie importante, que se habían equivocado. Le hablé en español y en el poco inglés que sabía por la carrera, por si acaso. Nada de aquello cambió jamás la expresión ausente de su cara ni el ritmo con el que dejaba la comida y recogía los restos. Una vez, una sola, cuando le dije por favor con la voz rota, me pareció que dudaba medio segundo en el umbral antes de salir. Pero pudo ser mi imaginación, que para entonces ya empezaba a inventarse cosas para no perder pie del todo.

***

El día que vinieron a por mí lo supe antes de que abrieran la puerta. Los pasos en el pasillo eran más de unos, tres o cuatro pares de pies en lugar del par único de siempre, y traían consigo un murmullo de voces que no había escuchado hasta entonces. Me incorporé en el colchón y me pegué a la pared, con el corazón otra vez subido a la garganta. Cuando la cerradura sonó y la puerta se abrió, entraron

dos hombres que no había visto nunca, mayores, mejor vestidos que el de la comida. Detrás de ellos, una mujer.

La mujer fue lo que más me desconcertó. Hasta ese momento todo en aquel lugar había sido masculino y ajeno, y verla a ella, con su pañuelo en la cabeza, su bata sobre la ropa y un maletín pequeño en la mano, me produjo durante un instante absurdo una punzada de esperanza. Como si por ser mujer fuera a ayudarme. Como si compartir con ella algo tan básico significara algo. No significaba nada. Me di cuenta enseguida en cuanto me miró, porque su mirada era la misma que la del hombre de la comida, la de quien examina un objeto, solo que la suya iba acompañada de una eficiencia profesional que la hacía, si cabe, todavía más fría.

Dijo algo a los dos hombres y ellos asintieron. Luego se dirigió a mí en un español trabajoso, de acento muy marcado. Fueron las primeras palabras que entendí en todos aquellos días, y por eso se me quedaron grabadas con una nitidez que daría cualquier cosa por no tener.

—Tú quieta —dijo—. Esto rápido. Si tú quieta, rápido y no dolor. Si tú no quieta, igual, pero peor para ti.

No entendí del todo qué quería decir hasta que lo entendí demasiado, hasta que comprendí para qué había venido y qué iban a hacer. El cuerpo se me adelantó otra vez, como en la calle de Madrid. Empecé a negar con la cabeza, a decir que no, que no, que de ninguna manera, a apretarme contra la pared como si la pared pudiera abrirse y tragarme. Los dos hombres se acercaron. No me pegaron, no hubo golpes, pero me sujetaron con una fuerza tranquila y entrenada, sin esfuerzo, como quien sujeta algo que se mueve más por costumbre que por verdadera resistencia. Yo me revolví, grité, supliqué. De nada sirvió, porque ellos habían hecho aquello muchas veces y yo nunca.

No voy a contar lo que pasó después. No porque no lo recuerde, sino porque lo recuerdo entero, y porque hay cosas que una se guarda no por vergüenza sino por dignidad. Contarlas con detalle sería entregarlas otra vez, y yo ya las entregué una vez sin que me

preguntaran. Diré solo que fue clínico, y rápido como había prometido la mujer. Que durante todo el tiempo que duró miré la bombilla del techo, esa bombilla pelada que llevaba días siendo mi único reloj, y conté, hasta diez, luego hasta veinte, como había aprendido a hacer cuando el aire se me cortaba. Que la mujer le dijo a uno de los hombres una palabra al terminar, una sola. Y que por la manera en que él la repitió y asintió, por cómo me miraron entonces los dos, con una atención nueva, comprendí que aquella palabra cambiaba mi precio. Que yo había dejado de ser una mujer secuestrada para convertirme en una mercancía que acababan de tasar al alza.

Esa noche, si es que era de noche, no comí lo que me trajeron. No por resistencia esta vez, sino porque no podía, porque el cuerpo entero se había cerrado como un puño. Sentí entonces algo más hondo que el miedo, algo que tardé en reconocer y que, cuando reconocí, me asustó casi tanto como el resto. Era odio. Odio limpio, sin mezcla de nada, dirigido a todos ellos, al lugar, al idioma que no entendía, a la bombilla, a mí misma por no haber sabido defenderme. Y descubrí, tumbada en aquel colchón con los ojos secos, que el odio se sostiene mejor que el miedo. Que el miedo te deja temblando en el suelo, pero el odio te mantiene erguida. Y que iba a necesitarlo.

Me trasladaron al cabo de lo que calculo que fueron dos días más. Vinieron de madrugada, o al menos en un momento en que el edificio estaba en silencio. Esta vez me ataron las manos por delante, me pusieron una venda en los ojos y una sudadera con capucha que olía a otra persona. Me sacaron por el pasillo, por unas escaleras, por una puerta, y al cruzarla me llegó el aire de la calle después de tanto encierro.

Eso fue lo que casi me rompió, más que nada de lo anterior. Era aire de verdad, de ciudad despierta. A lo lejos se oía pasar algún coche por una avenida, gente que iba a algún sitio, gente con casa, con nombre, con un día siguiente que le pertenecía. El mundo entero seguía ahí fuera, a unos metros de mí, sin enterarse, mientras a mí

me metían en la parte trasera de un vehículo como se mete un paquete. Nadie sabía. Nadie me oía. Y yo iba dentro con un grito que no me salía.

Durante el trayecto, que fue largo, intenté memorizar todo lo que pudiera servirme: cuántas veces giraba el coche y hacia dónde, cuánto rato pasaba en línea recta, si subíamos o bajábamos. Me dije que si conseguía reconstruir el camino sabría volver algún día. Era una esperanza ridícula y lo sabía mientras la tenía, pero me agarré a ella igual, porque entre eso y nada me quedaba con eso, que es lo único que tienen los que no tienen nada.

Llegamos a un sitio donde el aire volvió a cerrarse, un interior grande por cómo resonaban los pasos. Me quitaron la venda en una sala sin ventanas donde había otras mujeres.

Éramos siete u ocho, calculé. Todas jóvenes, todas con esa palidez de quien lleva días sin sol, sentadas en bancos a lo largo de las paredes, vigiladas por hombres apostados junto a las puertas. Ninguna hablaba. Algunas miraban al suelo, otras a la pared. Una lloraba bajito, y supe sin que nadie me lo dijera que era ella, la de la habitación de al lado, la que había llorado todas aquellas noches al otro lado de mi pared. La miré y ella levantó un momento la vista. Nos miramos. No nos dijimos nada, porque no compartíamos idioma y porque no había nada que decir, pero en aquella mirada hubo un reconocimiento, una compañía mínima. Luego ella volvió a bajar los ojos al suelo, y yo bajé los míos.

Nos hicieron asearnos, una a una. Nos dieron ropa nueva, sencilla pero limpia. Y entonces entendí del todo lo que hasta ese momento solo había intuido: que nos estaban arreglando para enseñarnos, que todo aquello eran los preparativos de una venta.

Me senté en el banco con las demás, con la ropa limpia que no había elegido y el pelo todavía húmedo. Me miré las manos sobre las rodillas, esas manos que dos semanas atrás escribían un mensaje a mi madre en una calle de Madrid. Pensé que dentro de muy poco, en aquella misma sala o en otra parecida, alguien iba a poner un precio sobre mi cabeza. Que ese precio me llevaría a algún sitio del

que ya no sabría cómo volver. Y que lo único que nadie podía comprarme, ni tasarme, ni quitarme, era la decisión de sobrevivir a todo aquello costara lo que costase, y de que algún día, de alguna manera, los que me habían hecho esto lo lamentaran.

Me agarré a ese pensamiento como me había agarrado al aire de la calle.

Y esperé.



CAPÍTULO 3

Nos tuvieron en aquella sala lo que se me hicieron horas. Una a una, un hombre con una tablilla iba apuntando algo de cada mujer, midiéndonos con la mirada, anotando cifras que yo no veía pero que imaginaba. Cuando me tocó a mí, se acercó, me levantó la barbilla con dos dedos para verme la cara a la luz, me hizo girar la cabeza a un lado y a otro. No me tocó de ninguna otra forma. No le hizo falta. Bastaba esa manera suya de mirarme, como quien comprueba el estado de algo antes de ponerle una etiqueta, para que yo entendiera con todo el cuerpo lo que estaba a punto de pasar.

Apuntó un número en la tablilla. Pasó a la siguiente.

A las que llevaban más tiempo se las notaba en la quietud. La chica del llanto, la de mi pared, ya ni levantaba la vista cuando se le acercaban. Había aprendido algo que yo todavía estaba aprendiendo, que cualquier reacción se castiga o se ignora, que da igual, que lo mejor es no estar del todo presente. Yo aún no sabía marcharme así de mí misma. Lo aprendería después.

Vino otra mujer, distinta de la del maletín, más joven, con un estuche de maquillaje. Nos arreglaron por turnos, deprisa, sin delicadeza. A mí me recogió el pelo, me pasó algo por la cara, me miró el resultado entornando los ojos como se mira un escaparate. Quería protestar, decirle que no me tocara, pero el odio de la noche anterior se había replegado a algún sitio hondo, y lo que quedaba en su lugar era una especie de frío, un entumecimiento que me dejaba mirar todo aquello desde una distancia rara, como si le pasara a otra.

Quizá era mejor así. Quizá esa distancia era lo único que me sostenía de pie.

Nos llevaron por un pasillo, en fila, cada una con un hombre detrás. Oí música al fondo, algo suave, de las que suenan en los sitios caros, y voces de hombres hablando bajo, riéndose de vez en cuando. Aquella risa me dio más miedo que cualquier grito. Eran hombres cómodos, tranquilos, hombres que estaban pasando una buena noche.

La sala donde nos hicieron esperar tenía una cortina pesada al fondo. Por el hueco se colaba la luz del otro lado, y sombras, y esa música. Nos colocaron en orden. A mí me pusieron la cuarta. Delante de mí, tres mujeres. La chica del llanto era la segunda.

Empecé a entender cómo funcionaba cuando se llevaron a la primera. La pasaron al otro lado de la cortina, y la música bajó, y una voz de hombre empezó a hablar por un micrófono en aquel idioma que yo no entendía, con un tono que reconocí enseguida porque es universal, el tono de quien vende. Subía, bajaba, hacía pausas. De vez en cuando, desde el otro lado, llegaban voces sueltas, breves, secas. Pujas. No necesitaba entender las palabras para entender los números.

Duró poco. Un golpe seco, como de mazo sobre madera, cerró el asunto. Se la llevaron por otra puerta. No volví a verla.

La segunda fue la chica del llanto.

Cuando la cogieron del brazo para pasarla, levantó la cabeza un instante, y me buscó. No sé por qué me buscó a mí, si apenas nos habíamos mirado dos veces. Pero me buscó, y yo le sostuve la mirada todo lo que pude, hasta que la cortina cayó detrás de ella y ya no hubo nada que sostener. La voz del micrófono volvió a empezar. Las pujas sonaron más esta vez, más insistentes, varias voces pisándose. Algo en ella valía más. El mazo tardó más en caer.

Cuando cayó, cerré los ojos.

La tercera no la vi marcharse. Tenía la vista clavada en mis propias manos, contando, hasta diez, hasta veinte, intentando irme a ese sitio al que la chica del llanto sabía irse y yo no.

Y entonces noté la mano en mi brazo.

Lo que hay detrás de una cortina así no se parece a nada que una haya imaginado. Yo había pensado, en los pocos segundos que me dejaron pensar, en algo sórdido, oscuro, un sótano lleno de hombres como ratas. No era eso. Era una sala amplia, bien iluminada, casi elegante. Había una tarima pequeña, un par de focos cálidos dirigidos hacia ella, y enfrente, en una penumbra estudiada, hileras de butacas donde se adivinaban figuras de hombres sentados. No les veía las caras. Los focos me daban a mí y me cegaban a ellos. Eso también estaba pensado. Yo tenía que ser visible. Ellos, no.

Me colocaron en el centro de la tarima. La luz me caía encima, caliente, demasiado fuerte. El hombre del micrófono estaba a un lado, y empezó a hablar, señalándome con la mano abierta, presentándome. No entendía las palabras, pero entendía el gesto, ese ademán de mostrar una pieza, de invitar a apreciarla. En algún momento dijo algo y se hizo un pequeño silencio entre las butacas, y luego un murmullo distinto, más atento, y supe, sin necesidad de traducción, qué acababa de anunciar. Lo que la mujer del maletín había certificado. Lo que cambiaba mi precio.

A partir de ahí, las voces empezaron.

No las veía. Solo las oía, surgiendo de la oscuridad, una aquí, otra allá, números lanzados con esa frialdad de quien está acostumbrado

a comprar cosas caras. El hombre del micrófono las recogía, las repetía, las elevaba. Giraba la mano hacia mí cada poco, recordándoles lo que estaban comprando. Yo era el objeto sobre la mesa. La cifra subía a mi alrededor mientras yo seguía allí plantada bajo los focos, sin poder hacer nada, sin entender nada, convertida en el centro de una operación de la que era a la vez el todo y la nada, porque todo giraba en torno a mí y yo no contaba para nada.

Hubo un momento, uno solo, en que estuve a punto de derrumbarme. No de miedo. De algo peor, de una vergüenza inmensa, absurda, que no tenía sentido porque yo no había hecho nada para merecerla, pero que me subió por dentro como una marea, la vergüenza de estar ahí expuesta, tasada, deseada por hombres sin rostro que decidían cuánto valía mi cuerpo en monedas. Sentí que las rodillas me fallaban.

Y entonces hice lo único que pude hacer.

Levanté la cabeza. Busqué los focos de frente, aunque me cegaran, aunque me dolieran, y los miré. Si iban a comprarme como a un animal, que al menos vieran que el animal levantaba la vista. Que no había agachado la cabeza. Fue un gesto pequeño, inútil, que no cambió absolutamente nada de lo que estaba pasando. Pero lo necesitaba yo. Lo hice por mí. Y por un segundo, mientras miraba hacia aquella oscuridad llena de hombres, me pareció notar que las voces se detenían un instante, como si algo en ese gesto los hubiera descolocado.

Después siguieron. Por supuesto que siguieron.

La cifra subió un poco más. Quedaron dos voces disputándose, una a la derecha, otra al fondo. Iban y venían. El hombre del micrófono las azuzaba, encantado. Hasta que una de las dos, la del fondo, dijo algo, una cifra o una palabra, y la otra calló. Se hizo el silencio.

Cayó el mazo.

Yo no entendí lo que significaba hasta que noté de nuevo la mano en el brazo, llevándome fuera de los focos, hacia el lateral, hacia la sombra. Acababan de comprarme. Alguien, en algún lugar de

aquella oscuridad, había dicho un número más alto que los demás, y con ese número me había convertido en suya. No le había visto la cara. No sabía quién era, ni de qué país, ni qué quería de mí, ni qué iba a ser de mi vida a partir de aquel mazo. Solo sabía que ya no me pertenecía.

Me sacaron por la puerta lateral, la misma por la que habían desaparecido las otras. Detrás de la tarima el lujo se acababa de golpe, y volvíamos a los pasillos de servicio, al cemento, a las puertas metálicas. Me metieron en una habitación pequeña, con una silla, y me dejaron allí con un hombre vigilando desde el umbral. No el de la cabeza rapada. A ese no volví a verlo. Uno nuevo.

Esperé sin saber qué esperaba. Pasó un rato largo. Oí, a través de la pared, que la subasta continuaba, otra voz de mujer al otro lado de la cortina, más pujas, otro mazo. La rueda no se detenía por nadie. Había llegado yo, me habían vendido, y la noche seguía como si tal cosa, con la siguiente, y la siguiente, hasta que se acabaran las mujeres o se acabaran los compradores.

Al cabo entró un hombre distinto, trajeado, con una carpeta. Habló con el que me vigilaba. Me miró por encima como se mira un envío que hay que despachar, comprobó algo en sus papeles, hizo una llamada breve en aquel idioma. Yo intenté hablarle. Le pregunté quién me había comprado, adónde me llevaban, si podía avisar a mi familia. Le hablé en español, le hablé en inglés. Ni siquiera me miró a los ojos al responder, y lo que respondió fue una sola frase, en un inglés correcto y cansado, la frase de alguien que la ha dicho muchas veces.

—No preguntes. Aprende rápido. Te irá mejor.

Fue todo.

Volvieron a vendarme los ojos. Volvieron a atarme las manos, esta vez con algo más suave que la brida, una correa de tela, casi considerada, como si a partir de ese momento yo fuera una mercancía demasiado cara para estropearla con marcas. Me llevaron por más pasillos, me hicieron subir a un vehículo, y arrancamos.

El trayecto fue larguísimo. En algún momento dejé de notar ciudad alrededor, dejó de haber giros y semáforos, y el ruido se volvió uniforme, el ruido de una carretera abierta. Después, mucho más tarde, hubo un cambio que tardé en identificar bajo la venda hasta que lo identifiqué del todo, un olor nuevo, un aire distinto, más cálido, más seco. Y un sonido que no había vuelto a oír desde Madrid y que en cualquier otro momento de mi vida me habría dado alegría.

El sonido de un avión.

Entonces comprendí lo último que me quedaba por comprender. Que no me llevaban a otra ciudad. Que me llevaban fuera. Lejos. A un sitio donde mi idioma no servía, donde mi cara no le diría nada a nadie, donde nadie iba a venir a buscarme porque nadie sabría jamás dónde mirar.

Me subieron a aquel avión con los ojos tapados. Me sentaron, me ajustaron un cinturón sobre el regazo con una amabilidad mecánica que resultaba más siniestra que cualquier brusquedad. Despegamos. Noté el suelo de mi mundo entero inclinarse y quedarse atrás, kilómetro a kilómetro, mientras yo iba sentada a oscuras sin saber hacia dónde, propiedad de un hombre cuyo nombre todavía ignoraba, cuya cara no había visto, y que en algún lugar al final de aquel vuelo me estaba esperando.



CAPÍTULO 4

El avión aterrizó cuando yo había perdido del todo la cuenta de las horas. Me quitaron la venda ya en tierra, dentro de otro coche, y la primera luz que vieron mis ojos después de tanto tiempo a oscuras fue una luz blanca, durísima, de un sol que no se parecía al de ningún sitio que yo conociera. Tuve que entornar los párpados. Por la ventanilla tintada se veía una carretera ancha y vacía que cruzaba una extensión de tierra clara, casi amarilla, sin un árbol, sin una sombra, hasta una línea de edificios lejanos que temblaban en el calor.

No reconocí nada. Ni el paisaje, ni los carteles que pasaban de vez en cuando con una escritura que no sabía leer. Solo entendí, mirando aquello, hasta qué punto estaba lejos. No era una distancia de kilómetros. Era otra cosa. Era estar en un lugar donde nada de lo que yo era servía ya para nada.

El coche dejó atrás la ciudad sin llegar a entrar en ella, tomó un desvío, y enfiló una carretera privada que ascendía. Al final había un

muro. Un muro largo, claro, coronado de cámaras, con una verja que se abrió sola al acercarnos. Lo que había detrás me dejó sin respiración, no por bonito, aunque lo era, sino por lo que significaba.

Era un palacio.

No una mansión grande. Un palacio. Jardines imposibles en mitad de aquella tierra seca, agua corriendo por canales de piedra, palmeras alineadas con precisión militar, una construcción baja y extensa de muros pálidos que se perdía a los lados. Todo aquello costaba una fortuna solo en mantenerse vivo bajo semejante sol. Y comprendí, mientras el coche recorría el camino de entrada, que el hombre que me había comprado no era un hombre rico cualquiera. Era alguien para quien comprar a una mujer en una subasta era un gasto sin importancia. Un capricho. Un martes.

Eso me asustó más que todo lo anterior junto. A un hombre con poco poder se le puede sorprender, engañar, hacer flaquear. Un hombre con todo el poder del mundo no necesita ni siquiera levantar la voz.

Me sacaron del coche dos hombres de seguridad, vestidos de oscuro pese al calor, con auriculares y esa manera de moverse de quien está entrenado para la violencia y no necesita demostrarla. No me trataron con brusquedad. Tampoco con suavidad. Me trataron con indiferencia, que a esas alturas yo ya había aprendido que era lo peor, porque la brusquedad al menos reconoce que enfrente hay alguien.

Me hicieron entrar. El interior era fresco, en penumbra después del blanco de fuera, con suelos de piedra pulida y techos altísimos y un silencio espeso, de lugar enorme y casi vacío. Mis pasos y los de los guardias resonaban. No se veía servicio, ni movimiento, ni vida. Solo aquel lujo callado, perfecto, deshabitado.

Me llevaron por pasillos que no conseguí memorizar, hasta una zona del palacio que después aprendería a reconocer como la mía. Una puerta. Detrás, una habitación que me arrancó, muy a mi pesar, una

reacción que odié en cuanto la sentí, porque era una reacción de alivio.

Era preciosa.

Amplia, luminosa, con una cama de verdad, de las grandes, vestida con telas claras. Había un baño propio que se veía al fondo, con bañera. Había ropa doblada sobre un diván, ropa nueva. Había una jarra de agua fría con fruta cortada dentro, sudando sobre una bandeja. Después de las semanas que llevaba, aquello era como despertar en otro mundo, y durante un par de segundos, los que tardé en pensarlo, una parte estúpida de mí casi se sintió agradecida.

Luego lo entendí, y el alivio se me agrió en la boca.

No era amabilidad. Era cuidado de la inversión. A un caballo de raza no se le mete en una cuadra sucia. Se le da el mejor establo, la mejor comida, el mejor cepillado, porque vale mucho dinero y porque va a usarse. La jaula era de oro, pero seguía siendo una jaula, y precisamente por ser de oro era más jaula que la celda de cemento, porque la celda no fingía ser otra cosa.

Fui hasta la ventana. Tenía vistas al jardín, a una parte del muro. No tenía rejas. No le hacían falta. Probé el pomo de la puerta cuando los guardias salieron. Cerrada por fuera, claro.

Me senté en el borde de la cama. No toqué la fruta, aunque me moría de sed. No me cambié de ropa. Me quedé allí, en aquel cuarto precioso, esperando a un hombre cuya cara no había visto, intentando prepararme para algo que no sabía cómo iba a ser, sabiendo solo que iba a ser malo, y que toda aquella belleza alrededor era parte de cómo iba a ser malo.

La mujer entró sin llamar, al cabo de un rato.

Tendría sesenta años, quizá más, el pelo cubierto con un pañuelo oscuro, el cuerpo ancho y la cara surcada de líneas. Traía toallas dobladas en los brazos. Me miró desde la puerta, un vistazo rápido, completo, de arriba abajo, el vistazo de quien evalúa el trabajo que

tiene por delante. No había crueldad en él. Tampoco compasión. Había, sobre todo, costumbre.

—Tú comes —dijo, en español. Un español tosco, de palabras sueltas, pero español—. Tú bebes. Tú limpia. Esta noche, no. Mañana, quizá. Él decide.

—¿Quién? —pregunté, y la voz me salió rota de no usarla—. ¿Quién es él?

La mujer dejó las toallas sobre el diván sin contestar enseguida. Cuando lo hizo, no respondió a mi pregunta, sino a otra que yo no había llegado a formular.

—Tú haces caso. Tú no gritas, no peleas, no corres. Las que pelean —hizo una pausa, buscó la palabra y no la encontró, así que se limitó a negar despacio con la cabeza—. No. Tú haces caso. Vives mejor.

—No quiero vivir mejor —dije, y me sorprendió a mí misma el temblor de rabia que se me coló en la voz—. Quiero irme a casa. Tengo familia. Tengo madre. Esto es ilegal, esto es...

Ella levantó una mano, sin enfado, solo para que parara. Me miró un momento más, y en aquella mirada hubo por fin algo que no era pura costumbre. No era lástima. Era reconocimiento. Halima sabía exactamente lo que yo estaba sintiendo porque lo había visto muchas veces, en muchas mujeres, en aquel mismo cuarto.

—Casa —repitió, despacio, como si la palabra fuera una niñería—. Aquí casa, ahora.

Salió. La cerradura sonó.

Me quedé mirando la puerta, y por primera vez desde que desperté en aquel sótano, lloré de verdad. No el llanto rabioso de la comida. Otro. Uno hondo, sin ruido, que me salía de un sitio al que no sabía que se podía llegar. Lloré por mi madre, por mi padre, por mi habitación de Madrid, por el máster que no iba a defender, por la chica que era hacía un mes y que ya no iba a volver a ser nunca. Lloré hasta que no me quedó nada, y entonces me lavé la cara con el agua de la jarra, bebí, y comí la fruta, porque por debajo de toda

la pena seguía estando aquella otra cosa, terca, oscura, que había nacido la noche de la verificación y que ya no se iba a ir. La decisión de seguir viva. De aguantar. De ver venir.

***

No vino esa noche, como la mujer había anunciado. Dormí a ratos, vestida, encima de la colcha, despertándome de golpe cada poco con el corazón disparado, sin saber dónde estaba hasta que lo recordaba y deseaba no haberlo recordado.

Lo conocí al día siguiente.

Fue por la tarde, cuando la luz de la ventana ya caía de lado. Oí la cerradura, me incorporé de un salto, me puse de pie sin pensarlo, de espaldas a la ventana, como un animal que se coloca para ver de frente lo que entra.

Entró solo. Sin guardias. Y supe que era él antes de que dijera nada, antes de que hiciera nada, por la forma en que ocupó la puerta.

Era alto. Más de lo que yo esperaba. Vestía de blanco, ropa amplia, de una tela que se notaba carísima en su sencillez. Tendría treinta y pocos, aunque había en él una seriedad que lo hacía parecer mayor. La piel oscura, la barba corta y muy cuidada, el pelo negro.

No dijo hola. No se presentó. No sonrió, ni frunció el ceño, ni mostró nada en absoluto. Se quedó parado a unos pasos de mí, con las manos tranquilas a los lados del cuerpo, y me miró.

Y aquella mirada fue lo peor de todo lo que me había pasado hasta entonces.

Porque no era una mirada de deseo, que yo habría sabido reconocer y odiar. No era una mirada de crueldad, que me habría dado al menos algo contra lo que rebelarme. Era una mirada de evaluación serena, completa, sin prisa. Me miró como se mira una compra recién llegada que aún no se ha desembalado del todo. Me recorrió la cara, el cuerpo, la postura, sin un gramo de urgencia, con la calma absoluta de quien sabe que todo el tiempo del mundo está de su parte. Me miró como un hombre mira algo que le pertenece y que

no tiene ninguna necesidad de apresurarse en disfrutar, porque no va a ir a ninguna parte.

Yo le sostuve la mirada. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero se la sostuve, igual que había mirado los focos en la subasta, con la barbilla alta, temblando por dentro, pero quieta por fuera.

Algo le cruzó la cara entonces. No fue una sonrisa. Fue más leve que eso, una mínima alteración, el primer indicio de interés en aquel rostro hasta entonces ilegible, como si mi gesto de no bajar los ojos hubiera sido un dato inesperado que añadir a la evaluación. Como si acabara de descubrir que la pieza que había comprado tenía una propiedad que no figuraba en la descripción.

Habló por fin. En español. Un español pausado, de acento marcado, pero perfectamente claro, mucho mejor que el de la mujer, el español de alguien que ha aprendido bien lo que ha querido aprender.

—Así que es verdad —dijo, casi para sí mismo—. Me dijeron que no bajabas la mirada. No les creí.

No supe qué contestar. No contesté nada.

Él dio un paso más, despacio, y se detuvo. Ladeó apenas la cabeza, estudiándome.

—¿Sabes quién soy?

—No —dije.

—Bien. —Algo en su tono pareció aprobarlo—. Lo aprenderás.

Y eso fue todo, por aquel día. Me miró un momento más, el tiempo justo para que yo sintiera cada segundo de aquella mirada sobre la piel, dio media vuelta con la misma calma con la que había entrado, y salió. La cerradura sonó a su espalda.

Me quedé de pie en mitad del cuarto, temblando ahora sí abiertamente, con las piernas flojas, mientras entendía con una claridad espantosa que aquel hombre era exactamente lo que más miedo me daba en el mundo. Un monstruo.



CAPÍTULO 5

Los primeros días aprendí las reglas sin que nadie me las explicara, igual que un animal aprende los límites de un cercado a base de toparse con ellos.

La primera regla era el horario. La mujer del pañuelo, que se llamaba Halima —lo supe porque otra criada la llamó así una vez, no porque ella me lo dijera—, venía tres veces al día. Por la mañana abría las cortinas, traía el desayuno, se llevaba la ropa del día anterior. A mediodía, la comida. Por la noche, la cena y las toallas limpias. Entre medias, la puerta permanecía cerrada. Yo medía las horas por sus visitas, como antes las había medido por las botellas de agua. Algunas costumbres del cautiverio viajan con una.

La segunda regla era que no podía salir. Eso lo probé el segundo día, cuando Halima dejó la puerta entornada al entrar con el desayuno. Esperé a que se fuera, conté hasta cien, salí al pasillo. No llegué a dar diez pasos. Un guardia apareció por una esquina, sin prisa, sin alterarse, y se limitó a señalarme la puerta con la cabeza. No me

tocó. No hizo falta. Volví dentro. Aquella tranquilidad suya, la certeza de que yo no iba a ninguna parte, era una reja más sólida que cualquier barrote.

La tercera regla la entendí más despacio, y era la peor. No tenía nada que hacer. Nada. No había libros que pudiera leer, porque los pocos que encontré en un estante estaban en aquella escritura que no sabía descifrar. No había reloj, ni televisión, ni una ventana que se abriera. Las horas se estiraban vacías, idénticas, y pronto descubrí que el vacío es una forma de tortura tan eficaz como cualquier otra, porque la mente, sin nada en que ocuparse, se vuelve contra una misma. Empecé a hablar sola para no perderme. A repasar de memoria cosas de la carrera, conjugaciones de verbos ingleses, argumentos de novelas, solo para tener algo a lo que agarrarme que fuera mío, que no me lo hubieran dado ellos.

Él no volvió en varios días.

Eso también, comprendí después, era parte del método. Dejarme esperar. Dejar que el miedo a su regreso creciera en el vacío hasta llenar cada hora. Yo me sobresaltaba cada vez que sonaba la cerradura, y cada vez era solo Halima, y cada vez el alivio venía mezclado con una tensión nueva, porque si no era esta vez, sería la siguiente. La espera de algo terrible es, a veces, peor que lo terrible.

Halima fue, a su modo áspero, lo único parecido a una compañía que tuve.

No era amable. No me consolaba, no me sonreía, no fingía que aquello fuera otra cosa de lo que era. Pero hablaba conmigo, a su manera de palabras sueltas, mientras hacía sus tareas, y yo me agarré a esas migajas de conversación como a un cabo en el agua. Aprendí cosas. Que llevaba en aquella casa muchos años. Que había visto pasar a otras mujeres por aquel cuarto, aunque cuando le pregunté cuántas y qué había sido de ellas, apretó los labios y no contestó. Que el hombre que me había comprado se llamaba Khalid. Que en aquella casa su palabra era lo único que existía, por encima de cualquier ley, de cualquier dios, de cualquier cosa.

—¿Y tú? —le pregunté una mañana, mientras ella estiraba la colcha —. ¿Tú quieres estar aquí?

Se detuvo. Me miró. Por un instante creí que iba a contestar de verdad, que iba a haber, por fin, algo humano entre las dos. Luego siguió estirando la colcha.

—Yo elijo no preguntarme eso —dijo—. Tú también. Mejor.

Era el consejo más sincero que iba a darme, y tardé mucho en entender que tenía razón, aunque no en el sentido en que ella lo decía. Halima había sobrevivido renunciando a preguntarse. Yo iba a sobrevivir justo de la manera contraria. Pero eso aún no lo sabía.

Otra cosa que hice esos días fue observar. Sin un plan claro, por puro instinto de supervivencia, empecé a fijarme en todo. En los turnos de los guardias, en cuántos eran, en cómo se movían. En los ruidos del palacio a distintas horas. En las rutinas de Halima. Memorizaba, archivaba, sin saber para qué, solo porque saber cosas era lo único que me devolvía una pizca de control, y porque mi cabeza, esa misma cabeza que el vacío amenazaba con devorar, necesitaba un trabajo que la mantuviera viva.

Lo que más observé, cuando llegó, fue a él.

***

Volvió al sexto día, otra vez por la tarde, otra vez solo.

Yo estaba junto a la ventana cuando sonó la cerradura, y esta vez no me sobresalté, o no dejé que se me notara, porque llevaba seis días preparándome para ese momento y me había prometido a mí misma que no le daría el gusto del miedo visible. Me giré despacio. Lo miré entrar.

Traía algo en la mano. Un libro. Lo dejó sobre la mesa baja sin decir nada, y vi que estaba en español. Una novela. No entendí el gesto, y la falta de entendimiento me puso más tensa que cualquier amenaza, porque a un hombre cruel se le anticipa, pero a un hombre que te trae un libro no.

—Halima me ha dicho que hablas sola —dijo, en aquel español pausado suyo—. Que repites cosas. —Se sentó en el diván, con la misma calma de la otra vez, cruzó una pierna sobre la otra y me observó—. Una mente que necesita ocuparse. Es interesante. La mayoría se apaga. Tú no.

No contesté. Había decidido que no le iba a hablar más de lo imprescindible, que mi silencio era lo único que aún era mío.

—Puedes hablar —dijo, como si me leyera—. No me ofende. Al contrario.

—¿Qué quiere de mí? —La pregunta me salió antes de que pudiera retenerla. Llevaba seis días pesándome en la garganta.

Él ladeó la cabeza, ese gesto suyo de estudiar.

—Directa. —Pareció considerarlo casi un mérito—. ¿Qué crees que quiero, según tú?

—Lo que quieren todos los que compran a una mujer.

—Mmm. —No lo negó. Tampoco lo afirmó. Se quedó mirándome con aquella tranquilidad insoportable—. Si solo quisiera eso, no habría hecho falta gastar lo que gasté. Hay maneras mucho más baratas.

—Entonces no lo entiendo.

—No —dijo, y por primera vez algo parecido a una sonrisa le rozó la boca, una sonrisa sin calor, intelectual—. No lo entiendes. Bien. Yo tampoco te entiendo del todo a ti todavía. Eso es lo interesante.

Se levantó. Empezó a moverse por la habitación, sin prisa, mirando las cosas, cosas que no eran mías, el libro de antes, la ropa doblada que yo no me había puesto. Yo lo seguía con los ojos, girando el cuerpo para no darle nunca la espalda, y él se daba cuenta, y aquello pareció divertirle de una manera fría.

—Te tengo miedo —dije de pronto. No sé por qué lo dije. Quizá para quitarle la ventaja de descubrirlo él—. No voy a fingir que no. Pero no me voy a romper. Le aviso ya. Haga lo que haga.

Se detuvo. Se giró hacia mí. Y por un momento, uno solo, la máscara de calma se le adelgazó lo suficiente para que yo viera algo

detrás, algo que no supe nombrar entonces y que tardaría en comprender. No era crueldad. Era una forma de hambre contenida, la de alguien a quien hace tiempo que nada le interesa de verdad y que acaba de tropezarse con algo que sí.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Por eso te compré.

Se acercó. Despacio, siempre despacio, hasta quedar a un paso de mí. Yo no retrocedí, aunque cada célula del cuerpo me lo pedía, porque retroceder era darle algo y yo no le iba a dar nada que no me arrancara. Él levantó una mano y me rozó la mejilla con el dorso de los dedos, apenas, un contacto leve y deliberado, una prueba.

Fue el primer hombre que me tocaba así en toda mi vida. Y ocurría de aquella manera, en aquel cuarto, por la fuerza de un mazo y un número. Sentí que algo dentro de mí se rebelaba con una violencia que no sabía que tenía, y le aparté la mano de un manotazo seco, sin pensarlo, puro reflejo.

El cuarto se quedó muy quieto.

Supe, en ese instante, que acababa de hacer algo peligroso. Que un hombre como aquel no tolera que lo aparten, que lo que viniera ahora podía ser terrible, y me preparé para ello con los dientes apretados y la decisión de no gritar, de no suplicar, de aguantar lo que fuera con la barbilla alta.

Pero él no me pegó. No me agarró. Se quedó mirando su propia mano, la que yo había apartado, con una expresión de leve sorpresa, como si fuera la mano lo extraño y no mi gesto. Luego me miró a mí. Largamente. Y yo aguanté esa mirada igual que las otras, temblando, esperando el golpe que no llegaba.

Lo que hizo fue peor que un golpe, y a la vez fue lo que me salvó esa noche.

Bajó la mano. Dio un paso atrás. Algo se le cerró en la cara, la máscara de calma volvió a su sitio, pero por debajo quedó un poso que sí supe leer, porque era humano y yo llevaba semanas leyendo humanos por pura supervivencia. Estaba conteniéndose. No por

bondad. Por algo más complicado. Porque tomarme por la fuerza en ese momento le habría dado mi cuerpo, sí, pero le habría quitado eso otro que había ido a buscar, eso que lo había hecho gastar una fortuna, eso que era justamente lo que yo le había mostrado al apartarle la mano.

—No —dijo, en voz baja, y no supe si me lo decía a mí o se lo decía a sí mismo—. Así no.

Se dio la vuelta. Caminó hasta la puerta. Antes de salir se detuvo, sin girarse del todo, solo la línea del perfil recortada contra la luz.

—Volveré —dijo—. No esta noche. No mañana. Cuando yo decida. Y mientras tanto, vas a pensar en esto, porque no vas a tener otra cosa que hacer. —Hizo una pausa—. Eso también lo sé.

Salió. La cerradura sonó.

Me derrumbé en la cama en cuanto la puerta se cerró, temblando de arriba abajo, con un nudo en el pecho que era a la vez alivio y horror, porque me había librado de algo esa noche, sí, pero había entendido también la forma exacta de mi jaula. No me iba a forzar. Era demasiado orgulloso, o demasiado retorcido, o las dos cosas. Iba a hacer algo mucho más difícil de combatir. Iba a esperar. Iba a dejarme sola en aquel cuarto, día tras día, con el miedo y el vacío y el recuerdo de su mano, hasta que la espera misma hiciera el trabajo que él se negaba a hacer por la fuerza.

Y mientras lloraba contra aquella colcha carísima, entre el alivio y el espanto, hubo un tercer sentimiento, pequeño, enterrado, que me dio más miedo que los otros dos juntos.

Le había apartado la mano. Y él se había detenido.

Por primera vez desde la calle de Madrid, algo que yo había hecho había cambiado lo que pasaba a mi alrededor.

Tenía menos poder que nadie en el mundo. Pero no tenía cero. Y agarrada a esa diferencia mínima, ridícula, esa noche por fin dormí.



CAPÍTULO 6

Cumplió su palabra. No volvió esa noche, ni la siguiente, ni la otra.

Y descubrí que tenía razón en lo más cruel de todo lo que me había dicho: no tenía otra cosa que hacer más que pensar en él. El cuarto, tan hermoso, se convirtió en una caja de resonancia donde su última frase rebotaba sin parar. «Volveré cuando yo decida.» Cada vez que sonaba la cerradura, mi cuerpo se preparaba para que fuera él, y cada vez era Halima, y el alivio duraba lo que tardaba en pensar que la próxima podía ser la buena. Aquel hombre había encontrado la manera de estar presente en mi cuarto sin pisarlo, de tenerme pendiente de él sin gastar un solo minuto de su tiempo. Era una eficiencia obscena.

Así que hice lo único que se me ocurrió para sacarlo de mi cabeza. Le di a la cabeza otro trabajo.

Empecé con Halima. Cada vez que entraba, yo señalaba un objeto y la miraba con cara de pregunta, y la primera vez ella me ignoró, y la segunda también, pero a la tercera, casi sin querer, masculló la

palabra en su idioma. Agua. Pan. Ventana. Puerta. Las repetí en voz baja todo el día, hasta clavarlas. Al día siguiente pedí más. Halima refunfuñaba, decía que yo estaba loca, pero me las daba, y creo que en el fondo aquel juego rompía la monotonía de sus tareas tanto como rompía la mía.

No lo hacía por capricho. Lo hacía porque era filóloga, porque las lenguas eran lo único que sabía hacer de verdad en este mundo, y porque entendí, con una lucidez fría, que la lengua era la única llave que podían dejarme a mano sin darse cuenta. Si entendía lo que se decía a mi alrededor, dejaría de estar ciega. Sabría cosas. Y en aquel lugar, saber cosas era la única forma de poder que estaba a mi alcance.

Aprendí rápido. Siempre se me habían dado bien los idiomas, pero el encierro y la necesidad le añadían una urgencia que multiplicaba todo. En una semana tenía decenas de palabras. En dos, empezaba a pescar el esqueleto de las frases que los guardias intercambiaban en el pasillo cuando creían que la prisionera del cuarto bonito no entendía nada.

Lo que pesqué, una tarde, fue una conversación entre dos de ellos junto a mi puerta, mientras esperaban un relevo. Hablaban bajo, confiados, seguros de que la mujer del cuarto bonito no entendía una palabra. Capté fragmentos sueltos que mi cabeza fue cosiendo después en la oscuridad, con paciencia de relojero. No lo entendí todo. Entendí lo suficiente.

Hablaban de él. De Khalid. Y lo que más me heló no fue lo que decían, sino cómo lo decían, bajando la voz, mirando de reojo, con esa cautela que la gente reserva para aquello que de verdad teme. Aquellos hombres, armados, entrenados, que me doblaban en tamaño, le tenían miedo a su señor. Uno de ellos dijo una frase que entendí entera, palabra por palabra, porque cada una de ellas la había aprendido en mis primeros días señalando cosas a Halima. Dijo: «con esta, que no pase como con la otra».

La otra.

Me pasé la noche con esas dos palabras dándome vueltas en la cabeza. La otra. Había habido otra. Antes que yo, en aquel mismo cuarto quizá, en aquella misma jaula de oro, otra mujer. Y algo había ocurrido con ella, algo lo bastante grave para que los guardias lo nombraran en susurros, algo que no querían que se repitiera conmigo. No sabía qué. Mi imaginación, que llevaba semanas afilándose en el peor de los sentidos, me ofreció todas las posibilidades, a cuál más negra, y ninguna me dejó dormir.

Encajaba con todo lo que ya sabía de él. Un hombre que compra mujeres. Un hombre al que sus propios hombres temen. Un hombre del que se dice, en voz baja, que con la anterior pasó algo que no debe volver a pasar. No me hacía falta más para entender en qué clase de lugar estaba ni en manos de qué clase de hombre. Lo había sabido desde la subasta. Ahora lo sabía con más detalle, y el detalle, en aquel caso, era lo que daba miedo.

***

Volvió al noveno día. Lo recibí con un plan, por torpe que fuera. Si no pensaba romperme por la fuerza, si lo suyo era el tiempo y la espera, yo iba a usar lo único que tenía. La cabeza. Iba a aprender a jugar.

Entró igual que siempre, con su calma, vestido de oscuro esta vez. Se sentó en el diván. Me observó. Esperó, como hacía siempre, a que yo dijera o hiciera algo, porque había entendido que mi reacción era lo que venía a buscar.

Decidí dársela, pero no la que esperaba.

Le hablé en su idioma. Una frase corta, sencilla, de las pocas que tenía bien armadas, pero correcta. Le dije, en su lengua, que el agua de la jarra se calentaba por las tardes y que prefería que me la trajeran más tarde.

Fue una tontería. Una frase sobre el agua. Pero el efecto fue el que buscaba, y más. Se quedó muy quieto. Algo le cambió en la cara, esa grieta mínima en el control que yo empezaba a saber provocar, y

me miró como si la pieza que había comprado acabara de hacer algo que no figuraba en ninguna descripción.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, en español, despacio.

—Nueve días —dije—. Los mismos que llevo aquí.

Se reclinó en el diván. Me estudió un buen rato, con una atención nueva, recalculando.

—La mayoría —dijo al fin— dedica estos días a llorar, o a rezar, o a planear cómo matarse. Tú te has dedicado a aprender mi lengua. —Hizo una pausa—. ¿Para qué?

—Para entender lo que dicen de mí los que creen que no entiendo nada.

—¿Y qué dicen?

Lo miré. Tuve la frase de los guardias en la punta de la lengua, «que no pase como con la otra», y la sostuve ahí, sin soltarla, porque algo me decía que enseñarle todas mis cartas era el error que él estaba esperando que cometiera. Había aprendido eso también en aquel cuarto: que la información que tienes vale más mientras el otro no sabe que la tienes.

—Dicen que le tienen miedo —respondí, que era verdad y no comprometía nada—. Todos. Hasta los que van armados.

Algo le rozó la boca, una sombra de sonrisa sin ninguna alegría dentro.

—Hacen bien.

—Ya lo sé —dije—. Yo también se lo tengo. No hace falta que lo confirme.

Se levantó. Empezó a moverse por la habitación, sin prisa, con las manos a la espalda, mirando las cosas que no eran mías. Yo lo seguía con los ojos, girando el cuerpo para no darle nunca la espalda, y él lo notaba, y aquello pareció divertirle de esa manera fría suya.

—Eres inteligente —dijo, sin mirarme, como quien constata un hecho incómodo—. Más de lo que me conviene. Lo inteligente sufre más,

aquí. Lo que se apaga, no siente. Tú lo vas a sentir todo. —Se giró hacia mí—. Y aun así sigues levantando la barbilla. No lo entiendo. Y hace mucho que no hay nada que yo no entienda.

—Pues acostúmbrese —dije—. Porque no pienso bajarla.

Esperaba cualquier cosa menos lo que pasó. Se quedó mirándome, mirando a una mujer encerrada como si ella tuviera algo que a él le faltaba desde hacía demasiado tiempo. Duró un segundo. Lo cerró enseguida, recompuso la calma, y para cuando habló de nuevo la voz le había vuelto al hierro.

Se levantó del diván sin prisa, se ajustó el puño de la camisa, y me habló sin mirarme apenas, con el tono exacto de quien se dirige al servicio.

—Mañana cenas conmigo —dijo—. A las nueve. Halima te vestirá. —Caminó hacia la puerta, y solo al llegar a ella se giró, y me repasó de arriba abajo con una indiferencia calculada, como quien valora si una compra ha merecido la pena—. Y arréglate.

No esperó respuesta. Salió. La cerradura sonó.

Me quedé temblando de rabia, más que de miedo, con la humillación quemándome en la cara. No era una invitación. No era ni siquiera una orden de las que se discuten. Era el modo en que se le dice a un animal a qué hora come.



CAPÍTULO 7

Me negué a bajar.

Fue una estupidez, lo supe mientras lo hacía, pero llevaba dentro la humillación del día anterior, su voz dándome la hora de comer como a un perro, y algo en mí necesitaba decir que no aunque ese no no sirviera de nada. Cuando Halima vino con el vestido azul, le aparté la mano. Le dije, en su idioma, despacio, que no pensaba bajar. Ella me miró con un espanto que no le había visto nunca, negó con la cabeza, repitió «no, no, no» como si yo no supiera lo que estaba haciendo.

Lo supe media hora después.

Vinieron dos guardias. No me pidieron nada. Uno me sujetó por el brazo, con esa fuerza tranquila y entrenada que ya conocía, y el otro recogió el vestido del suelo. No me dejaron cambiarme. Me llevaron tal como estaba, en la ropa de estar por casa que me habían dado, medio a rastras por los pasillos que tanto me había esforzado en

memorizar, hasta la misma terraza de la otra noche. Me soltaron delante de la mesa y se retiraron a las sombras, sin irse del todo.

Khalid estaba sentado. Cenando ya. No se levantó. Ni siquiera dejó los cubiertos. Me miró llegar despeinada, sin arreglar, con la respiración alterada del forcejeo, y siguió comiendo con una calma que era en sí misma un insulto.

—Siéntate —dijo.

No me senté. Me quedé de pie, temblando de rabia y de algo más frío por debajo.

Levantó la vista del plato, sin prisa, y me observó con una indiferencia que helaba más que cualquier grito.

—Puedes sentarte tú, o puedo llamarlos para que te sienten ellos —dijo—. A mí me da exactamente igual. Pero solo una de las dos opciones te deja algo de dignidad, y tengo curiosidad por ver si todavía te queda suficiente para distinguirlas.

Me senté. Me odié por sentarme. Pero me senté.

—Bien —dijo, como quien felicita a un animal por una orden bien ejecutada. Hizo un gesto, y un criado me puso un plato delante—. Come.

—No tengo hambre.

—No te he preguntado. —No alzó la voz. Eso era lo peor, que no necesitaba alzarla—. En esta casa se come cuando yo digo, se duerme cuando yo digo, y se baja a cenar cuando yo digo. Lo de hoy, lo de negarte, ha sido caro. Halima va a pasar la noche fuera, a la intemperie, por no haberte traído a la hora. ¿Lo sabías? No. Las consecuencias de lo que haces aquí no las pagas tú. Esa es la primera lección, y te la voy a cobrar de una en una hasta que la aprendas.

Sentí que se me revolvía el estómago. Halima. La única persona en aquella casa que se había acercado a tratarme como a un ser humano, castigada por mi rabieta.

—Suéltela —dije—. Ha sido cosa mía, no suya.

—Ya lo sé. —Bebió de su copa y me miró por encima del borde con un brillo de diversión cruel—. Por eso funciona. Si te castigara a ti, te daría algo contra lo que pelear. Eres de las que crecen peleando, lo vi enseguida. Pero castigar a otros por lo que haces tú... eso no se pelea. Eso solo se aguanta. —Dejó la copa—. Vas a aprender a portarte muy bien, Raquel, no por miedo a lo que pueda pasarte a ti, sino por lo que les pasa a los demás cuando tú decides hacerte la valiente. Es mucho más eficaz. Pruébalo otra vez y lo verás.

Lo miré, y por primera vez desde que había llegado a aquella casa entendí que el hombre que tenía delante era peor de lo que había imaginado. No por brutal. Por inteligente. Había encontrado, sin esfuerzo, el punto exacto donde mi carácter dejaba de ser una defensa para convertirse en un arma contra mí misma.

Comí. Cada bocado me supo a derrota, pero comí, porque la alternativa era que pagara Halima, o algún otro, y él lo sabía, y sabía que yo lo sabía, y disfrutaba de verlo. Disfrutaba. Esa era la palabra. No había rabia en él, ni deseo, ni nada caliente. Había el placer frío de quien mueve a las personas como fichas y comprueba que se mueven.

—¿Por qué hace esto? —pregunté, cuando no pude más—. No me refiero a la cena. A todo. Comprar a una mujer, encerrarla, jugar con ella. Lo tiene todo. ¿Para qué?

Se reclinó en la silla. Me estudió largamente, como decidiendo cuánto valía yo la pena de una respuesta.

—Porque puedo —dijo al fin, con una sencillez espantosa—. Esa es toda la razón, y es más honrada que las que te daría cualquier otro. No hay un trauma bonito detrás, ni una herida que explique nada, ni un corazón roto esperando que una chica lista lo arregle. —Se inclinó hacia delante, y bajó la voz, y fue como si el aire de la terraza se volviera más denso—. Eso es lo que las de tu clase no entendéis nunca. Buscáis el motivo, la grieta, la parte humana, porque necesitáis creer que existe. Y a veces no existe, Raquel. A veces un

hombre tiene todo el poder del mundo y lo usa porque lo tiene, y no hay nada debajo que rascar.

Me lo dijo mirándome a los ojos, sin parpadear, y durante un instante terrible le creí del todo, y sentí que el suelo se me hundía, porque si era verdad, si de verdad no había nada debajo, entonces no había nada que yo pudiera hacer, ninguna grieta, ninguna salida, solo años por delante a merced de un hombre vacío.

Pero entonces, mientras lo decía, mientras me clavaba aquella mirada para hundirme, vi algo que él no quería que viera. Un músculo de la mandíbula, tenso. Una insistencia de más. Estaba esforzándose demasiado en convencerme de que no había nada debajo. Y uno no se esfuerza tanto en defender un vacío. Uno se esfuerza así cuando hay algo, y le aterra que se lo encuentren.

No dije nada. Guardé ese dato con los demás. Pero algo en mi cara debió de cambiar, alguna sombra de que no le había creído del todo, porque a él se le endureció el gesto.

Se levantó. Rodeó la mesa despacio y vino hasta mí, y yo me puse en pie por instinto, para no quedar sentada bajo él. Quedó muy cerca. Demasiado. Me miró desde arriba, con todo el peso de su estatura y de su poder, y yo aguanté la mirada con la barbilla alta, temblando por dentro, decidida a no enseñarle el miedo.

—Mírate —dijo en voz baja, casi con desprecio—. Despeinada, sin arreglar, plantándome cara en mi propia casa como si tuvieras algo que negociar. No tienes nada. ¿Lo entiendes? Nada. Tu cuerpo es mío, comprado y pagado. Tu comida es mía. El aire que respiras en este cuarto es mío. Podría hacer ahora mismo cualquier cosa contigo y no habría en el mundo una sola persona que viniera a impedirlo.

Cada palabra era una piedra. Yo las recibí todas sin bajar los ojos.

—Hágalo, entonces —dije, con la voz más firme que pude—. Si soy tan suya y no hay nada debajo y puede hacer lo que quiera. Hágalo. Deje de amenazar y hágalo de una vez.

El aire se cortó. Fue un órdago y lo supe en cuanto lo solté, una apuesta a todo o nada, porque o tenía razón en que se contenía, o acababa de invitarle a mi propia destrucción.

Él se quedó muy quieto. Algo cruzó su cara, rápido, una tormenta entera contenida en un segundo. Levantó una mano y me cogió la barbilla, con firmeza, sin suavidad, obligándome a sostenerle la mirada de cerca, y noté el calor de su mano y la fuerza con la que podría haber apretado y no apretó. Nos quedamos así, midiéndonos, durante lo que se me hizo eterno.

Y entonces, igual que las otras veces, fue él quien rompió. Me soltó la barbilla, casi con brusquedad, como si el contacto le quemara a él más que a mí, y dio un paso atrás.

—No —dijo, y no me lo decía a mí—. No así. No vas a conseguir que sea fácil.

—¿Que sea fácil el qué? —pregunté, porque no entendí, y porque acababa de oír algo que no encajaba con todo lo que él se había esforzado en hacerme creer durante la cena entera.

No respondió. Se giró y le hizo una seña a los guardias.

—Lleváosla. —Y, ya de espaldas, antes de que me sacaran—: Mañana cenas otra vez aquí. Y bajas tú sola, a las nueve, arreglada. Por Halima.

Me sacaron. Y mientras me llevaban de vuelta por los pasillos, con la cara ardiendo donde su mano me había sujetado, con la humillación y el miedo peleándose dentro de mí, una sola cosa se imponía a todo lo demás, firme, fría, salvadora.

Había dicho que no había nada debajo. Y luego había dicho «no vas a conseguir que sea fácil».

Las dos frases no podían ser verdad a la vez.

Mentía en una. Y yo iba a averiguar en cuál.



CAPÍTULO 8

Bajé sola a la noche siguiente. A las nueve. Arreglada.

Me lo prometí mientras Halima me vestía sin decir nada, con un cardenal nuevo en la muñeca que no me explicó y que yo no le pregunté, porque las dos sabíamos de dónde venía. Bajé por Halima. Y bajé, también, porque había entendido algo durante la noche en vela: que negarme de frente era el juego que él dominaba, y que si quería arrancarle algo, tenía que dejar de pelear donde él era fuerte y empezar a pelear donde lo era yo.

Khalid ya estaba en la terraza. Esta vez se levantó cuando entré. No por cortesía: para mirarme mejor, para comprobar el resultado de su orden, como quien revisa que una reparación se ha hecho bien.

—Mejor —dijo, y aquella sola palabra me dio ganas de tirarle la jarra a la cara—. Ves como sabes obedecer cuando hay un motivo.

—No obedezco —respondí, sentándome sin que me lo dijera—. Calculo. Es distinto. Hoy me convenía bajar. Mañana, ya veremos.

Algo le brilló en los ojos, un destello de interés que disimuló enseguida.

—Halima está bien —añadí, y no era una pregunta.

—Halima está donde tiene que estar. Sirviéndote a ti, que es para lo que la pago. —Hizo un gesto y llegó la comida—. Pero sí. Pasó una noche incómoda y volvió a su cuarto al amanecer. ¿Ves qué fácil? Tú te portas, los demás respiran. Empiezas a entenderlo.

Aquella cena fue distinta de la anterior, y por eso más peligrosa. La noche del castigo él había sido un muro, frío y cerrado, disfrutando del poder desnudo. Esta vez, viéndome bajar dócil, se permitió otra cosa: hablar. Y hablando se le veía mejor que callando, porque un hombre que se cree por encima de ti baja la guardia, y yo no pensaba desaprovechar ni una palabra.

Habló de su mundo con un desprecio que lo abarcaba todo, incluido él mismo. De los hombres con los que trataba, a los que llamaba alimañas con buenos trajes. De los acuerdos que sellaba, de las cosas que se compraban y se vendían en su círculo, mujeres incluidas, dichas con la misma naturalidad con la que se habla del precio del petróleo. No lo decía para escandalizarme. Lo decía porque para él era, sencillamente, así, y comprobar hasta qué punto lo era me dio más miedo que cualquier amenaza directa.

—Habla de las personas como de mercancía —dije en algún momento, sin poder callármelo.

—Es que lo son. —Me miró como se mira a un niño que no termina de entender algo evidente—. Tú crees que hay una línea entre las personas y las cosas, y que cruzarla es un horror. Yo nací al otro lado de esa línea, Raquel. Para mí no hay horror. Hay precio. Todo tiene uno. Las personas también. Tú tienes uno, y lo pagué, y aquí estás. ¿Dónde está el horror? El horror es solo la cara que pone quien todavía cree en la línea.

—Yo creo en la línea —dije.

—Lo sé. —Y lo dijo casi con lástima, una lástima que era el mayor insulto de todos—. Por eso vas a sufrir tanto. Las que no creen en ella se adaptan. Tú vas a estrellarte contra ella cada día hasta que se te gaste, o hasta que te gastes tú. Te confieso que tengo curiosidad por saber qué cede antes.

Lo dijo sin crueldad aparente, casi con interés científico, y eso fue lo que me erizó la piel. No me odiaba. No me deseaba con violencia. Me observaba. Era un hombre que había convertido a otro ser humano en un experimento, y que esperaba, con paciencia y sin prisa, a ver cuánto tardaba en romperse.

Probé el hilo de la noche anterior. Con cuidado, sin nombrar a la otra directamente, porque recordaba la advertencia.

—Anoche dijo una cosa —empecé—. Que yo no iba a conseguir que fuera fácil. ¿Fácil el qué?

El cambio fue inmediato. Se le cerró la cara, igual que cuando nombré a la mujer anterior, y dejó los cubiertos con esa lentitud suya que anunciaba peligro.

—Tienes una memoria incómoda —dijo.

—Es lo único que me han dejado. Memoria y tiempo. Usted mismo se encargó de eso.

Me miró largamente. Y entonces hizo algo que no esperaba: en lugar de cerrarse del todo, sonrió, una sonrisa fina y desagradable, la de quien decide cambiar de táctica.

—¿Quieres saber qué es lo que no quiero que sea fácil? —Dejó la servilleta, se levantó sin prisa, y rodeó la mesa. Yo me quedé muy quieta, calculando hacia dónde iría. Se detuvo detrás de mi silla. No lo veía, y eso era parte del juego, oírlo respirar a mi espalda sin saber qué iba a hacer su mano—. Romperte. Eso.

Hablaba muy cerca, con la voz justo encima de mi nuca, y noté el aire de cada palabra en la piel.

—Cualquier idiota con dinero puede comprar una mujer y partirla en dos en una semana. Llanto, súplicas, una mirada apagada, una

muñeca rota que hace lo que se le dice. —Posó las dos manos en el respaldo de mi silla, encerrándome sin tocarme, convirtiendo su cuerpo en una pared a mi espalda—. Eso es aburrido, Raquel. Eso lo tiene cualquiera.

Bajó una mano. Me apartó el pelo de un hombro, despacio, dejándome el cuello al descubierto, y la dejó ahí, sobre la curva entre el cuello y el hombro, pesada, sin apretar, como si fuese una posesión más que una caricia.

—Lo difícil, lo que de verdad merece la pena, es romper a alguien que se cree fuerte. Despacio. Pieza a pieza. Que lo vea venir y no pueda evitarlo. —Sentí su voz al lado de la oreja, y cada vello del cuerpo se me puso de punta, y me obligué a no moverme, a no darle el temblor que buscaba—. Que un día, sin saber cómo, se descubra bajando la mirada sin que nadie se lo mande, y se odie por ello, y la baje igual. Eso es lo que no quiero hacer fácil. Quiero hacerlo bien.

Se me secó la boca. Porque no era una amenaza al aire. Era un plan. Me estaba contando, a la cara, con una calma absoluta, exactamente lo que pensaba hacer conmigo, y la honestidad era parte del método, porque saberlo y no poder impedirlo era ya el primer ladrillo del muro que pensaba levantar dentro de mí.

Pero hizo un cálculo equivocado. Creyó que contármelo me hundiría. Y durante un segundo casi lo logra. Hasta que entendí lo que aquella confesión significaba en realidad.

—Se equivoca en una cosa —dije, despacio, sosteniéndole la mirada con todo lo que me quedaba dentro.

—¿En qué?

—En que esto le importa. —Vi el golpe aterrizar antes de terminar de darlo—. A un hombre al que de verdad le da igual no le hace falta un plan. Coge lo que quiere y ya está. Usted no. Usted lleva días diseñando cómo romperme despacio, eligiendo las palabras, midiendo los castigos. Eso es trabajo. Eso es atención. Eso es dedicarme horas. —Me moví para apartar su mano—. No me está

rompiendo. Me está dedicando su tiempo. Y un hombre que tiene todo el poder del mundo no le dedica su tiempo a una "cosa" como yo.

El silencio que siguió fue el más largo de todos. Khalid no se movió. No respondió enseguida. Y por su cara cruzaron, una tras otra, varias cosas que no pudo esconder del todo: sorpresa, primero. Una chispa de rabia, después. Y al final, debajo de todo, lo que yo había ido a buscar y no esperaba encontrar tan pronto: el miedo. Brevísimo. El miedo de quien acaba de oír en voz alta algo que llevaba mucho tiempo negándose a sí mismo.

Se recompuso rápido. Más rápido que nunca, justamente porque le había dado de lleno.

—Vete a tu cuarto —dijo con la voz tranquila, pero el hierro había vuelto, más duro que antes—. Has comido. Has bajado. Por hoy basta.

No me moví.

—Ve a tu cuarto… —No alzó la voz. No le hizo falta. Pero había algo nuevo debajo, una grieta que se cerraba a la fuerza, y los dos lo oímos—. Antes de que recuerde que puedo hacer que te lleven.

Me levanté. Gané esa noche, y los dos lo sabíamos, y eso lo hacía aún más peligroso, porque acababa de demostrarle que mi cabeza era un adversario de verdad y no un juguete. Pero también acababa de aprender que él tenía un punto ciego, un sitio donde toda su frialdad se agrietaba, y que ese sitio era, precisamente, la sospecha de que yo le importaba.
Cuando pasé por su lado para salir, me cogió de la muñeca. Sin fuerza. Solo lo justo para detenerme un segundo, para recordarme que podía. Me miró desde abajo, sin levantarse, con una calma que daba más miedo que cualquier violencia.

—Mañana —dijo, y me soltó, dejando que el roce de sus dedos se demorara al separarse—. A las nueve.

Antes de salir, me giré.

—Bajaré mañana —dije—. Sola. A las nueve. Pero no por Halima. —Aguanté su mirada—. Por curiosidad. La misma que tiene usted por saber qué cede antes en mí. Resulta que yo también tengo curiosidad por saber qué cede antes en usted.

No esperé respuesta. Salí yo, por mi propio pie, sin que me llevaran ni me echaran, y mientras los guardias me escoltaban de vuelta entendí que algo había cambiado en el equilibrio de aquella casa. Seguía encerrada. Seguía sin poder nada. Seguía siendo suya a ojos de todos.

Pero ya no era solo él quien observaba esperando una grieta.

Ahora éramos dos.



CAPÍTULO 9

Algo cambió en él después de aquella cena. Lo noté en cómo me miraba la noche siguiente, cuando bajé sola, a las nueve, arreglada, tal como había dicho que haría. Le había metido el miedo en el cuerpo y un hombre como Khalid no perdona que le metan miedo. Así que hizo lo que hacen los de su clase cuando alguien les enseña una debilidad: redobló la fuerza para taparla.

Decidió domarme. Lo dijo con esa palabra, más adelante, pero esa noche ya lo vi en cómo se movía, en cómo había convertido la distancia entre los dos en un arma.

—Hoy no comemos en la mesa —dijo cuando entré.

Estaba de pie, junto a un diván bajo, y con un gesto me indicó que me sentara allí, a su lado, no enfrente con una mesa de por medio como las otras veces. La mesa había sido, sin que yo lo supiera valorar hasta perderla, una frontera. Sentarme donde me señalaba era quedarme sin ella.

Dudé. Y la duda fue un error, porque él la vio.

—¿Pasa algo? —preguntó, con una suavidad peor que cualquier amenaza—. Es solo un sitio. ¿O le tienes miedo?

Me senté. Dejé todo el espacio que pude entre los dos. Él lo notó, claro que lo notó, y se sentó más cerca de lo necesario, no pegado, pero lo bastante para que yo sintiera el calor de su cuerpo en el brazo, para que cada movimiento suyo entrara en el radio donde una percibe a otra persona con la piel antes que con los ojos. Lo hizo despacio, deliberadamente, sabiendo exactamente lo que provocaba.

Aquella cena fue un asedio.

No me tocó, al principio. No le hizo falta. Trabajó con la cercanía, con el modo en que se inclinaba hacia mí para alcanzar algo de la bandeja rozándome casi el hombro, con cómo dejaba el brazo apoyado en el respaldo, por detrás de mí, sin tocarme, pero cerrándome la salida. Cada gesto decía lo mismo: puedo. Puedo en cualquier momento, y lo sabes, y no hay nada que puedas hacer.

Hablaba, mientras tanto, como si nada de aquello estuviera pasando, de cosas banales, de la comida, de un viaje que iba a hacer, y esa normalidad fingida sobre la amenaza física constante era lo que más me descomponía, porque me obligaba a sostener una conversación mientras todo mi cuerpo estaba en alerta roja, calculando distancias, conteniendo el impulso de levantarme y huir a un sitio donde no había adónde huir.

—Estás muy tiesa —dijo en un momento, girándose hacia mí, con el brazo todavía detrás de mi espalda—. Relájate. No voy a morderte. —Hizo una pausa medida, y luego, en voz más baja, con media sonrisa—: A menos que me lo pidas.

—No se lo voy a pedir.

—No esta noche. —Acercó la mano a mi cara y me apartó un mechón de pelo, despacio, con los dedos rozándome la mejilla y la sien, deteniéndose una fracción de segundo de más en la línea de la mandíbula—. Pero el tiempo es muy largo, ya te lo dije. Y yo soy muy paciente. He domado cosas mucho más bravas que tú, Raquel, y todas creían, al principio, que no me lo iban a pedir nunca.

Aparté la cara. Él me dejó apartarla, sin forzar, porque forzar no era el juego; el juego era que yo supiera que podía y eligiera no hacerlo, que cada centímetro que él no cruzaba fuera una concesión suya y no un derecho mío.

—¿Eso le dice a todas? —pregunté, intentando que la voz no me temblara—. ¿Lo de domar? Porque suena a frase ensayada.

—A todas no. —Me miró con un interés renovado, divertido—. A las que valen la pena. A las muñecas rotas no hay que domarlas, ya vienen rotas. A ti sí. Tú todavía coceas. —Bajó la voz—. Me gusta cuando coceas. Hace que valga la pena el trabajo de enseñarte a no hacerlo.

Lo peor no fue ningún gesto concreto. Lo peor fue la duración. Aquella cena se alargó deliberadamente, plato tras plato, y él no tenía ninguna prisa, porque la prisa habría aliviado la tensión y la tensión era justo lo que él estaba construyendo. Me tuvo allí, a su lado, cercada por su cuerpo y su voz, durante lo que se me hizo una eternidad, sin que pasara nada y con la amenaza de que todo podía pasar suspendida sobre cada segundo.

Y yo aguanté. Conté, por dentro, como había aprendido en el sótano, hasta diez, hasta veinte, hasta cien. Me obligué a comer. Me obligué a responder. Me obligué a no darle el espectáculo del pánico que él estaba pescando, porque entendía, por debajo del miedo, que el pánico era el alimento de aquel juego, que cuanto más visible fuera mi terror más ganaba él, y que mi única defensa era negarle esa comida aunque por dentro estuviera deshaciéndome.

En algún momento, harto quizá de que yo no me quebrara, subió la apuesta. Me puso una mano en la rodilla.

No subió de ahí. Se quedó ahí, pesada, posesiva, una declaración más que una caricia, mientras me miraba a los ojos buscando la reacción. Todo en mí se congeló. Y en ese instante, con su mano en mi rodilla y sus ojos clavados en los míos esperando verme romper, tomé la decisión más difícil de todas las que había tomado desde Madrid.

No me aparté. No grité. No le di nada.

Le sostuve la mirada, fría, quieta, y dije, con una calma que no sé de dónde saqué:

—Puede dejar la mano ahí toda la noche si quiere. No va a encontrar lo que busca. No está en la rodilla.

Algo se le tensó en la mandíbula. Quitó la mano. Despacio, como si la decisión fuera suya, pero la quitó.

—¿Y dónde está? —preguntó, y por primera vez en toda la noche hubo en su voz una grieta de irritación real, la de quien ha desplegado todas sus armas y no ha derribado al adversario.

—Donde no lo va a alcanzar tocándome —dije—. Esa es la parte que no compró en la subasta. Y por lo que veo, la única que le importa.

Me mandó a mi cuarto poco después, más seco que otras veces, y supe, mientras me llevaban, que había vuelto a ganar, aunque "ganar" fuera una palabra demasiado grande para lo que yo podía aspirar en aquella casa. No había ganado libertad, ni seguridad, ni nada que se le pareciera. Seguía siendo una mujer encerrada a merced de un hombre que esa misma noche me había demostrado, con cada gesto, hasta qué punto podía hacer conmigo lo que quisiera.

Pero le había aguantado el asedio entero sin romperme. Y le había dicho, a la cara, que lo que él buscaba domar no estaba en mi cuerpo, y por su reacción supe que esa idea —que hubiera en mí algo que su poder no alcanzaba— lo sacaba de quicio precisamente porque empezaba a sospechar que era cierta.

Aquella noche, en la cama, temblé durante mucho rato, dejando salir por fin todo el miedo que me había tragado en la terraza. El cuerpo me pedía llorar y lloré, sin ruido, porque me lo había ganado, porque aguantar tanto tiempo el terror sin mostrarlo tiene un precio y había llegado la hora de pagarlo a solas. Pero por debajo del llanto, firme como una piedra en el fondo de un río, seguía la certeza.

Él quería domarme. Y para domar a alguien hay que acercarse. Y cada vez que se acercaba, me daba más de sí mismo: una grieta, una irritación, un miedo, una frase de más. Estaba tan concentrado en encontrar dónde romperme que no se daba cuenta de que, en el intento, se iba abriendo él.

Yo no tenía sus llaves, ni sus guardias, ni su poder. Pero tenía paciencia, tenía memoria, y tenía algo que él, con todo su dinero, no había sabido comprar: la capacidad de mirarlo sin pestañear y verlo de verdad.

Iba a domarlo yo a él. Tenía todo perdido ya y era lo único que me quedaba. Solo que él todavía no lo sabía.



CAPÍTULO 10

Se fue al día siguiente. El viaje que había mencionado en la cena resultó ser cierto, y una mañana Halima entró con una novedad en la cara, algo parecido al alivio, y me dijo en su idioma, despacio para que la entendiera, que el señor estaría fuera unos días.

El cambio en la casa fue inmediato y revelador. El aire mismo pareció soltarse. Los guardias hablaban más alto en el pasillo, se reían, se relajaban; Halima tarareaba mientras hacía la cama. Comprendí, viéndolos, que no era solo a mí a quien Khalid tenía en tensión permanente. Su presencia apretaba la casa entera como un puño, y bastaba que se marchara para que todo el mundo respirara. Aquel hombre no gobernaba con cariño ni con lealtad. Gobernaba con miedo, y el miedo, cuando el que lo causa se aleja, deja un silencio que se parece mucho a la felicidad.

Para mí, su ausencia significó otra cosa: espacio para moverme.

No es que me abrieran la puerta. Pero la vigilancia se aflojó lo suficiente, y mi creciente dominio de su lengua me sirvió, para que

aquellos días valieran más que las semanas anteriores juntas. Empecé hablando con Halima de verdad, no a base de señalar objetos, sino frases enteras, torpes, muy torpes, pero frases, y ella, con el señor lejos, se permitió contestarme como no se había permitido antes.

Le pregunté por el palacio. Por cuánta gente vivía allí. Por las otras zonas que yo no veía nunca. Y un día, armándome de valor, le pregunté de nuevo por la mujer anterior, la que los guardias no querían que se nombrara.

Halima dejó lo que tenía entre manos. Miró hacia la puerta, comprobó que no había nadie, y bajó la voz hasta un susurro.

—No preguntes eso —dijo—. Nunca. Menos a mí. —Pero no se fue. Se quedó, con la duda en la cara, peleándose con algo, y al final, dijo en voz tan baja que tuve que acercarme para oírla—: Estaba en tu cuarto. Antes que tú. Igual que tú. Joven. Fuerte, también, al principio. —Negó con la cabeza despacio—. Después no.

—¿Qué le pasó?

—Eso no lo digo. —Recogió las toallas, nerviosa—. Solo una cosa, niña. Tú lista. Mucho. —Negó con la cabeza—. La de antes, también lista. Y aquí, con él, lista no salva. A veces lista hunde. —Me miró fijo—. Hazme caso. Menos lista. Más callada. Mejor.

No pude hacerle caso, claro. Ser menos lista de lo que era habría sido renunciar a lo único que me sostenía. Pero las palabras de Halima se me quedaron clavadas, no por el miedo que pretendían darme, sino por lo que dejaban entrever: que la mujer anterior se me parecía, que también había peleado con la cabeza, y que esa pelea había terminado mal. Yo iba por el mismo camino. Necesitaba saber en qué se había equivocado ella, para no repetirlo.

El cuarto día de ausencia, conseguí más.

Fue por casualidad, o por la clase de casualidad que una se busca. Halima me llevó al baño grande del ala de las mujeres del servicio, porque algo se había estropeado en el mío, y de camino pasamos

por un pasillo que yo no había visto nunca, con varias puertas cerradas. Una estaba entreabierta. Un cuarto vacío, con muebles cubiertos por sábanas, de los que llevan mucho tiempo sin usarse. Y en la pared, medio descolgado, torcido, como algo que se quiso quitar y no se terminó de quitar, había un cuadro pequeño. Un dibujo, más bien. Hecho a mano, a lápiz.

Me quedé mirándolo el segundo que Halima tardó en darse cuenta y tirar de mí. Fue suficiente. Era un rostro de mujer. Joven. Dibujado con cuidado, con cariño incluso, por alguien que sabía dibujar. Y en una esquina, una firma, unas iniciales que no eran de aquel alfabeto, sino del mío. Letras latinas.

—Ven —siseó Halima, tirándome del brazo, pálida de golpe—. No has visto nada. ¿Me oyes? Nada.

Me dejé llevar. Pero ya lo había visto. La mujer anterior no era de allí. Era extranjera, como yo. Y alguien, en algún momento, la había dibujado con suficiente cariño como para colgar su retrato en una pared. Y luego ese alguien, u otro, había intentado descolgarlo, y había dejado el cuarto entero cubierto de sábanas, cerrado, convertido en una tumba sin cuerpo.

Aquella noche no dormí pensando en quién dibuja con cariño el rostro de una mujer comprada. No fue un guardia. No fue Halima. Solo quedaba una posibilidad, y esa posibilidad ponía patas arriba todo lo que Khalid se había esforzado en hacerme creer sobre sí mismo.

***

Volvió al sexto día, de noche, sin avisar.

Me enteré porque la casa volvió a apretarse de golpe. El tarareo de Halima se cortó. Las voces del pasillo bajaron. El puño se cerró otra vez sobre todos, y yo, en mi cuarto, sentí el regreso de la tensión como un cambio de presión en el aire.

Oí voces en el pasillo antes de que llegara a mi puerta. La de Khalid, cortante, baja, con ese tono que conocía y que no admitía réplica. Y otra voz, masculina, más suave, pero con algo untuoso debajo, algo

que se pegaba. No entendí las palabras, solo el tono, y el tono me dijo que entre los dos había algo feo, un territorio en disputa que ninguno nombraba del todo. Khalid dijo algo seco, y la otra voz calló. Escuché pasos alejándose. Y luego los de él, acercándose a mi puerta.

Vino directo a verme. Tarde, cuando yo ya estaba en camisón, lista para acostarme. No llamó, claro. Entró, todavía con la ropa del viaje, con el cansancio marcándole la cara y algo más oscuro debajo, una tirantez que no le había visto. Algo en aquel viaje no había ido bien. Lo registré, como registraba todo.

—De pie —dijo, aunque yo ya me había levantado al oír la puerta.

Me observó un momento, con esa evaluación suya de costumbre, pero distraído, como si la cabeza la tuviera en otro sitio. Y entonces, quizá porque venía cansado y con la guardia baja, quizá porque necesitaba descargar en alguien la tensión de lo que fuera que le hubiera pasado, hizo lo que mejor sabía hacer: buscar dónde hacer daño.

—Halima me ha contado que habéis hecho buenas migas estos días —dijo, paseándose por el cuarto—. Que hablas muchas palabras de la casa. Que preguntas mucho. —Se giró hacia mí—. ¿Qué preguntas, Raquel?

Lo supe enseguida. No me lo decía sin más. Sabía algo. Quizá Halima, asustada, había confesado el incidente del pasillo para protegerse. Quizá un guardia nos había visto. Daba igual. La trampa estaba puesta, y mentir era caer en ella.

Decidí no mentir. Pero tampoco entregarme entera.

—Pregunto por la mujer que estuvo en este cuarto antes que yo —dije, sosteniéndole la mirada—. Era extranjera. Como yo. Y alguien la dibujó.

El efecto fue inmediato y total. Toda la fatiga, toda la distracción, desaparecieron de su cara de golpe, sustituidas por algo que no le había visto hasta ahora. No era rabia. La rabia la conocía. Era dolor.

Crudo, viejo, mal cerrado, asomando un instante antes de que él pudiera taparlo.

Cruzó el cuarto en dos pasos. Me cogió de los brazos, no con la frialdad calculada del depredador que juega, sino con una urgencia descontrolada, real, clavándome los dedos, y volví a tenerle miedo de verdad, del de antes, del físico, porque aquel hombre ya no estaba jugando.

—¿Quién te ha dejado entrar ahí? —La voz le salió ronca, distinta—. ¿Quién?

—Nadie —dije, conteniendo el temblor—. Había una puerta abierta. Fue un segundo. No buscaba nada.

Me miró desde muy cerca, escudriñándome, buscando la mentira y sin encontrarla porque no la había. Y mientras me sujetaba, mientras yo aguantaba el dolor de sus dedos y el miedo, vi pasar por su cara la lucha entera: el impulso de castigarme, de hacerme pagar por haber tocado lo intocable, y por debajo, sosteniéndolo todo, aquel dolor que no había conseguido tapar a tiempo y que ahora yo había visto.

Y supe, con una certeza que me caló hasta los huesos, que acababa de encontrar la grieta. La que había buscado desde el principio. No era un punto débil cualquiera. Era una herida. Y tenía nombre de mujer y rostro dibujado a lápiz.

Me soltó tan de golpe como me había agarrado. Dio un paso atrás. Se pasó una mano por la cara, y cuando la apartó, la máscara estaba de vuelta, pero mal puesta, torcida, como el cuadro de la pared.

—Ese cuarto no existe —dijo, con una calma que le costaba un esfuerzo visible mantener—. No has entrado. No has visto nada. Y no vas a volver a nombrarlo mientras vivas en esta casa. ¿Me has entendido?

—Lo he entendido. —Y añadí, porque no pude callármelo, porque algo me decía que aquel era el momento, que un hombre con la

herida abierta es un hombre que por una vez escucha—: Pero quienquiera que fuera, a usted le importó. Lo suficiente para guardar su dibujo. Lo suficiente para que le duela todavía. —Bajé la voz—. Un monstruo de los que usted dice ser no guarda dibujos.

Se quedó mirándome largamente, en silencio, y por un momento la terraza, el asedio, la mano en la rodilla, todos sus juegos de dominación, parecieron lejísimos, de otra persona. Lo que tenía delante era un hombre cansado, herido, que me miraba como si yo fuera, a la vez, la última persona del mundo a la que quería ver y la única que había dicho algo verdadero en mucho tiempo.

—Vete a dormir —dijo al fin, en voz muy baja, sin amenaza, casi sin fuerza.

Salió. No me sujetó la muñeca al pasar. No me dejó una última frase de dominio. Se fue sin más, encorvado de un modo que no encajaba con el hombre que entraba siempre enderezando la casa entera a su alrededor.

Y yo me quedé de pie en el cuarto, con las marcas de sus dedos empezando a salirme en los brazos, entendiendo que aquella noche había cambiado algo. Seguía encerrada y él seguiría siendo malísimo a partir del día siguiente. Pero entre los dos se había abierto una puerta que ya no se podía volver a cerrar del todo.

Había encontrado la grieta. Ahora tenía que decidir qué hacer con ella, sabiendo —porque Halima me lo había avisado— que la mujer anterior también había sido lista, y que su inteligencia no la había salvado.

A lo mejor no se trataba de usar la grieta para hundirlo.

A lo mejor se trataba de algo mucho más peligroso, para él y para mí.



CAPÍTULO 11

Como imaginaba, al día siguiente volvió a ser quien era, y lo fue con creces.

Lo supe antes de verlo, por cómo Halima entró a primera hora, otra vez con el cuerpo encogido, y por las instrucciones nuevas que traía. El señor había ordenado cambios. No volvería a haber cenas en la terraza. No volvería a llevarme nadie a la otra ala por ningún motivo. La puerta de mi cuarto permanecería cerrada salvo en las tres visitas de Halima, y los guardias del pasillo se habían doblado. En una noche, el poco terreno que yo había ganado durante su ausencia desapareció, borrado de un plumazo, como se borra un error.

Entendí lo que hacía. Había mostrado una herida, y un hombre como él no perdona haber sangrado delante de nadie. Toda aquella reacción, el encierro más estricto, la distancia, era una manera de decirme: olvida lo que viste anoche, olvida al hombre cansado, vuelve a tener delante al dueño. Estaba reconstruyendo el muro a toda prisa, y lo hacía con saña, porque cuanto más me había

enseñado sin querer, más necesitaba demostrarme ahora que no significaba nada.

No vino a verme en cuatro días. Cuando vino, lo hizo en su peor versión.

***

Entró de noche, sin avisar, como siempre. Pero traía la frialdad puesta como una armadura recién pulida, y supe en cuanto cruzó el umbral que venía a saldar una cuenta.

—Levántate —dijo.

Me levanté. Él se quedó mirándome, paseando los ojos por mí con un desprecio deliberado, calculado para humillar.

—He estado pensando —empezó, con esa calma suya que era el preludio del daño— en lo que dijiste la otra noche. Eso de que un monstruo no guarda dibujos. —Sonrió, sin una gota de calor—. Te crees muy lista, Raquel. Te crees que me viste algo. Que me diste u golpe bajo. Lo llevas en la cara desde entonces, esa esperanza estúpida.

Dio un paso hacia mí y aguanté.

—Así que he venido a quitártela —continuó—. Porque te equivocas. No guardé ese dibujo por cariño. Lo guardé como se guarda un trofeo. Como se guarda la cabeza de un animal que cazaste. Aquella mujer creía exactamente lo que crees tú: que había en mí algo que ella podía tocar, despertar, salvar. Se pasó meses buscándome la grieta, igual que tú. —Bajó la voz, y cada palabra fue una piedra fría —. ¿Sabes cómo terminó? Rota. Del todo. Tan rota que tuve que deshacerme de ella porque ya no servía ni para mirarla. Eso es lo que le pasa a las que se creen listas en esta casa. Eso es lo que te espera a ti.

Lo dijo para destruirme. Para arrancarme de raíz la única cosa que me sostenía, la esperanza de haber encontrado por dónde alcanzarlo. Y casi lo consigue, porque lo dijo con una convicción tan helada que durante unos segundos le creí, y sentí que el suelo se

abría, y que todo lo que había construido en mi cabeza para no hundirme se venía abajo.

Casi.

Porque lo estaba mirando mientras lo decía. Y llevaba semanas aprendiendo a entenderlo. Y un hombre que de verdad ve a otro ser humano como un trofeo no aprieta la mandíbula al hablar de él. No mira un punto fijo de la pared para no mirarte a los ojos. No elige las palabras más crueles con ese cuidado, ese esfuerzo, esa necesidad de que duelan, porque a quien de verdad no le importa nada no necesita esforzarse en parecer cruel: lo es, sin más, con la naturalidad con la que se respira.

Estaba actuando. Y actuaba tan bien, ponía tanta fuerza en convencerme, precisamente porque lo que decía era mentira y los dos lo sabíamos.

—No le creo —dije.

Fue lo único que dije, en voz baja, y el efecto fue mayor que cualquier discurso. Khalid se quedó muy quieto.

—¿Cómo?

—Que no le creo. —Levanté la barbilla—. Ha venido hasta aquí, de noche, cuatro días después, a contarme una historia horrible para quitarme la esperanza. Se ha tomado el trabajo de pensarla, de venderla bien y de buscar las palabras que más daño hicieran. —Di yo un paso esta vez, hacia él, y vi su sorpresa—. Eso no lo hace alguien a quien no le importa lo que yo piense. No vino a quitarme la esperanza, Khalid. Vino a quitársela usted.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. Lo noté en cuanto salió de mi boca, y él lo notó también, ese pequeño cruce de una línea, el nombre en lugar del usted distante, y algo se le movió en la cara.

Lo que pasó después fue rápido y fue lo más cerca que estuve, en toda mi historia en aquella casa, de no saber qué iba a hacer él. Me cogió. No de los brazos esta vez, sino de la nuca, una mano grande

cerrándose en mi pelo, firme, obligándome a echar la cabeza hacia atrás, a mirarlo desde abajo, muy cerca de su cara. Fue brusco, dominante, una demostración pura de fuerza, y todo mi cuerpo se preparó para lo peor mientras yo me obligaba a no apartar la vista.

—Tienes que aprender —dijo, con la voz ronca y los labios a un palmo de los míos— a tener la boca cerrada. Un día no voy a estar de humor para perdonártelo.

Estábamos tan cerca que sentía el calor de su cuerpo entero, la tensión de su mano en mi pelo y la amenaza de todo lo que podría venir suspendida en ese centímetro que nos separaba. Y en sus ojos, a esa distancia, vi las dos cosas peleándose: el hombre que quería castigarme por haberle leído el alma, y el que no podía, el que se había quedado mirándome la boca un segundo de más, el que sostenía la amenaza precisamente porque era lo único que le quedaba para no cruzar la otra línea, la que de verdad le daba miedo.

No la cruzó. Igual que nunca la cruzaba. Me soltó el pelo, despacio, dejando que los dedos se demoraran un instante, y se apartó, y respiró hondo una vez, recomponiéndose.

Se sentó en el diván, de pronto, como si las piernas le pesaran. Se quedó ahí, con los codos en las rodillas, mirando el suelo, y por un momento largo ninguno de los dos dijo nada. Yo seguía de pie, sin saber qué hacer con aquel giro, con el dueño de la casa derrumbado en mi cuarto, sin máscara, sin amenaza, solo cansado.

Por un momento creí que iba a hablar, que el cansancio le iba a abrir la boca y me iba a contar de una vez quién era la mujer del dibujo y qué le había pasado. Lo vi dudar, vi la frase formándose detrás de sus ojos, y me quedé muy quieta, sin respirar, por miedo a espantarla.

Pero se tragó lo que fuera que estaba a punto de decir. Lo empujó hacia abajo a la fuerza, y cuando volvió a hablar lo hizo desde detrás del muro, recompuesto del todo, más cerrado que nunca.

—No vuelvas a hablar de ella, Raquel —dijo, en voz baja y dura—. Y no busques lo que no hay, porque buscarlo es lo que hunde a las que vienen aquí. Esa de la que tanto quieres saber lo aprendió tarde. No cometas su error.

—¿Qué error? —pregunté, conteniendo el aliento—. Dígame solo eso.

Se detuvo en la puerta. No se giró. Y lo que dijo no fue una respuesta, sino otra puerta cerrándose.

—No vuelvas a entrar en ese cuarto. No vuelvas a preguntar por ella. Ni a Halima, ni a los guardias, ni a mí. Lo que necesites saber para sobrevivir aquí te lo diré yo. Lo demás, olvídalo.

Salió y la cerradura sonó.

Me quedé en mitad del cuarto, con las marcas de sus dedos saliéndome en la piel y la cabeza llena de preguntas sin respuesta. No me había contado nada. Al contrario, había levantado el muro más alto, me había prohibido el cuarto, el nombre, las preguntas. Pero al prohibírmelo todo me confirmó lo único que de verdad importaba: que allí había algo enterrado. Una mujer extranjera, lista como yo, que se creyó a salvo porque él la miraba distinto, y que terminó mal.

Estaba claro que Khalid no iba a contar nada. Si quería saber qué le había pasado a la mujer del dibujo, y tenía que saberlo, porque su historia era el mapa de la mía, iba a tener que averiguarlo yo sola. Pieza a pieza. Sin que él se enterara. Con lo único que tenía: los ojos, los oídos, la lengua que iba aprendiendo, y una casa llena de gente que sabía cosas y que, tarde o temprano, las soltaba.

Empezaría por las iniciales del dibujo. Aquellas letras latinas en una esquina. Un nombre a medias, esperando a que yo lo completara.



CAPÍTULO 12

Tenía prohibido el cuarto cerrado, el nombre, las preguntas. Me lo había prohibido todo. Pero había una cosa que Khalid no había pensado en prohibirme, porque ni se le pasó por la cabeza que yo cayera en ella, y fue lo primero que se me ocurrió a mí en cuanto se cerró la puerta aquella noche.

Halima me lo había dicho sin darle importancia, días atrás, hablando de la mujer de antes: «Estaba en tu cuarto. Antes que tú. Igual que tú». En mi cuarto. La habitación en la que yo dormía, comía y contaba las horas era la misma en la que ella había dormido, comido y contado las suyas. La misma cama. El mismo diván. El mismo baño. Si había dejado algo de sí en alguna parte de aquella casa, el sitio más probable no era el cuarto cerrado, vaciado y cubierto de sábanas. Era este. El que seguían usando. El que nadie había pensado en registrar porque a nadie se le ocurría que hubiera nada que registrar.

Empecé esa misma noche, en cuanto estuve segura de que no volvería nadie hasta el desayuno.

Lo hice con método, porque el método era lo único que me quedaba. Dividí el cuarto en partes, como había aprendido a dividir el tiempo, y me propuse no dejar un palmo sin mirar. Empecé por lo evidente y seguí por lo que no lo era. Miré debajo de la cama, tumbada en el suelo frío, palpando el somier y las patas. Saqué los cajones de la cómoda uno a uno y les di la vuelta, por si había algo pegado por detrás. Pasé los dedos por los bordes de las baldosas del baño buscando alguna suelta. Revisé el dobladillo de las cortinas, el respaldo del diván, el hueco oscuro detrás del cabecero.

Nada, la primera noche. Ni la segunda.

Pero no me rendí, porque tenía todo el tiempo del mundo, exactamente igual que él, solo que yo lo usaba para esto. De día dormía a ratos y representaba mi papel de prisionera dócil; de noche buscaba. Y cada noche que pasaba sin encontrar nada me convencía más de que algo había, porque una mujer lista y encerrada, una mujer como yo, no se va de un sitio sin dejar rastro. Lo sabía porque sabía lo que yo misma habría hecho. Lo que pensaba hacer, llegado el caso.

Una tarde oí voces en el ala que quedaba al fondo del pasillo, la que yo nunca había visto. No las de los guardias, que ya me sabía de memoria. Una voz nueva, de hombre, con un acento distinto al de la casa, y una risa que me puso el vello de punta sin saber por qué, de esas risas que suenan amables y no lo son. Halima, que estaba recogiendo la bandeja del almuerzo, se quedó quieta al oírla, con las manos paradas, y no se movió hasta que las voces se alejaron. No me miró. Recogió deprisa y salió sin decir nada, y esa prisa suya me dijo más que cualquier explicación.

Había alguien en aquella casa que asustaba a Halima. Y Halima no era fácil de asustar.

La tercera noche la encontré.

Fue en el baño, en el sitio más tonto y por eso más seguro: el bajo del lavabo, esa columna de piedra que lo sostenía, por dentro, en la cara que no se ve a menos que te metas debajo y mires hacia arriba. Lo encontré con los dedos antes que con los ojos, unas marcas en la piedra, finas, arañadas con algo duro y pequeño, con la paciencia de quien tiene mucho miedo y mucho tiempo.

Cogí una lámpara, me metí debajo y miré.

Lo primero que vi fueron rayas. Decenas de rayas, agrupadas de cinco en cinco, tachadas en grupos. Una cuenta. Igual que yo había alineado botellas de agua en el sótano, ella había contado sus días arañando la piedra donde nadie miraba. Conté los grupos con el corazón encogido. Pasaban de cuatrocientos. Más de un año. Aquella mujer había vivido en mi cuarto más de un año, contando uno a uno los días, y a mí, que llevaba semanas creyéndome al borde del abismo, aquella cuenta me dio un vértigo nuevo, el de entender cuánto se podía aguantar y seguir aguantando.

Y debajo de las rayas, más pequeñas, más apretadas, había letras.

No estaban en árabe. Estaban en mi alfabeto, el latino, arañadas con la misma punta paciente, y aunque la piedra había comido algunos trazos, se leían. No era español. Tardé un momento en reconocer el idioma, y cuando lo reconocí se me puso la piel de gallina, porque era francés, y yo había estudiado lo suficiente para entenderlo casi entero.

Decía, en francés:

No le creas cuando sea bueno. Es entonces cuando más cuidado debes tener.

Y debajo, un nombre, o el principio de uno, porque la piedra se rompía justo ahí y el resto se había perdido:

Sop—

Me quedé debajo del lavabo, con la lámpara temblándome en la mano, leyendo aquellas palabras una y otra vez. Una mujer francesa. Más de un año encerrada en mi cuarto. Lista, como yo. Y

antes de irse, o antes de lo que fuera que le pasara, había dejado escondido, donde solo encontraría quien buscara de verdad, un aviso para la siguiente. Para mí. Un mensaje a través del tiempo, de una prisionera a otra, escrito con una horquilla o un trozo de metal en la única superficie de aquella jaula que su dueño no controlaba.

No era lo que yo esperaba encontrar. Esperaba, supongo, una confirmación de que Khalid era el monstruo que yo necesitaba que fuera, una prueba de su crueldad que me sirviera para odiarlo. Y lo que encontré era otra cosa, más inquietante, porque aquella mujer no me avisaba de la crueldad de Khalid. Me avisaba de su bondad. De cuando fuera bueno. Como si lo peligroso de verdad, lo que de verdad la había hundido, no hubiera sido el monstruo, sino las veces en que el monstruo dejaba de serlo.

Salí de debajo del lavabo despacio, con las piernas entumecidas y la cabeza dándome vueltas. Me senté en el borde de la bañera, en aquel baño de mármol que costaba más que la casa entera de mis padres, con el aviso de una muerta resonándome dentro.

Porque estaba casi segura de que estaba muerta. No me lo había dicho nadie. Pero el cuarto cerrado, el dibujo medio descolgado que alguien quiso quitar y no terminó de quitar, las sábanas sobre los muebles, el modo en que Halima y los guardias bajaban la voz, el dolor que se le abría a Khalid en la cara cada vez que rozaba el tema: todo apuntaba a un final, no a una marcha. A las mujeres de las que uno se deshace y olvida no se les guarda el retrato. Se las borra del todo. A esta la habían intentado borrar y no habían podido. Y el dueño de aquella casa, que lo controlaba todo, no había sido capaz de controlar eso.

Pensé en el nombre roto. *Sop—.* Sophie, casi seguro. Un nombre francés que empezaba así no había muchos. Sophie. Le puse nombre en mi cabeza, y al ponérselo dejó de ser «la de antes», «la del dibujo», «la mujer del cuarto cerrado», y se convirtió en una persona, en alguien que había contado cuatrocientos días bajo el mismo techo que yo y que, antes de desaparecer, había pensado en la que vendría después lo suficiente para dejarle un mensaje.

No iba a contárselo a Khalid. Eso lo tuve claro enseguida. Si supiera que había encontrado aquello, taparía el agujero, me cambiaría de cuarto, redoblaría la vigilancia, y yo perdería el único hilo que tenía. El aviso de Sophie iba a ser mi secreto, igual que el suyo lo había sido durante más de un año. Dos mujeres, separadas por el tiempo, compartiendo a escondidas lo único que aquel hombre no les podía quitar: lo que sabían de él.

Volví a meterme debajo del lavabo antes de acostarme. No para leerlo otra vez, que ya me lo sabía de memoria, sino para hacer una cosa que necesitaba hacer, aunque no supiera explicar por qué.

Con la misma horquilla con la que ella debió de escribir, arañé, debajo de su mensaje, en el poco espacio que quedaba antes de que la piedra se rompiera, tres palabras en español.

Gracias, Sophie.

No iba a leerlo nadie. Estaba sola en aquel cuarto, y la mujer a la que se lo escribía llevaba quién sabe cuánto sin estar en ninguna parte. Pero lo escribí igual, porque me hizo sentir, por un momento, menos sola en aquella casa, y porque entendí, arañando la piedra a oscuras, que acababa de unirme a algo, a una cadena de mujeres que habían pasado por allí y habían dejado constancia, y que mi obligación, si quería ser distinta de Sophie, no era solo sobrevivir. Era entender lo que ella no entendió a tiempo.

No le creas cuando sea bueno.

Me dormí con esa frase, decidida a no olvidarla nunca, sobre todo el día —porque sabía que iba a llegar, lo notaba venir como se nota una tormenta— en que Khalid dejara de ser cruel y empezara a ser amable. Ese día, me prometí, sería cuando más despierta tendría que estar.



CAPÍTULO 13

Khalid me dejó sola muchos días después de aquella noche.

Más de los que me había dejado nunca. Y entendí que no era casualidad, sino lo mismo que ya le había visto hacer una vez: cuando se mostraba de más, desaparecía, como si poniendo distancia pudiera deshacer lo enseñado. Me había prohibido el cuarto, el nombre, las preguntas, y se había marchado con el muro más alto que nunca, y luego se había esfumado, a saber a qué viaje o a qué negocio, dejándome a solas con Halima, con el silencio y con el secreto que yo guardaba debajo del lavabo.

Aproveché esos días. Releí el mensaje de Sophie tantas veces que podría haberlo arañado yo misma de memoria. Seguí aprendiendo la lengua, seguí escuchando, seguí archivando. Y me repetí cada noche, como una oración, la frase de la francesa, *no le creas cuando sea bueno*, para tenerla afilada y a mano el día que hiciera falta.

No sabía que iba a hacer falta tan pronto.

***

Volvió una noche, sin avisar, y volvió mal.

Lo supe en cuanto entró, por cómo cerró la puerta, más fuerte de lo necesario, por la tensión que traía en los hombros. No era la frialdad pulida de costumbre. Era algo más crudo debajo, mal contenido, y por instinto me puse de pie y dejé el ancho del cuarto entre los dos.

—¿Pasa algo? —pregunté, porque su silencio era peor que cualquier amenaza.

No contestó enseguida. Se quedó mirándome desde la puerta, con una intensidad nueva, como si yo fuera la respuesta a una pregunta que llevaba días haciéndose y que no le gustaba.

—Debería haberme deshecho de ti hace semanas —dijo al fin, y no era una amenaza, era casi un pensamiento en voz alta—. Es lo sensato. Una mujer que no se doblega y que aprende mi lengua para espiarme. Cualquier otro ya te habría vendido, o algo peor. —Avanzó un paso—. Y yo me paso los días buscando razones para no hacerlo. Inventándomelas. ¿Sabes lo que es eso? ¿Lo que me obligas a hacer?

Cada palabra era una confesión que no quería estar haciendo, y se le notaba, se le notaba que le costaba, que las soltaba contra su voluntad, empujado por lo que fuera que llevara dentro aquella noche.

—Yo le diré lo que es —respondí, con el corazón golpeándome—. Está empezando a verme como una persona y no como una cosa, y eso le revienta los planes.

Aquello fue lo que lo rompió. No mis palabras, sino que tuviera razón.

Cruzó el cuarto en tres zancadas, antes de que yo pudiera retroceder, y me acorraló contra la pared con todo el peso de su cuerpo, con las dos manos plantadas a los lados de mi cabeza, encerrándome. Estaba tan cerca que le veía la rabia en los ojos, y debajo de la rabia esa otra cosa que llevaba días peleando por no

enseñarme, y el aliento se me cortó, porque por una vez no supe leer lo que iba a hacer.

—Cállate —dijo, ronco, muy cerca de mi cara—. Llevas semanas metiéndote en mi cabeza con esa boca tuya, diciendo mierdas que nadie se atreve a decirme. Estoy harto. Harto de que una mujer a la que compré me ponga del revés con solo abrir la boca.

—Pues deje de escucharme —dije, sin apenas voz, sosteniéndole los ojos a un palmo—. Nadie le obliga.

—Ese es el problema. —Y lo dijo casi con desesperación—. Que no puedo.

Y entonces me besó.

No fue un beso. Fue una reclamación. Me cogió la cara con una mano, dura, sin pedir nada, y me cubrió la boca con la suya con toda la fuerza de la rabia y de lo que llevaba dentro, un beso que era más una afirmación de poder que un gesto de deseo, un *eres mía y voy a demostrártelo* hecho carne. Me besó como se conquista algo, sin suavidad, sin permiso, imponiéndose.

Era el primer beso de mi vida.

Pensé en eso incluso mientras ocurría, con esa parte de la cabeza que no se apaga nunca. Veinticinco años protegida, vigilada, guardada por unos padres que me querían a su manera asfixiante, y el primer beso me lo daba así, a la fuerza, un hombre que me había comprado, en una jaula al otro lado del mundo. Debería haberlo odiado. Debería haberlo apartado, haberme revuelto como me había revuelto la primera vez que me rozó la mejilla.

Podía hacerlo. Tenía las manos libres. Él no me sujetaba más que por la cara, y yo sabía, después de tantas semanas, que si lo empujaba se detendría, porque siempre se detenía, porque era esa la única ley que aquel hombre se imponía a sí mismo.

Podía apartarlo.

No lo aparté.

No sé por qué no lo hice. He tenido años para preguntármelo y todavía no tengo una respuesta limpia. Tal vez fue el cansancio de tanto pelear. Tal vez la curiosidad terrible de saber qué era aquello que el cuerpo pedía y la cabeza prohibía. Tal vez que, por una vez, en lugar del depredador frío que jugaba a domarme, tenía delante a un hombre desarmado, confesando contra su voluntad que yo lo había vencido.

O tal vez, y esta es la verdad que más me cuesta escribir, fue simplemente que no quise.

Me quedé. No le devolví el beso, no me atreví a tanto, pero no me separé, y el no separarme fue, lo supe en el momento, una rendición más grande que cualquier beso que yo le hubiera podido dar. Me quedé quieta bajo su boca, con los ojos cerrados, dejando que pasara, sintiendo lo que nunca había sentido, lo que es que otro cuerpo te reclame entero, y sintiéndolo, para mi horror, no solo como una invasión.

Fue él quien se separó.

Como siempre. Se apartó de golpe, como si se quemara, y dio un paso atrás, y se quedó mirándome con una expresión que no le había visto nunca. Confusión. Pura, total. Había esperado que me revolviera, que lo abofeteara, que le gritara, y le habría servido, porque la resistencia la sabía manejar, la resistencia entraba en su juego. Lo que no sabía manejar era que me quedara. Eso lo dejó sin guion, sin máscara, plantado en mitad de mi cuarto sin saber qué hacer con lo que acababa de pasar.

—Por qué no te has apartado —dijo, y no era una acusación, era casi una pregunta, casi un susto.

—No lo sé...

—¿Por qué?

—¡No lo sé! —Y era verdad, y se lo dije así, en bruto, porque mentirle habría sido darle ventaja y yo ya no tenía fuerzas para calcular.

Nos quedamos los dos en silencio, a dos pasos, mirándonos, igual de desarmados, igual de perdidos. Por una vez no había dueño y propiedad, ni cazador y presa, ni siquiera carcelero y prisionera. Había dos personas que acababan de descubrir, a la vez, que aquello se les había ido de las manos a los dos, y que ninguno sabía hacia dónde llevaba.

Khalid recuperó el control antes que yo. Lo vi recomponerse, recoger los pedazos y volver a ser él. Pero le costó más que nunca, y eso —que le costara— me dijo más que el beso.

—Esto no puede volver a pasar —dijo, en voz baja, y no supe a cuál de los dos intentaba convencer.

—Vale.

—¡Lo digo en serio, Raquel! —Me gritó por primera vez.

—Le he dicho que vale.

Me miró un segundo más. Luego se dio la vuelta y salió, más rápido de lo que entraba nunca, casi huyendo, y esta vez el sonido de la cerradura no me sonó a encierro, sino a otra cosa: a un hombre poniendo una puerta entre él y algo que le daba miedo.

Y entonces, en cuanto estuve sola, me estrellé contra el aviso de Sophie.

Me senté en el suelo, con la espalda contra la pared, temblando, y no de miedo esta vez, o no solo de miedo. Acababa de hacer exactamente lo que la francesa me había advertido que no hiciera. No me había hundido cuando Khalid era cruel; me había mantenido entera frente a la frialdad, los castigos, las amenazas. Y a la primera vez que él había dejado de ser el monstruo, a la primera vez que se había mostrado desarmado y casi humano, yo había bajado la guardia. No me había apartado. Me había quedado.

Era exactamente la trampa. La que había hundido a Sophie. La que ella, demasiado tarde, había intentado evitarle a la siguiente arañando la piedra a oscuras. Y yo, que me las daba de lista, que me había prometido entender lo que ella no entendió a tiempo,

había caído en el primer hueco, en el primer momento de debilidad, con una facilidad que me dio asco de mí misma.

Me obligué a pensarlo en frío, porque el frío era lo único que me había salvado hasta entonces. No me había enamorado. Eso me lo dije con todas las letras, sentada en el suelo de aquella jaula. No me había enamorado de mi carcelero, no era tan idiota, no había caído en el cuento barato de la prisionera que adora a su captor. Lo que había pasado era otra cosa, más sutil y por eso más peligrosa. Había dejado de verlo solo como una amenaza. Había sido yo quien había empezado a verlo como una persona. Y el problema de ver a alguien como una persona es que entonces ya no puedes odiarlo limpio, y sin el odio limpio una se queda sin la mejor de sus armas.

Sophie tenía razón. El monstruo no era el peligro. El peligro era el hombre. Porque al monstruo se le combate, y al hombre, cuando te besa así y se va con miedo, empiezas, sin querer, a entenderlo.

Volví a meterme debajo del lavabo aquella noche. Y debajo de mi *gracias, Sophie* de la otra noche, arañé tres palabras más, una promesa que era a la vez para ella y para mí.

No voy a olvidarlo.

Pero mientras lo escribía, con la boca todavía caliente del beso que no había rechazado, supe que prometerlo y cumplirlo iban a ser dos cosas muy distintas. Y que la verdadera pelea, la más difícil de todas las que llevaba peleando desde Madrid, ya no era contra Khalid.

Era contra lo que Khalid había empezado a despertar dentro de mí.



CAPÍTULO 14

Khalid cumplió su palabra una vez más. Dijo que no iba a volver a pasar, y desapareció otra vez, como hacía siempre que se mostraba de más. Pero esta vez la ausencia fue distinta, y yo la noté distinta desde el primer día. No era el silencio del dueño que castiga con el vacío. Era el silencio de un hombre que huye de algo, y ese algo era yo, o más bien lo que yo le había hecho sentir contra su voluntad la noche del beso.

Y descubrí, en esos días de ausencia, una cosa que no me gustó nada de mí misma.

Lo echaba en falta.

No a él. Eso me lo repetí mil veces, fregándomelo por dentro como quien restriega una mancha. No echaba de menos a Khalid, al carcelero, al hombre que me había comprado. Echaba de menos la única cosa que rompía la monotonía sin fondo de aquella jaula. Los días sin él eran horas vacías, idénticas, sin nada en que clavar la cabeza, y mi cabeza, que necesitaba pelea para no devorarse a sí

misma, se había acostumbrado a la única pelea que tenía a mano, que era él. Eso me dije. Que era el aburrimiento, no el hombre. Y casi me lo creí.

Pero por las noches, debajo del lavabo, leyendo el aviso de Sophie, sabía que me estaba mintiendo a medias, y que mentirse a medias es la peor manera de mentirse, porque te deja creer que eres honesta contigo.

***

Halima fue la que me sacó de aquello, sin proponérselo.

Una mañana entró más callada de lo normal, con la cara cerrada, y mientras hacía la cama dejó caer algo que yo no había sabido leer hasta entonces. Hablaba sola, a media voz, en su idioma, como rezando, y entre lo que dijo pesqué una palabra que ya conocía y que me detuvo el corazón. *Muerta.* Y otra: *otra vez.*

—Halima. —Me acerqué, despacio, para no espantarla—. ¿Quién ha muerto?

Se quedó quieta, con las manos en la sábana. Negó con la cabeza.

—Nada. Cosas de fuera. No tuyo.

—Halima, por favor. —Bajé la voz—. ¿Quién?

Me miró, y peleó consigo misma un momento, igual que la otra vez, y al final, en su español roto, con la voz muy baja, soltó lo justo.

—Una chica. En la casa de un hombre. Lejos. —Apretó los labios—. Como nosotras. Joven. Comprada. Y ahora muerta. Llegó noticia anoche. El señor por eso se fue. —Me miró fijo, y en sus ojos había miedo, gastado de tanto usarlo—. Por eso te digo siempre, niña. Quieta. Callada. Estas cosas pasan. Aquí pasan. Siempre.

Me quedé fría. No por la muerta, a la que no conocía, sino por todo lo que aquella frase suelta abría debajo. Había más mujeres. Muchas. En muchas casas. Compradas como yo, encerradas como yo, y de vez en cuando una aparecía muerta y llegaba la noticia como llega el parte del tiempo, una desgracia más en un mundo hecho de desgracias administradas. Yo no era un caso. Era un

número en una lista larguísima, y el final de Sophie no había sido una excepción, sino la regla.

Y Khalid se había ido por eso. No me cuadraba que a un hombre como él le importara la muerte de una mujer comprada en la casa de otro. A menos que no fuera la mujer lo que le importaba, sino lo que esa muerte le recordaba.

***

Volvió al cuarto día, de noche, y otra vez supe que algo iba mal antes de que dijera nada.

No traía rabia esta vez. Traía algo peor. Una especie de derrota fría, de cansancio que le venía de muy hondo, y entró y se sentó en el diván, como si las piernas no le sostuvieran del todo. Se quedó ahí, con los codos en las rodillas, mirando el suelo, y por un momento largo no dijo nada.

Yo no me acerqué. Me quedé de pie, junto a la ventana, observando, archivando, intentando leer aquella postura nueva.

—Sé que ha muerto una mujer —dije al fin, en voz baja—. En la casa de otro hombre. Lo escuché.

Levantó la cabeza despacio. No pareció sorprenderle que lo supiera. Ya no se molestaba en taparme las cosas pequeñas; había entendido que yo me enteraba igual.

—Halima habla demasiado —dijo, pero sin fuerza, sin amenaza real.

—No me ha contado nada que importe. Solo que pasó. Y que usted se fue por eso. —Di un paso—. Lo que no entiendo es por qué. Por qué a un hombre como usted parece afectarle la muerte de una mujer que ni era suya.

Se quedó mirándome, y por un instante pensé que iba a contármelo, que el cansancio le iba a abrir la boca igual que la otra vez. Pero no. Aprendía rápido, igual que yo. Se tragó lo que fuera, y cuando habló, lo hizo en una dirección que no esperaba.

—¿Sabes qué es lo que más me jode de ti? —dijo, y la palabra le salió descolocada—. Que me lo preguntas de verdad. Para

entenderlo. No para usarlo. —Negó con la cabeza, con una media sonrisa amarga—. Todos a mi alrededor calculan lo que me dicen. Tú no. Eres mi prisionera y eres la única que no mide sus palabras.

No supe qué contestar. Era lo más honesto que me había dicho, y lo había dicho sin que yo se lo arrancara, y precisamente por eso me puso en guardia, porque la alarma de Sophie se me encendió entera de golpe. Y aquello era Khalid siendo bueno. Desarmado, sincero, casi tierno en su amargura. Era exactamente el terreno del que la francesa me había avisado.

Así que hice lo más difícil que había hecho en mucho tiempo. Más difícil que aguantar los castigos, más difícil que sostenerle la mirada. Me protegí.

—No haga eso —dije.

—¿El qué?

—Eso. Hablarme como si fuéramos dos personas que se entienden. —Me obligué a que la voz no me temblara—. No lo somos. Usted me compró. Me tiene encerrada. Por muy solo que esté, eso no cambia. Si quiero entenderle no es porque seamos nada. Es lo único que me mantiene viva aquí. No se confunda. Ni me confunda a mí.

Lo dije para defenderme. Para levantar el muro que él, por una vez, había bajado. Para no caer donde cayó Sophie. Y funcionó, en el sentido de que él se echó atrás, recompuso la cara y se levantó del diván.

Pero mientras lo decía, mientras me oía pronunciar aquellas palabras frías y sensatas que eran mi única armadura, sentí por dentro que algo se me rompía a mí también, porque una parte de mí no quería decirlas. Una parte de mí, pequeña, traidora, enterrada, había querido cruzar el cuarto y sentarse a su lado en aquel diván y dejar que los dos fuéramos, por una noche, las dos personas cansadas que él había dicho que éramos.

No lo hice. Pero el haberlo deseado me asustó.

—Tienes razón —dijo él, ya con el muro puesto otra vez, y por una vez le creí del todo, porque la decepción que le cruzó la cara antes de taparla era demasiado real para ser fingida—. Bien dicho.

Caminó hacia la puerta. Y antes de salir, sin girarse, dejó una frase que me tuvo despierta el resto de la noche.

—Pero que sepas una cosa, Raquel. —Hizo una pausa—. Que tú quieras entenderme para sobrevivir, y que yo quiera que me entiendas porque estoy solo, no son cosas tan distintas como te gustaría creer. Las dos son hambre. La tuya y la mía. Y el hambre, al final, siempre acaba comiendo de donde puede.

Salió. La cerradura sonó.

Y yo me quedé despierta, en el suelo, con la espalda contra la pared, sabiendo que tenía toda la razón, y odiándolo por tenerla, y odiándome más a mí por la parte de mí que se alegraba de oírselo decir.

Aquella noche no arañé nada debajo del lavabo. No supe qué prometerle a Sophie que no fuera ya mentira.



CAPÍTULO 15

Llegó una noche que olía a alcohol antes de entrar.

Lo noté en cuanto se abrió la puerta, ese olor dulzón y fuerte que me llegó desde el umbral, y me puse en guardia de inmediato, porque un Khalid bebido era un Khalid que yo no sabía descifrar, y todo mi sistema de supervivencia se apoyaba en eso. Entró despacio, con un cuidado exagerado en los pasos, de esos que pone quien sabe que no anda derecho y se esfuerza en disimularlo. No se le notaba en la voz. Se le notaba en otra cosa, en que la frialdad calculada de siempre se le había desprendido, como una capa de pintura saltada, dejando debajo algo más crudo y más impredecible.

—De pie ya —dijo, aunque yo ya estaba de pie—. Bien. Siempre alerta. Mi soldado.

—¿Ha bebido?

—He bebido. —Lo admitió sin más, con una franqueza que la sobriedad nunca le permitía—. Mucho. En compañía de hombres a los que desprecio, cerrando tratos que me dan asco, sonriendo a

gente que vendería a su madre por un punto de margen. Mi trabajo, Raquel. Mi mundo. —Se acercó, y yo retrocedí un paso, y él lo notó y sonrió, una sonrisa torcida que me erizó la piel—. ¿Me tienes miedo así? Más que sobrio. Lo veo. Haces bien. Sobrio me controlo. Así... —dejó la frase a medias, con un gesto vago.

Se sentó en el diván, o más bien se dejó caer, y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados un momento. Yo me quedé lejos, midiendo distancias, calculando dónde estaba la puerta, sabiendo que la puerta no servía de nada.

—Ven —dijo, sin abrir los ojos.

—No.

Abrió los ojos. Me miró con una atención nueva, pesada, distinta de la evaluación fría de costumbre. Esta me recorría de otra manera, sin disimulo, y sentí esa mirada en la piel como una mano, y me odié por sentirla.

—Que vengas —dijo, en voz baja.

—No voy a moverme —respondí, con más firmeza de la que tenía—. Puede llamar a los guardias para que me arrastren, como la otra vez. Pero por mi propio pie, hacia usted, esta noche no.

Esperaba rabia, pero lo que hubo fue una risa baja.

—Mírala. —Negó con la cabeza, despacio—. La única persona en kilómetros que se atreve a decirme que no. Y es a la que tengo encerrada. —Se levantó, con ese cuidado de borracho otra vez, y empezó a cruzar el cuarto hacia mí—. ¿Sabes lo que pienso cuando bebo? Pienso en que debería soltarte. Abrir la puerta y dejarte ir. Y luego pienso en lo que hay ahí fuera para una mujer como tú, sola, sin papeles, sin idioma, y sé que no llegarías ni a la frontera. Y entonces ya no sé si te encierro para tenerte o para que no te tengan otros. Sobrio lo tengo claro. Bebido se me mezcla todo.

Llegó hasta mí. Yo tenía la espalda contra la pared, sin más sitio adonde ir, y él se detuvo muy cerca, demasiado, con ese olor a

alcohol, y levantó una mano y me apartó el pelo de la cara, despacio, con una torpeza que no tenía sobrio.

Y me tocó.

No fue como las otras veces, los gestos calculados de dominio, la mano en la barbilla para demostrar quién mandaba. Esta vez fue otra cosa, más lenta, más perdida, los dedos bajando por mi mejilla, por el cuello, deteniéndose en el hueco de la garganta donde el pulso me latía desbocado y me delataba. Me tocó como toca quien quiere, no quien posee, y esa diferencia lo cambiaba todo y no cambiaba nada, porque yo seguía siendo una mujer encerrada y él el hombre que me encerraba, por muy distinto que fuera el roce.

Lo peor fue lo que pasó dentro de mí.

Porque mi cuerpo respondió. Contra toda mi voluntad, contra todo lo que sabía, contra el aviso de Sophie gritándome en la cabeza, algo en mí se inclinó hacia aquella mano en lugar de apartarse. Sentí un calor que no había sentido nunca, ni con él ni con nadie, un tirón hondo y desconocido que me asustó demasiado, porque venía de mí, de dentro, de un sitio que yo no controlaba y que llevaba veinticinco años dormido bajo la vigilancia de unos padres que me lo habían guardado todo.

Cerré los ojos. Y al cerrarlos, en lugar de protegerme, me entregué un segundo a la sensación, un solo segundo, con el cuerpo entero pendiente de aquellos dedos en mi garganta, y de mi boca salió algo, una respiración cortada, un sonido pequeño que no pude tragarme a tiempo y que lo dijo todo.

Él lo oyó. Por supuesto que lo oyó. Y se detuvo.

No retiró la mano enseguida. La dejó ahí, quieta, sobre mi pulso, y abrió los ojos y me miró con una intensidad nueva, leyéndome, entendiendo lo que aquel sonido significaba, lo que yo no había podido esconder. Y vi cruzar por su cara, incluso bebido, incluso con los frenos sueltos, algo que lo paró en seco. No fue piedad. Fue otra cosa. Cálculo, casi. La constatación de un dato que cambiaba las reglas.

—No has estado nunca con un hombre —dijo. No era una pregunta, porque lo sabía. Lo dijo despacio—. Nunca. Ni así.

No contesté. No me hizo falta. El calor que me subió a la cara fue toda la respuesta, y aparté los ojos, algo que no hacía desde hacía mucho, no por miedo, sino por una vergüenza distinta, más íntima, más mía.

Retiró la mano. Despacio. Dio un paso atrás, y se pasó los dedos por la cara, y respiró hondo, como quien intenta despejarse a la fuerza.

—Joder —dijo, en voz baja, para sí mismo. Y luego, mirándome, con una rabia que no iba dirigida a mí—: Veinticinco años. Y lo primero que conoces de todo eso es esto. Esta casa. Yo. Borracho. —Negó con la cabeza, con un asco que era hacia él mismo—. No. Así no.

Era la tercera vez que se lo oía. *Así no.* La primera, cuando le aparté la mano. La segunda, no la recordaba bien. Y ahora. Y empecé a entender que aquellas dos palabras eran lo único que lo separaba del monstruo que decía ser, una línea que se trazaba a sí mismo y que, ni borracho, se permitía cruzar.

—Podría —dijo, y no sé si me hablaba a mí o se desafiaba a él—. Ahora mismo. No te resistirías del todo, lo acabas de enseñar. Y serías mía de verdad, no solo en los papeles. —Se acercó otra vez, una sola pulgada, y bajó la voz—. Y mañana te despertarías odiándome, y odiándote a ti, y habría hecho contigo exactamente lo que el mundo le hizo a la otra. —Se detuvo—. Y no pienso ser eso. Ni borracho. Sobre todo borracho.

Se apartó del todo. Caminó hacia la puerta, con ese cuidado de paso inseguro, y al llegar se apoyó un momento en el marco, de espaldas a mí.

—Lo que ha pasado esta noche —dijo, sin girarse— no ha pasado. Ni el sonido que has hecho. Ni lo que has sentido. Olvídalo tú, que yo no voy a poder.

Salió. La cerradura sonó, más torpe que de costumbre, al segundo intento.

Me quedé contra la pared, resbalando hasta el suelo, con la mano en la garganta donde todavía sentía el fantasma de sus dedos, temblando de pies a cabeza. Pero esta vez no temblaba de miedo. Temblaba de otra cosa, de algo que no quería nombrar y que tenía que nombrar para poder combatirlo, porque lo que no se nombra no se puede pelear.

Lo había deseado.

Un segundo. Un solo segundo, con los ojos cerrados y su mano en mi cuello, mi cuerpo había querido más, había pedido más, y yo lo había dejado pedir. Y daba igual cuántas razones me diera, daba igual que fuera el primer roce de mi vida y que el cuerpo respondiera solo, sin permiso de la cabeza, como responde a lo que nunca ha conocido. Lo había sentido. Y haberlo sentido me ponía, por dentro, en el mismo camino exacto del que Sophie había intentado salvarme.

Pero el aviso de Sophie se quedaba corto, entendí aquella noche, sentada en el suelo frío. Porque el peligro no era solo creerle a él cuando fuera bueno. El peligro era creerme a mí misma cuando mi propio cuerpo empezara a traicionarme. Sophie no me había avisado de eso. Quizá porque no supo cómo decirlo. Quizá porque era lo más difícil de admitir, incluso arañándolo en una piedra a oscuras: que la trampa no estaba solo en el monstruo, sino en una misma.

Aquella noche me hice una promesa distinta, más dura, más honesta. No la de no sentir nada, porque acababa de descubrir que eso no estaba del todo en mi mano. Sino la de no dejar nunca que lo que sintiera me hiciera olvidar lo que sabía. Que se podía desear a un hombre y seguir sabiendo que ese hombre te tenía encerrada. Que las dos cosas podían ser verdad a la vez, y que mi única salvación estaba en no dejar que la primera borrara la segunda.

Era una línea finísima. La misma, quizá, sobre la que Sophie había caminado antes de caerse.

Yo no pensaba caerme.



CAPÍTULO 16

Khalid cambió de táctica.

Lo entendí poco a poco, a lo largo de los días siguientes. No volvió a aparecer borracho. No volvió a tocarme. Pero tampoco desapareció como hacía siempre que se mostraba de más. Hizo algo nuevo: empezó a venir a verme de día, sobrio, y a comportarse, sencillamente, como una persona.

Venía por las tardes. Traía un libro, a veces, y se sentaba en el diván a leer mientras yo fingía leer otro, y pasábamos ratos largos sin hablar, los dos en la misma habitación, sin que pasara nada, sin amenazas, sin órdenes, sin juegos de dominio. Hablaba de cosas que no eran ni mi cautiverio ni su poder. De libros. De ciudades que había visto. De idiomas, cuando descubrió que a mí me fascinaban tanto como a él. Y era, contra todo pronóstico, buena compañía. Inteligente, capaz de discutir y de escuchar y de reírse de sí mismo.

Y yo, que había aguantado los castigos, las amenazas, el asedio y hasta el beso a la fuerza, me descubrí desarmada justo ante aquello:

ante la normalidad. Ante un hombre que se sentaba a leer a mi lado en silencio.

Y lo bueno no era el beso ni el contacto. Lo bueno era esto. Las tardes tranquilas. La conversación. La sensación, tan peligrosa, tan dulce después de meses de terror, de que en aquel cuarto, por un rato, no había una prisionera y un carcelero, sino dos personas que se entendían.

Tardé en darme cuenta de lo que estaba haciendo, y cuando me di cuenta me dio un escalofrío de admiración y de espanto a partes iguales.

Me estaba domando. De verdad. No con la fuerza, que había probado y no le había funcionado. No con el miedo, que solo me había hecho más dura. Me estaba domando con lo contrario: con amabilidad, con compañía, con la única cosa que un cautiverio de meses te quita y te deja muriéndote de hambre por dentro. La cercanía humana. Me estaba dando migajas de algo parecido al cariño, sabiendo que yo, hambrienta de ello, me las comería todas y volvería a pedir más, y que cada migaja me ataría a él mucho más fuerte que cualquier cadena.

Era brillante. Y era cruel de una manera más profunda que todas sus crueldades anteriores, porque las otras me herían y esta me seducía, y de una herida una se defiende, pero de la seducción solo se defiende quien la reconoce a tiempo.

Yo la reconocí. Esa fue mi suerte, o mi mérito, no lo sé. Reconocí lo que hacía, y me obligué a no olvidarlo ni una sola de aquellas tardes apacibles. Mientras hablábamos de libros, una voz fría en el fondo de mi cabeza repetía: *te está domando, esto es el método, no bajes la guardia.* Y mientras me reía con algo que él decía, esa misma voz me recordaba que la puerta seguía cerrada por fuera.

Pero hay una cosa que no había previsto, ni yo ni él, y que lo complicó todo.

Que se puede domar a dos a la vez. Y que él se estaba domando también.

***

Lo vi una tarde, con una claridad que me dejó sin aire.

Estábamos los dos leyendo. Yo levanté la vista en un momento y lo pillé mirándome, no con la evaluación del dueño, no con el cálculo del cazador, sino con una atención suave, perdida, la de quien mira a alguien porque le gusta mirarlo. Y al verse pillado no apartó la vista de golpe ni recompuso la máscara. Tardó un segundo. Un segundo de más. Y en ese segundo los dos supimos lo que había debajo, y los dos fingimos que no.

—¿Qué? —dije, porque el silencio se había vuelto demasiado denso.

—Nada. —Volvió al libro—. Pensaba en lo absurdo de esto.

—¿De qué?

Dejó el libro. Me miró, y por una vez no buscó las palabras frías.

—De que el único sitio donde estoy en paz en toda mi vida es esta habitación. Contigo. La mujer que tengo presa. —Lanzó una media sonrisa amarga—. Tengo un palacio entero. Negocios en medio mundo. Más poder del que voy a poder gastar. Y vengo aquí, a un cuarto cerrado, a leer al lado de mi prisionera, porque es el único lugar donde no tengo que fingir nada. Dime tú si eso no es estar más preso que tú.

Lo dijo sin pretenderlo, lo supe, se le escapó, y se arrepintió en cuanto lo dijo, porque era demasiado, porque era una confesión de verdad, de las que él no se permitía. Y yo, que tenía que haberme protegido, que tenía el muro a mano y la voz fría avisándome, hice algo distinto. Algo que no me perdoné en mucho tiempo.

Le dije la verdad yo también.

—El problema —dije, en voz baja— es que esto también es lo único que me hace soportable estar aquí. Estas tardes. Y eso me da pánico. Porque significa que su método funciona. Que me estoy acostumbrando a la jaula porque usted la ha hecho cómoda. Y una jaula cómoda sigue siendo una jaula. Lo sé. Me lo repito cada día. Pero cada día me cuesta un poco más creérmelo.

Nos quedamos mirándonos, los dos al descubierto, los dos habiendo dicho de más, los dos sabiendo que acabábamos de cruzar juntos una línea de la que no había vuelta fácil.

Khalid se levantó. Se acercó. Y esta vez no hubo dominio en cómo lo hizo, ni alcohol, ni rabia. Se sentó a mi lado, en el borde de la cama donde yo leía, despacio, dándome todo el tiempo del mundo para apartarme.

No me aparté.

Me cogió la cara con las dos manos, con un cuidado que no le había visto, y me besó. Y este beso no se parecía en nada al de la otra vez. No era una reclamación, ni una afirmación de poder, ni una conquista. Era lento, era un hombre besando a una mujer porque quería, no porque pudiera. Y yo, esta vez, hice lo que no me había atrevido a hacer la primera.

Se lo devolví.

Fue mi decisión. No me forzó, no me acorraló, no usó su poder. Por una vez desde que había puesto un pie en aquella casa, hice algo con mi cuerpo que era enteramente mío, que nadie me imponía, que elegí yo. Y la ironía, la trampa perfecta, era que lo eligiera precisamente allí, precisamente con él, precisamente con el hombre que me había quitado todo lo demás. El único acto libre que me quedaba lo usaba para acercarme a mi carcelero.

Sophie tenía toda la razón. Y yo lo sabía mientras lo besaba. Sabía que estaba cayendo donde ella cayó, paso a paso, exactamente por el mismo camino. Y aun así no paré, porque hay hambres que pueden más que el miedo, y porque después de meses de no elegir absolutamente nada, elegir aquello, por equivocado que fuera, sabía a libertad aunque fuera la libertad de cavarme mi propia tumba.

Fue Khalid quien paró. Otra vez. Apoyó su frente en la mía, con los ojos cerrados, respirando fuerte, y se quedó así un momento largo.

—Tenemos que parar —dijo, en voz baja.

—Esto cada vez es más ridículo —respondí, y era verdad, y los dos lo sabíamos.

Se apartó. Me miró, y había en su cara una mezcla de deseo, de miedo y de algo que se parecía demasiado a la ternura, y que en un hombre como él, asustaba.

—Sí —dijo—. Lo es. —Se levantó, caminó hacia la puerta, y antes de salir se detuvo, y dijo lo que yo llevaba semanas temiendo oír, lo que cambiaba el juego entero—. Y por eso, a partir de mañana, voy a sacarte de este cuarto. Vas a tener la casa. Los jardines. Más libertad. —Me miró—. No porque me haya ablandado. Porque he entendido que tenerte encerrada es lo único que te recuerda cada día que me odies. Y ya no quiero que me odies.

Salió y echó la cerradura.

Y yo me quedé en la cama, con los labios calientes y el corazón en guerra, entendiendo que acababa de empezar la parte más difícil de todas. Porque mientras me tuvo encerrada y cruel, supe quién era él y quién era yo. Ahora iba a abrirme la jaula, a tratarme bien, a dejar que lo besara cuando yo quisiera. Y en esa libertad nueva, dulce y envenenada, iba a ser muchísimo más difícil recordar la única verdad que no podía permitirme olvidar.

Que la puerta abierta de una jaula no la convierte en un hogar. Y que un hombre que te quita la libertad y luego te la devuelve a cuentagotas, como un favor, no te está queriendo.

Te está domando mejor.



CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, Halima entró sin la bandeja del desayuno y se quedó en el umbral, mirándome con una expresión que no supe leer.

—El señor dice que puedes bajar.

Me quedé mirándola.

—¿Bajar adónde?

—A donde quieras. La casa. El jardín. —Hizo un gesto vago—. Con límites. No al ala del fondo. No a las zonas de los hombres. El resto, sí. El señor dice.

Salí al pasillo por mi propio pie, sin que nadie me sujetara del brazo, sin venda, sin brida. Fue un momento extraño, casi irreal, porque mis pies recordaban el cautiverio aunque la puerta estuviera abierta, y durante unos pasos caminé como quien espera que la detengan. Nadie lo hizo.

***

El palacio era más grande de lo que había calculado contando puertas desde mi cuarto. Había alas enteras que no conocía, patios con agua corriendo por canales de piedra, una biblioteca con estantes hasta el techo llenos de libros en varios idiomas. Me detuve allí más tiempo que en ningún otro sitio, pasando los dedos por los lomos, leyendo títulos en francés, en inglés, en árabe, en italiano. Para una mujer que había pasado meses sin nada que leer en su idioma, aquella sala era casi cruel de tan hermosa.

Pero no me dejé engañar. Mientras recorría la casa, una parte de mí seguía haciendo lo que llevaba meses haciendo: archivar. Contaba guardias, medía distancias, localizaba puertas y ventanas, calculaba dónde terminaba el muro y por dónde podría, en teoría, intentar algo. No porque tuviera un plan. Porque seguía siendo lo que me mantenía cuerda, lo que me recordaba que aquella libertad nueva era prestada, condicional, un favor que podía retirarse, y no un derecho.

La casa, además, me dijo cosas. Las casas hablan de sus dueños. Y aquella, ahora que podía mirarla entera, hablaba de un hombre solo. Salones enormes sin rastro de que nadie los usara. Comedores para veinte personas con una sola silla descolocada en la cabecera. Ni una foto, ni un objeto personal, ni una señal de familia o de vida compartida en ninguna parte. Khalid vivía en aquel palacio como un fantasma rico en una tumba con jardines, y al verlo así entendí mejor lo que me había dicho la otra noche, lo de que el único sitio donde estaba en paz era mi cuarto. Toda aquella inmensidad estaba vacía. Lo único vivo dentro de ella era yo, su prisionera.

Los jardines fueron lo que más me removió.

Después de meses encerrada, salir al aire libre, sentir el sol de verdad en la cara y no a través de un cristal, fue casi insoportable de puro hermoso. Tuve que pararme, cerrar los ojos y respirar. Y mientras lo hacía me invadió una emoción que no esperaba y que me dejó temblando: las ganas de llorar de pura gratitud.

Y ahí, en mitad del jardín, con el sol en la cara, me peleé conmigo misma la pelea más importante de todas.

Porque la gratitud era el veneno. Lo entendí con una claridad que dolía. Khalid me había encerrado durante meses en un cuarto, y ahora me dejaba salir a un jardín, y mi cuerpo respondía con gratitud, con un agradecimiento físico, animal, hacia el hombre que me devolvía una migaja de lo que él mismo me había quitado. Así funcionaba. Así se domaba a alguien. No dándole cosas, sino quitándoselas primero y devolviéndoselas después, para que cada devolución pareciera un regalo en lugar de la reparación de un robo.

Me obligué a recordarlo, allí mismo, con el sol calentándome la cara. *Estas vistas eran tuyas desde el principio. El sol era tuyo. El aire era tuyo. Él te lo quitó y ahora te lo presta, y tú no le tienes que dar las gracias por prestarte lo que te robó.* Me lo repetí hasta que la gratitud se enfrió lo suficiente para poder disfrutar del sol sin agradecérselo a nadie más que a mí misma, por haber sobrevivido para sentirlo.

Pero costaba. Cada día costaba un poco más. Y esa era exactamente la trampa.

Lo encontré en los jardines, esa primera tarde. No por casualidad, sospeché; estaría esperando a ver qué hacía yo con la libertad nueva.

Estaba sentado en un banco de piedra, a la sombra, con un libro que no leía. Me vio acercarme y no dijo nada, solo me observó, con esa atención suave que le había salido en las últimas tardes y que me desarmaba por completo.

—¿Y bien? —preguntó cuando llegué a su altura—. ¿Es como lo recordabas? El aire libre.

—Mejor —dije, y me senté en el otro extremo del banco, dejando espacio—. Y peor.

—¿Peor por qué?

—Porque ahora tengo más que perder. —Lo miré—. Encerrada en un cuarto, solo podía soñar con salir. Ahora que salgo, sueño con salir del todo. Me ha dado un poco, y lo único que ha conseguido es que

quiera el resto con más fuerza. Si pretendía calmarme dándome el jardín, le ha salido al revés.

Sonrió, una sonrisa de verdad, sin amargura por una vez.

—No pretendía calmarte. —Cerró el libro que no leía—. A estas alturas ya sé que no se te calma. Pretendía... —dudó, buscó la palabra, y eligió una que no esperaba— dejar de avergonzarme.

—¿De qué?

—De tenerte en una caja. —Lo dijo mirando los jardines, no a mí—. Hay cosas hermosas que uno encierra para que no se las quiten. Y un día se da cuenta de que encerrar algo hermoso lo mata igual que si se lo quitaran. Solo que más despacio. —Se volvió hacia mí—. No quiero verte apagarte como se apagan las cosas encerradas. Prefiero el riesgo de que sueñes con escapar.

Era lo más parecido a una ternura que me había dicho nunca, y encendió todas mis alarmas a la vez, porque era justo lo que Sophie me había advertido. *No le creas cuando sea bueno.* Y aquello, un hombre confesando que no soportaba verme apagada, era buenísimo, y por eso peligrosísimo.

—No me suelte poesía —dije, más cortante de lo que sentía, levantando yo el muro como había aprendido—. Las cosas hermosas que uno no quiere que le quiten, si las quiere de verdad, no las encierra. Las deja libres y confía en que vuelvan. Lo demás, por bonito que lo cuente, sigue siendo una jaula con mejores vistas.

Algo le cambió en la cara. No se ofendió. Al contrario. Me miró con respeto, el de un hombre que lleva años sin que nadie le hable claro y de pronto encuentra a alguien que no para de hacerlo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Raquel? —dijo en voz baja—. Que tienes razón siempre. Y que no hay nada en el mundo más difícil de tener cerca que alguien que tiene razón siempre. —Se levantó—. Disfruta del jardín. Es tuyo cuando quieras, de sol a sol. —Dio unos pasos, y se detuvo, sin girarse—. Solo una cosa. El ala del fondo. No te acerques. No por las reglas. Por ti. Hay gente que viene a esta

casa con la que no quiero que te cruces nunca. Hazme caso en esto aunque no me hagas caso en nada más.

Se alejó hacia el palacio, y yo me quedé en el banco, con el sol bajando, masticando aquella última advertencia. *Gente que viene a esta casa.* La voz untuosa que había oído en el pasillo la noche de su regreso. La risa que había paralizado a Halima mientras recogía la bandeja. Algo, o alguien, rondaba aquella casa, algo que Khalid temía lo suficiente para advertirme con esa seriedad, él, que no temía nada.

Y entendí, mientras el cielo se ponía naranja sobre los jardines de mi jaula recién ampliada, que la libertad que me acababan de dar tenía un precio que aún no había visto entero. Que afuera del cuarto no solo había sol y libros y aire. Había también el mundo de Khalid, el de verdad, el sospechaba que había acabado con Sophie. Y que cuanto más me dejara salir él, más cerca estaría yo de cruzarme con eso.

No tenía nombre todavía. Pero ya tenía voz, y risa, y una sombra que asustaba a quienes llevaban toda la vida en aquella casa.

Y yo, que había aprendido a tirar de cada hilo que encontraba, supe que tarde o temprano iba a tirar también de ese.

Aunque me costara caro.



CAPÍTULO 18

La libertad cambió mi relación con Halima.

Mientras estuve encerrada, ella había sido carcelera con cara amable, alguien que cumplía órdenes y medía cada palabra. Ahora que yo me movía por la casa, que coincidíamos en la cocina o en los pasillos, que dejé de ser solo el cuarto que había que limpiar, algo se aflojó entre las dos. No de golpe. Halima no era de las que se abren de golpe. Pero gota a gota, en frases sueltas mientras hacía sus tareas y yo le echaba una mano sin que nadie me lo pidiera, fui sacándole más de lo que ella pretendía dar.

Le hablaba en su idioma, que ya manejaba con torpeza pero sin perderme, y eso la ablandaba, porque a la gente le desarma que alguien se haya tomado la molestia de aprender su lengua. Y un día, doblando sábanas juntas en una habitación vacía, le pregunté otra vez por la mujer de antes. No de frente, que ya sabía que se cerraba. De lado.

—La de mi cuarto —dije, sin mirarla, concentrada en la sábana—. La francesa. ¿Tú la conociste?

Halima se quedó quieta un momento. Luego siguió doblando, despacio.

—La conocí —dijo, en su español roto—. Año y medio. Más. —Una pausa—. Buena chica. Como tú. Lista. Peleona, al principio. Después, no.

—¿Qué le pasó para que dejara de pelear?

—El tiempo. —Halima dobló la esquina de la sábana con un cuidado que no necesitaba—. Y él. El señor. —Bajó la voz, aunque no había nadie—. Con ella, igual que contigo. Frío primero. Después... bueno. Y ella se ablandó. Confió. —Negó con la cabeza, despacio, con dolor —. Y cuando una se ablanda aquí, niña, es cuando llegan los otros.

Los otros. Se me heló la sangre.

—¿Qué otros? —pregunté, y esta vez sí la miré.

Halima dejó la sábana. Me miró largamente, peleándose consigo misma, como hacía siempre antes de soltar algo que no debía. Y al final, quizá porque le caía bien, quizá porque me veía ir por el mismo camino que la otra y no quería verlo otra vez, habló.

—El señor tiene poder. Mucho. Pero no está solo arriba. —Hizo un gesto hacia arriba con la barbilla, hacia algo que estaba por encima de Khalid—. Hay hombres más fuertes. Más viejos. El señor les debe cosas. Y a veces vienen. A esta casa. Y a veces —tragó saliva— quieren cosas. Y el señor no siempre puede decir no.

Empecé a entender, y lo que entendía era peor que todo lo anterior.

—La francesa —dije, muy despacio—. Uno de esos hombres la quiso.

Halima no contestó. Pero apartó la mirada, y su silencio fue una confirmación clara. Recogió las sábanas dobladas, se las puso en el brazo, y antes de salir me dijo lo último, en voz muy baja, sin mirarme.

—El señor no la entregó. Quiero que sepas eso. Peleó. A su manera. —Se detuvo en la puerta—. Pero llegó tarde. Y eso lo rompió. Por

eso a ti te encierra tan fuerte. No para hacerte daño. Para que ninguno te vea. Para que no te quieran. —Me miró una última vez—. Pero ahora te suelta por la casa. Y eso, niña, me da miedo. Mucho.

Salió. Y yo me quedé en aquella habitación vacía con las piezas por fin encajando, formando un dibujo que me dejó temblando.

Sophie no había muerto por culpa de Khalid. Había muerto a pesar de él. Alguien de su mundo, alguien más fuerte que él, uno de esos hombres a los que debía cosas, la había querido, y Khalid no había podido o no había sabido protegerla a tiempo. Esa era la herida que se le abría en la cara cada vez que se tocaba el tema. No la culpa de un asesino. La culpa peor, la del que mira y no llega, la del que tiene todo el poder del mundo y descubre que no es suficiente.

Y ahora me encerraba a mí por lo mismo. El encierro brutal de los primeros meses, que yo había leído como crueldad y como dominio, tenía debajo otra cosa que no quitaba lo de cárcel, pero lo complicaba: me escondía. Del mundo. De los otros. De los hombres a los que ni él podía decir que no. Me había metido en una caja para que nadie supiera que existía.

Y luego, ablandándose, había hecho justo lo que no debía. Me había sacado de la caja. Me había soltado por la casa. Exactamente como con Sophie. Halima me lo había dicho con todas las letras: con ella también empezó frío, y después bueno, y fue al ablandarse cuando llegaron los otros.

Estábamos repitiendo la historia. Paso a paso. Y los dos lo sabíamos a medias, y ninguno paraba.

No iba a contarle a Halima que yo ya sabía el nombre roto bajo el lavabo, ni el mensaje. Pero aquella tarde, después de mucho tiempo, volví a meterme debajo y releí el aviso de Sophie con los ojos nuevos. Ya no me parecía una advertencia sobre Khalid. Me parecía una advertencia sobre lo que venía después de Khalid. Sobre que ablandarse, confiar, dejar de esconderse, era lo que abría la puerta a los otros. Sophie no me avisaba de su carcelero. Me avisaba de que

el cariño de su carcelero la había vuelto visible, y que volverse visible, en aquel mundo, era lo que mataba.

***

Esa noche, Khalid me encontró en la biblioteca.

Había tomado por costumbre ir allí al caer la tarde, porque era la única parte de la casa que sentía un poco mía. Él entró sin hacer ruido y se quedó un momento en la puerta, mirándome leer, antes de que yo notara su presencia.

—Te gusta esta sala —dijo.

—Es la única que no parece una tumba. —Cerré el libro—. El resto de la casa está muerta. Esto, no. Los libros respiran.

Se acercó, se sentó en el sillón de enfrente. No traía nada de su dureza esa noche, ni tampoco el juego del cortejo de las últimas tardes. Traía algo más serio, más cansado, y supe que algo había pasado, o iba a pasar, antes de que dijera nada.

—Mañana viene gente a la casa —dijo al fin—. Unos días. Negocios. —Me miró fijo—. Quiero que estés en tu cuarto todo ese tiempo. Con la puerta cerrada. Halima te llevará lo que necesites. No salgas. No bajes. No te acerques a las ventanas que dan al patio grande.

Lo entendí todo de golpe. Los otros. Venían los otros.

—¿Y si me niego? —pregunté, no por desafiarlo, sino por entender hasta dónde llegaba aquello.

—No te niegas. —Y por una vez no había dominio en cómo lo dijo, había miedo, un miedo real que le tensaba la voz—. Esto no es un castigo, Raquel. Ni un juego. Esta vez te lo pido como no te he pedido nada nunca. Quédate en tu cuarto. Que nadie sepa que estás aquí. Que nadie te vea. —Se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas—. Hazme caso en esto. Solo en esto. Aunque no entiendas por qué.

—Lo entiendo perfectamente —dije, en voz baja, y vi la sorpresa cruzarle la cara—. Más de lo que cree. Sé que hay hombres por encima de usted. Sé que vienen a esta casa. Y sé que a veces

quieren cosas que usted no siempre puede negarles. —Sostuve su mirada—. Y sé lo que les pasa a las mujeres de esta casa cuando uno de esos hombres se fija en ellas. Lo sé, Khalid.

Se quedó muy quieto. Toda la sangre pareció írsele de la cara. No me preguntó cómo lo sabía. No le hizo falta. Y en sus ojos vi, sin que dijera una palabra, la confirmación de todo: la francesa, la herida, el miedo, la razón verdadera de la jaula.

—Entonces ya sabes por qué te lo pido —dijo, ronco.

—Sí.

Se levantó. Vino hasta donde yo estaba sentada, y se agachó delante de mí, para quedar a mi altura, un gesto que no le había visto nunca, él que siempre miraba desde arriba. Me cogió las dos manos entre las suyas, y aquel contacto, después de tantos otros, fue el más desnudo de todos, porque no había en él ni dominio ni deseo, solo una súplica.

—No voy a permitir que te vean —dijo, en voz muy baja, y supe que no me hablaba solo a mí—. ¿Me oyes? Quédate donde no puedan encontrarte.

Y yo, que tenía que haber retirado las manos, que tenía el muro a mano, no las retiré. Las dejé entre las suyas. Porque por una vez el monstruo no estaba siendo bueno para domarme. Estaba aterrado de perderme como perdió a la otra. Y esa diferencia, fina como un pelo, fue la que me condenó, porque contra la crueldad sabía defenderme, pero contra el miedo de un hombre a no salvarme, no supe.

—Me quedaré en el cuarto —dije.

Asintió. Me soltó las manos despacio, se levantó, y se fue hacia la puerta. Antes de salir se detuvo, y sin girarse, dijo algo que me tuvo despierta toda la noche.

—Cuando se vayan —dijo—, cuando todo esto pase, hay algo que tengo que decirte. Pero no ahora. Ahora solo necesito que sigas viva y escondida. Lo demás, después.

Salió. La cerradura no sonó, porque ya no me encerraban. Pero aquella noche, por una vez desde que me dieron la casa, eché yo el cerrojo por dentro.



CAPÍTULO 19

Los oí llegar el primer día, a media tarde.

Escuché coches en el patio grande, varios, y voces de hombres saludándose con esa cordialidad ruidosa que en aquel mundo siempre tapaba otra cosa. Yo estaba en mi cuarto, con el cerrojo echado por dentro, tal como había prometido. No me asomé a la ventana. Me senté en el suelo, contra la pared más alejada de la puerta, y me dispuse a esperar lo que durara, como había aprendido a esperar tantas otras cosas en aquella casa.

Halima me traía la comida deprisa, hablando poco, con la cara cerrada de los días malos. La segunda vez que entró, le pregunté en voz baja cuántos eran.

—Cinco —dijo—. Y guardias. Muchos. —Dejó la bandeja, y antes de irse me cogió la mano, igual que la vez de las sábanas—. Tú no abras. A nadie. Solo a mí. Yo llamo así. —Dio tres golpecitos secos en la mesa, un ritmo concreto—. Si no es así, no abras. Aunque digan lo que digan.

—¿Y si es Khalid?

—El señor sabe el golpe. —Me apretó la mano—. Cualquiera que no haga el golpe, no es de fiar. Aunque hable español. Aunque sea amable. Sobre todo si es amable.

***

La segunda noche, lo oí.

Estaba despierta, porque dormir con aquella gente en la casa era imposible, cuando oí pasos en mi pasillo. No los de los guardias, que me sabía. Ni los tres golpes de Halima. Pasos lentos, de alguien que paseaba sin rumbo, probando, y una respiración, y luego el sonido que más temía: el pomo de mi puerta girando despacio, con cuidado, una vez, dos.

Me quedé de piedra contra la pared. El cerrojo aguantó. El pomo volvió a su sitio. Y entonces, al otro lado de la madera, sonó una voz.

La reconocí. No por las palabras, sino por el timbre, untuoso y suave, el mismo que había oído en el pasillo la noche que Khalid volvió tenso, el mismo de la risa que había paralizado a Halima. Habló en español, despacio, saboreando cada palabra, sabiendo que yo estaba dentro, sabiendo que lo oía.

—Sé que hay alguien ahí —dijo—. Y sé quién eres. Khalid te esconde en esta ala, y Khalid solo esconde lo que de verdad le importa. —Hizo una pausa, y escuché el roce de una mano en la madera, lento —. No tengas miedo. Solo quiero ver por qué te guarda nuestro amigo con tanto celo. Abre la puerta. Solo un momento. Nadie tiene por qué saberlo.

No contesté. No respiré apenas. Me apreté contra la pared como si pudiera atravesarla, con el corazón golpeándome tan fuerte que pensé que se oiría desde fuera.

—¿No abres? —La voz no perdió la suavidad, y eso fue lo más aterrador, que no se enfadara, que siguiera dulce mientras decía lo que dijo—. No importa. Soy un hombre paciente. Y en esta casa, niña, las puertas las abre quien manda de verdad. Khalid se cree el

dueño. Pero hay dueños por encima de los dueños. Lo vas a aprender. Igual que lo aprendió la otra.

La otra. Sophie. La sangre se me heló del todo. Aquel hombre sabía de Sophie. Aquel hombre, quizá, era el de Sophie.

El pomo volvió a girar, esta vez con fuerza, una sacudida brusca que hizo temblar el cerrojo, y se me escapó un sonido del miedo, pequeño, que él oyó.

—Ah —dijo, casi con ternura—. Ahí estás.

Y entonces, en mitad del terror, oí otra cosa. Pasos rápidos en el pasillo. Y una voz que conocía, cortando el aire como un hacha.

—Aparta de esa puerta.

Khalid. La voz más fría y más peligrosa que le había oído nunca, y la oí desde dentro con un alivio tan grande que casi me derrumbo.

—Khalid. —La voz untuosa no se alteró, solo se volvió burlona—. Estaba dando un paseo. Me he perdido. Esta casa tuya es tan grande.

—Esta ala no. Esta ala la conoces de sobra. —Los pasos se acercaron y se detuvieron—. Aléjate de la puerta. Ahora.

—¿O qué? —La voz se afiló, y por debajo de la seda asomó por fin el filo—. Cuidado con cómo me hablas, muchacho. Le debes a mi familia más de lo que vas a poder pagar en tu vida. Una palabra mía y este palacio tuyo, y tus negocios, y todo lo que crees que es tuyo, deja de serlo. ¿Y todo esto por qué? —Una risa baja—. ¿Por lo que escondes detrás de esa puerta? Ábrela, anda. A lo mejor, si me gusta cómo se mueve, lo arreglamos entre amigos y se me olvida lo grosero que estás siendo.

Hubo un silencio. Un silencio largo, denso, en el que se decidía algo. Y yo, del otro lado de la puerta, contuve la respiración, porque sabía que en aquella pausa Khalid estaba pesando todo lo que era suyo contra lo que había detrás de aquella madera, y que de ese peso dependía mi vida entera.

Cuando habló, su voz había cambiado. Seguía fría. Pero por debajo había algo nuevo, algo definitivo, la calma de quien acaba de decidir y ya no va a volver atrás.

—Detrás de esa puerta —dijo Khalid— no hay nada que esté en venta. Ni en préstamo. Ni a tu alcance. No me importa lo que le deba a tu familia. No me importa lo que pierda. Vuelve a poner una mano en esa puerta, o en cualquier puerta de esta casa, y te juro por lo que quieras que la deuda la vas a cobrar en el infierno. —Hizo una pausa—. Sé exactamente lo que le pasó a la última mujer que metiste en tus juegos. Lo sé todo. Y he guardado cada detalle, durante años, esperando. Tú a mí me puedes quitar el dinero. Yo a ti te puedo quitar mucho más, y tengo con qué. Así que piensa muy bien tu siguiente paso, porque yo el mío lo tengo pensado desde hace mucho.

El silencio que siguió fue distinto. Era el silencio de un depredador recalculando, descubriendo que la presa tenía dientes.

—Vaya —dijo la voz untuosa, al fin, despacio—. Conque era eso. No es que escondas una mujer. Es que te importa una mujer. —Sonó una risa breve, incrédula, cruel—. Khalid al-Rashaan, ablandado por una cosa comprada. Quién lo iba a decir. —Se escucharon pasos retirándose, lentos—. Esto es mucho más interesante de lo que pensaba. Y mucho más útil. Buenas noches, muchacho. Cuida bien lo que cuidas. Ahora ya sé exactamente dónde te duele.

Los pasos se alejaron. Y al otro lado de mi puerta solo quedó la respiración de Khalid, agitada, conteniéndose.

Tres golpes secos. El ritmo de Halima, pero no era Halima.

—Soy yo —dijo Khalid, en voz baja—. Abre. Por favor.

Descorrí el cerrojo con las manos temblando y abrí. Y antes de que pudiera decir nada, antes de pensarlo siquiera, hice algo que no había planeado, que no entraba en ningún cálculo, que me salió del cuerpo entero: me eché contra él. Lo abracé. Hundí la cara en su pecho, temblando, soltando por fin todo el terror de aquellos

minutos contra el único cuerpo que en aquella casa de monstruos significaba refugio.

Y él me sostuvo. No como se sostiene una posesión. Como se sostiene a alguien que casi se pierde. Me rodeó con los brazos, fuerte, y noté que él también temblaba, y que su corazón iba tan rápido como el mío.

—Llegué a tiempo —dijo, contra mi pelo, y no me lo decía a mí, se lo decía a él, a su fantasma, a Sophie—. Esta vez llegué a tiempo.

Nos quedamos así, en el umbral, abrazados, los dos temblando, sin que ninguno hiciera el gesto de separarse. Y cuando por fin levanté la cara y lo miré, vi en sus ojos lo que llevaba semanas asomando y conteniéndose, lo que había prometido decirme "después", y entendí que el después había llegado, que aquella noche lo había precipitado todo.

—Lo que tenía que decirte —dijo, en voz muy baja, sosteniéndome la cara con las dos manos— es que voy a sacarte de aquí. De este país. No sé cuándo ni cómo todavía, porque no es sencillo y un paso en falso nos mata a los dos. Pero lo estoy preparando. —Tragó saliva —. Llevas meses pensando que esta casa es lo único que te espera el resto de tu vida. Y no quería que lo siguieras pensando ni una noche más. Eso era lo que tenía que decirte.

Me quedé sin aire. No por lo que decía, sino por lo que no decía.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué haría eso por mí?

Algo se le cerró en la cara, como una puerta. No me lo iba a decir. Esa respuesta se la guardó entera.

—Eso no toca esta noche —dijo—. Esta noche solo toca que sigas viva. Lo demás, después.

Y yo, que tenía mil razones para apartarme, que sabía que aquel hombre seguía siendo mi carcelero y que abrazarlo era caer justo donde no debía caer, no me aparté.

Porque acababa de arriesgar su mundo entero por no entregarme. Porque temblaba como yo. Porque por una vez, en aquella casa de

propiedades y precios, alguien me había puesto por encima de todo lo que tenía.

Lo besé yo. Esta vez fui yo. Con miedo todavía en el cuerpo, con el depredador acabándose de alejar por el pasillo, con todo en contra. Lo besé porque quise, porque lo elegí, porque era lo único en meses que elegía de verdad.

Y supe, mientras lo hacía, que acababa de cruzar la última línea. Que ya no había vuelta. Que Sophie tenía razón en todo y que yo iba a caminar igualmente hacia donde ella se cayó, con los ojos abiertos, sabiéndolo.

Pero con una diferencia. Una sola, y me agarré a ella como a la vida.

Sophie había confiado creyendo que estaba a salvo.

Yo iba a hacerlo sabiendo que no lo estaba. Sabiéndolo todo. Y eso, me prometí, mientras lo besaba en el umbral de mi jaula, iba a ser lo que me salvara de su final.

Aunque por dentro, muy hondo, ya sospechara que esas promesas se las hace una para poder seguir, y que el corazón, cuando decide caerse, no pide permiso a la cabeza.



CAPÍTULO 20

Los otros se fueron al cuarto día.

Lo supe por cómo respiró la casa entera, igual que la primera vez que Khalid se había ausentado, solo que esta vez el alivio era distinto, más hondo, porque lo que se iba no era el dueño sino algo peor que el dueño. Halima entró aquella mañana con los hombros sueltos y una bandeja completa, y me dedicó una sonrisa pequeña, la primera en cuatro días, aunque era una sonrisa pequeña.

—Se fueron —dijo—. Todos. —Dejó la bandeja—. Aguantaste bien, niña. Quieta. Callada. Como te dije. —Me miró, y añadió, más bajo —: La otra no aguantó así. La otra, una noche, abrió la puerta.

Se me paró el corazón.

—¿Sophie abrió la puerta?

Halima no respondió a la pregunta directa, nunca lo hacía, pero asintió apenas, una sola vez. Sophie había abierto la puerta. A la voz amable. Al de fuera. Y eso había sido el principio del final. Yo había

hecho lo contrario: había echado el cerrojo y me había pegado a la pared, y por eso seguía entera. La diferencia entre ella y yo, esa noche, había sido un cerrojo y la decisión de no fiarme de una voz dulce al otro lado de una puerta.

***

Khalid vino a verme esa tarde, a la biblioteca, donde me había refugiado en cuanto pude salir del cuarto.

Traía mala cara. El cansancio de los días de tensión, y algo más debajo, una preocupación que no se quitaba. Se sentó frente a mí, y durante un rato no dijo nada, solo me miró, como comprobando que seguía entera, que aquellos cuatro días no me habían roto nada por dentro.

—Estoy bien —dije, adelantándome a la pregunta que no hacía—. No abrí. Ni cuando habló. Ni cuando forzó el pomo.

Algo se le tensó en la mandíbula.

—¿Forzó el pomo?

No se lo había contado. Había dado por hecho que lo sabía, pero por su cara entendí que no, que él había llegado a tiempo de oír la conversación, pero no sabía que el otro había llegado a sacudir la puerta.

—Una vez —dije—. El cerrojo aguantó.

Khalid se levantó de golpe, dio unos pasos por la sala, se pasó la mano por la cara. Cuando se giró hacia mí, había en sus ojos una furia caliente, descontrolada, casi temblorosa.

—Lo voy a matar —dijo, en voz baja, y no era una bravata, era un cálculo—. Tarde o temprano. A ese hombre. Por lo que hizo. Por lo que iba a hacer. Lo voy a matar y me da igual lo que me cueste.

—No —dije, y me sorprendió la firmeza de mi propia voz—. No haga eso.

Me miró, desconcertado.

—¿Lo defiendes?

—No lo defiendo. —Me levanté yo también—. Pero si lo mata, y es de la gente que dice que es, le caen encima todos los demás, y entonces no le sirvo de nada porque está muerto o huido, y yo me quedo sola en este país sin la única persona que iba a sacarme de él. —Sostuve su mirada—. Piense con la cabeza, no con eso que tiene ahora en los ojos. Lo necesito vivo y entero. Para lo que dijo. Para sacarme.

Se quedó mirándome, y poco a poco la furia caliente se le fue enfriando, recolocándose en algo más útil, más suyo. Y al final, despacio, asintió.

—Tienes razón —dijo—. Otra vez. —Una media sonrisa sin alegría—. Es agotador.

Aquella conversación cambió algo entre los dos. No sé explicarlo bien. Hasta entonces, en cada acercamiento, había habido siempre un desnivel: él arriba, yo abajo; él el dueño, yo la cosa; él el que tenía el poder y yo la que sobrevivía. Aquella tarde, hablamos como dos personas que tienen un problema común y lo piensan juntas. Yo le había frenado la mano. Él me había escuchado. Habíamos calculado, los dos, del mismo lado de la mesa.

Y eso, que parecía un avance, me dio algo de miedo.

Porque entendí, viéndolo asentir a mi razonamiento, que nos habíamos convertido en otra cosa, en dos personas atrapadas juntas en el mismo mundo terrible, peleando por lo mismo, y esa clase de vínculo es mucho más difícil de combatir que el odio, porque el odio te separa y aquello nos unía.

Me obligué, esa noche, a hacer el ejercicio de siempre. A repasar los hechos en frío, sin dejar que el corazón los maquillara. *Te compró. Te encerró meses. Te tiene en un país del que no puedes salir sin él. Que ahora sea amable, que te proteja, que te escuche, no borra nada de eso. Lo está construyendo encima.* Me lo repetí, como cada noche. Pero noté que las palabras habían perdido fuerza, que ya no me las creía igual y que recitarlas era más una costumbre que una convicción.

***

Bajé al jardín al caer la tarde, sola, a pensar. El sol se ponía, y el cielo se había puesto de ese naranja denso que solo daba aquel desierto, y me senté en el banco de piedra donde había hablado con Khalid la primera tarde de libertad.

Pensé en mi madre. Lo hacía cada día, pero aquella tarde con una nitidez que dolía. En su voz a las cinco y media. En su pregunta de siempre, *¿estás bien?* Pensé en mi padre, en mi casa de Salamanca, en el máster que no había defendido, en la chica que era hacía meses y que ya no sería nunca. Y pensé, en la palabra que llevaba meses sin atreverme a pensar del todo.

Volver.

Khalid había dicho que iba a sacarme del país. Y al oírlo, la otra noche, había sentido una alegría inmensa. Pero allí, en el jardín, con la cabeza fría, me hice la pregunta que no me había atrevido a hacerme: sacarme del país, ¿para llevarme adónde? ¿A casa? ¿A Salamanca, a mi madre, a mi vida de antes? ¿O a otra jaula suya, más lejos, más dorada, donde él pudiera tenerme sin los otros rondando?

No lo había preguntado. Y no haberlo preguntado, entendí, era ya una señal de lo lejos que había llegado. Porque la Raquel del sótano, la del cuarto de cemento, la que contaba botellas de agua, no habría dudado ni un segundo de que quería volver a casa. Y la Raquel del jardín, la que se sentaba en bancos de piedra y besaba a su captor en los umbrales, ya no estaba tan segura, y esa duda era la cosa más aterradora que me había pasado desde Madrid.

No quería a Khalid. Me lo dije con todas las letras, mirando el cielo naranja. No lo quería. Pero ya no estaba segura de querer irme sin él, y entre esas dos frases había un abismo en el que cabía mi vida entera.

Me quedé en el jardín hasta que se hizo de noche, peleándome con eso, sin ganar. Y cuando subí, encontré sobre la cama de mi cuarto, doblada con cuidado, una cosa que no esperaba. Ropa mía. La que

llevaba el día que me secuestraron en Madrid. Lavada, planchada, guardada todo aquel tiempo sin que yo lo supiera, y dejada allí, sin nota, sin explicación.

La reconocí enseguida. Los vaqueros. La camiseta. El abrigo con el que caminaba aquella tarde de octubre hacia el metro.

Y entendí el mensaje, que no llevaba palabras porque Khalid no era hombre de palabras fáciles. Había guardado mi ropa de Madrid todo aquel tiempo. La ropa de la mujer que yo era antes. Y me la devolvía ahora, igual que me había devuelto el jardín y el sol, para decirme, a su manera retorcida y muda, que no había olvidado de dónde venía yo, que sabía que yo era una persona con un antes, con una casa y con una madre que preguntaba si estaba bien.

Me senté en la cama, con el abrigo entre las manos, y lloré. No de pena esta vez. De algo más complicado, que no supe nombrar, y que tenía que ver con que el gesto más tierno que había recibido en meses me lo hacía el hombre que me había arrancado de aquella misma ropa.



CAPÍTULO 21

Me desperté con la ropa de Madrid doblada en la silla.

La había puesto ahí yo, la noche anterior, porque necesitaba verla al levantarme. Como ancla. Como recordatorio de quién era antes de todo esto, de que existía una Raquel que salía de la biblioteca a las seis menos cuarto y le escribía mensajes a su madre en el metro. Esa mujer seguía siendo yo, me lo dije mirando el abrigo, por mucho que la jaula me hubiera cambiado por dentro.

Khalid no vino aquella mañana. Ni aquella tarde. Cuando apareció fue al día siguiente, por la noche, y traía algo distinto en la cara, una resolución nueva, como si hubiera tomado decisiones en su ausencia y hubiera venido a comunicarlas.

Se sentó en el diván. Me miró.

—Necesito contarte algo —dijo—. Sobre lo de sacarte. Cómo. Cuándo. Lo que va a costar.

Me senté frente a él, sin decir nada, esperando.

—El hombre de la otra noche —empezó, y la mandíbula se le tensó solo de nombrarlo de aquella manera— no va a olvidar lo que le dije. Sabe que le planté cara. Sabe que le debo dinero y que no me importó. Y sabe, que es lo peor, que hay algo en esta casa que me importa más que lo que le debo. Un hombre así, cuando sabe dónde te duele, no para. Va a volver. Va a buscar otra manera. Y la próxima vez no va a llamar a tu puerta de noche. Va a ser más inteligente.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Poco. Semanas, quizá. Un mes si hay suerte. —Me miró fijo—. Por eso necesito que confíes en mí en una cosa. Una sola. Y sé que pedirte confianza es mucho, viniendo de mí, dado todo. Pero te la pido igual.

—Diga.

—Cuando llegue el momento, vas a tener que irte deprisa. Sin avisar, sin prepararte, sin despedirte de Halima. Una noche te digo que es esta noche, y tienes que estar lista para salir en diez minutos. —Se inclinó hacia delante—. ¿Puedes hacer eso?

Pensé en el abrigo en la silla. En que llevaba semanas, sin saberlo, preparándome para exactamente eso.

—Sí —dije—. Puedo.

Asintió. Y luego, en lugar de levantarse y marcharse como habría hecho en cualquiera de las semanas anteriores, se quedó. Se recostó en el diván con un cansancio que no intentó disimular, y cerró los ojos un momento, y pareció simplemente un hombre agotado en una habitación.

No supe qué hacer con eso. Me levanté, fui a la bandeja del agua, llené un vaso y se lo puse en la mesa al lado. Él abrió los ojos, me miró, y no dijo nada, pero cogió el vaso y bebió, y en aquel gesto mínimo, el más doméstico del mundo, hubo más intimidad que en cualquier beso.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste bien? —pregunté, sentándome otra vez.

—No recuerdo.

—Yo tampoco. —Lo miré—. Desde Madrid, creo. Desde la noche antes.

Algo se le movió en la cara al oír Madrid. Como siempre que aparecía la palabra, un reconocimiento de lo que había hecho, de lo que yo había perdido, que él ni confirmaba ni negaba pero que estaba ahí, entre los dos, inamovible.

—¿Cómo era? —preguntó, inesperadamente—. Tu vida allí. De verdad.

Lo miré, sorprendida. No me había preguntado eso nunca. Por mi carrera sí, por los libros, por los idiomas. Pero no por mi vida de verdad.

—Normal —dije, y al decirlo noté que la palabra me dolía—. Aburrida, quizá, si la miro desde aquí. Una habitación compartida con dos chicas en Moncloa. Clases por la mañana, biblioteca por la tarde. Todos los días hablaba con mis padres. Los domingos era el día que más echaba de menos Salamanca. —Hice una pausa—. No tenía gran cosa. Pero era mía. Cada parte de ella era mía. Eso es lo que no se entiende hasta que te lo quitan.

Khalid escuchó sin interrumpir, con una atención que no era la del dueño evaluando su propiedad. Era la de alguien que quería entender algo que se le escapaba.

—Tus padres —dijo—. ¿Crees que siguen buscándote?

La pregunta me golpeó en el pecho. No me la había hecho nunca nadie en aquella casa, y era la pregunta más obvia del mundo.

—No lo sé —dije, y noté que la voz me fallaba—. No sé qué saben. Si creen que estoy muerta. Si siguen esperando. Mi madre llamaba cada día a las cinco y media. —Tragué saliva—. No sé si sigue llamando a un número que no contesta.

Hubo un silencio largo. Y entonces Khalid dijo algo que no esperaba.

—Cuando salgas —dijo, en voz baja—. Cuando te saque. Lo primero que vas a poder hacer es llamarla. Eso te lo prometo yo. Lo primero

de todo.

No sé por qué aquello me rompió más que nada de lo anterior. Había aguantado el sótano, la subasta, los meses de encierro, el asedio, el hombre de la puerta. Y me rompió eso. La promesa de una llamada de teléfono a mi madre.

Me tapé la cara con las manos. No quería llorar delante de él, llevaba meses sin llorar delante de él, pero las lágrimas salieron antes de que pudiera pararlas, y las primeras se colaron entre los dedos y las siguientes ya no hubo manera de contenerlas.

Noté que se levantaba. Que se acercaba. Que se sentaba a mi lado, no enfrente, a mi lado. Y me puso una mano en la espalda, despacio, y no dijo nada, porque era un hombre que no sabía consolar con palabras, o que nunca había necesitado aprender, y lo único que supo hacer fue quedarse ahí, con la mano en mi espalda, mientras yo lloraba todo lo que no había llorado en meses.

Lloré por mi madre. Por mi padre. Por la Raquel del abrigo en la silla. Por el máster que no defendí. Por las dos chicas con las que compartía piso y que a lo mejor creían que estaba muerta. Por la tarde de octubre y el móvil roto en el suelo y el olor que no voy a nombrar. Lloré hasta que no me quedó nada, y entonces me quedé quieta, agotada, con la cabeza apoyada en su hombro sin haber decidido apoyarla, y él no se movió.

—La voy a oír —dije al fin, en voz muy baja—. A mi madre. La voy a oír aunque sea una vez más.

—Sí —dijo él, con una certeza que no admitía duda—. La vas a oír.

Nos quedamos así un rato, los dos callados y cansados, los dos cargando con cosas que no se podían nombrar. Y yo, que llevaba meses midiendo cada gesto, cada palabra, cada centímetro de distancia entre los dos, me dejé de medir. No por rendición. Por agotamiento honesto. Porque había noches en que ya no quedaban fuerzas ni para el muro.

Cuando levanté la cabeza, él me miraba. De cerca, de esa distancia ya familiar que antes me aterraba y que ahora me resultaba, para mi horror y sin remedio, la distancia donde me sentía más a salvo del mundo entero.

—Tengo que preguntarte algo —dije.

—Pregunta.

—Cuando me saques. —Le sostuve la mirada—. ¿Adónde me llevarás?

Algo se le movió en la cara. Era la pregunta que importaba, la que yo no había hecho antes, y los dos lo sabíamos.

—A casa —dijo—. A Salamanca. A tu madre. A tu vida. —Una pausa muy breve, casi imperceptible—. Es lo que mereces. Y es lo que voy a darte aunque me cueste lo que me cueste.

No le pregunté qué le iba a costar. No aquella noche. Pero lo guardé, como guardaba todo, y supe que más adelante, cuando las piezas encajaran, entendería por qué un hombre que me había comprado estaba dispuesto a devolverme gratis.

Me besó esa noche. Despacio, sin urgencia, sin el dominio de antes. Y yo se lo devolví, también despacio, con la cara todavía húmeda de haber llorado por mi madre, y fue el beso más extraño de todos los que habíamos tenido, porque no había en él ni juego ni cálculo, solo dos personas cansadas al borde de algo que ninguna de las dos sabía nombrar todavía.

Él se quedó un rato más. No se acostó, no cruzó ninguna línea, solo se quedó sentado a mi lado hasta que yo me dormí, y cuando me desperté a medianoche ya no estaba.



CAPÍTULO 22

Los días que siguieron fueron los más extraños de todos los que había vivido en aquella casa.

Khalid venía cada tarde, y cada tarde era distinto de la anterior, como si la noche del llanto hubiera quitado algo entre los dos que ya no volvía a ponerse. No había juego, no había asedio, no había el duelo de siempre. Había, simplemente, él. Un hombre de treinta y dos años que se sentaba en mi biblioteca prestada y leía, o hablaba, o se quedaba callado, y que a veces me miraba con una expresión que ya no intentaba esconder y que yo ya no intentaba no ver.

Era peligroso. Lo era más que todo lo anterior, más que los castigos y el asedio y el hombre de la puerta, porque aquello tenía nombre y yo me lo negaba, y negarse el nombre de una cosa no hace que deje de existir.

Una tarde me trajo un mapa.

Lo desplegó sobre la mesa de la biblioteca, un mapa de verdad, de papel, con rutas marcadas a lápiz, y me explicó, en voz baja y

deprisa, lo que había estado preparando. Una ruta de salida que no pasaba por los controles de costumbre. Contactos en dos países. Documentación que alguien de confianza estaba falsificando. Una ventana de tiempo muy estrecha que se abriría y se cerraría, y que habría que aprovechar en cuanto estuviera lista.

Lo escuché. Hice preguntas. Él las contestó todas, sin esconderme nada, y que me lo contara entero me dijo más que cualquier declaración, porque un hombre no le entrega el mapa de su propia ruina a alguien de quien no se fía del todo.

—¿Por qué me enseña esto? —pregunté, cuando terminó—. Si yo quisiera, podría usarlo contra usted. Decírselo a quien no debe. Cambiar un detalle. Hundirle el plan.

—Lo sé.

—¿Y aun así me lo enseña?

—Aun así. —Me miró por encima del mapa—. En algún momento, Raquel, uno de los dos tiene que dar el primer paso de confiar en el otro, o esto no sale. Y como yo tengo todo el poder y tú no tienes ninguno, el primer paso me toca a mí. Es lo justo. —Me dejó ver una media sonrisa—. Mira tú qué cosa. Justicia. En esta casa.

Lo dijo con ironía, pero por debajo iba en serio, y yo lo noté. Y me removió, porque tenía razón en algo que yo no había sabido ver: que la confianza, entre dos personas tan desniveladas como nosotros, no podía empezar por la débil. Tenía que empezar por el fuerte, renunciando a una parte de su fuerza. Y él acababa de hacerlo, poniendo en mis manos el mapa que podía destruirlo.

—¿Por qué? —pregunté otra vez, y esta vez no me refería al mapa, y los dos lo sabíamos—. ¿Por qué hace todo esto? Arriesgar lo que arriesga. Prepararlo todo. Devolverme a mi casa sin pedir nada. No me cuadra. Un hombre como usted no compra a una mujer en una subasta para luego jugarse la vida devolviéndola a su casa. Hay algo que no me está contando.

Vi el efecto de la pregunta en su cara: una alarma, un endurecimiento, los ojos entornándose. Había tocado algo, aunque

no sabía qué.

Me miró un momento más, receloso, calibrando cuánto sabía yo. Decidió, supongo, que nada, porque la tensión se le aflojó un poco. Pero no del todo. Y guardó lo que fuera, igual que yo guardaba las cosas, y supe que acababa de rozar sin querer una de las puertas cerradas de aquella casa, una que ni siquiera sabía que existía.

—No te lo voy a contar esta noche —dijo, doblando el mapa con cuidado—. Hay cosas que vas a entender cuando estés a salvo, y no antes, porque saberlas aquí, ahora, te pondría en más peligro del que ya estás. —Me miró—. Confía tú en mí ahora una sola cosa, ya que yo he confiado en ti con el mapa. Que tengo razones. Y que el día que las sepas, muchas cosas que ahora no entiendes van a encajar de golpe.

No saqué nada en claro. Pero quedó plantada la certeza de que había un porqué que él escondía a propósito, una pieza grande que me faltaba, y la guardé con las demás, junto al mensaje de Sophie, la voz del pasillo y todo lo que en aquella casa nadie decía.

Empezaba a entender que aquella casa entera estaba hecha de cosas que nadie decía. Que todos —Khalid, Halima, los guardias, hasta la muerta del lavabo— guardaban su pieza y la protegían, y que la única manera de sobrevivir, y quizá de salir, era seguir haciendo lo que llevaba meses haciendo: escuchar, archivar, encajar, sin que nadie supiera cuánto sabía yo.

Khalid se quedó otra vez aquella noche. Se estaba convirtiendo en costumbre, una costumbre peligrosa, la de que no se fuera enseguida, la de que se quedara hasta que yo me dormía.

Aquella noche, antes de que el sueño me venciera, le hice una pregunta que llevaba tiempo queriéndole hacer y no me había atrevido.

—¿Tú duermes? —dije, ya tuteándolo sin darme cuenta, porque el usted se había caído en algún momento de las últimas semanas sin

que ninguno lo decidiera—. Cuando te quedas hasta que me duermo y luego te vas. ¿Vas a dormir, o no duermes?

Tardó en contestar.

—No mucho —dijo al fin—. Nunca he dormido bien. Desde niño. —Una pausa—. Pero aquí, en este cuarto, mientras tú duermes, es lo más cerca que estoy de descansar. No sé por qué. No tiene sentido. La única habitación de mi casa donde encuentro algo de paz es aquí. Con mi prisionera.

—Ya no soy tu prisionera —dije, medio dormida—. No del todo. Las prisioneras no echan ellas el cerrojo por dentro.

Hubo un silencio. Y luego, en voz muy baja, casi para sí mismo, dijo algo que oí justo antes de dormirme y que no supe si había soñado:

—No. Ya no sé lo que eres. Ni lo que soy yo contigo. Y llevo treinta y dos años sabiendo siempre exactamente lo que era todo.

Me dormí con esa frase. Y por una vez, en aquella casa, dormí del tirón, sin sobresaltos, sabiendo —sin querer saberlo— que había un hombre sentado a mi lado velando mi sueño, y que mientras él estuviera ahí, nadie iba a girar el pomo de mi puerta en la oscuridad.

Lo más aterrador de todo no era ya el peligro de fuera.

Era lo bien que dormía con él cerca.



CAPÍTULO 23

Khalid había venido como cada tarde. Estábamos en la biblioteca, cada uno con un libro, y en algún momento dejé de leer y me quedé mirándolo sin darme cuenta de que lo miraba, hasta que él levantó la vista y me pilló.

—¿Qué? —dijo.

—Nada. —Volví al libro, con el calor subiéndome a la cara—. Pensaba.

—¿En qué.

—En que hace seis meses no sabía que existías. Y ahora no recuerdo cómo era mi vida sin esta habitación y sin estas tardes. —Lo dije sin pensarlo, y en cuanto lo dije quise tragármelo, porque era demasiado verdad.

Dejó el libro. Me miró distinto, de esa manera que ya conocía y que siempre me ponía en guardia. Pero esta vez no me puse en guardia. Esa fue la diferencia, y todavía no sé si fue el cansancio, o la noche,

o que llevaba meses conteniendo algo que aquella tarde no quise seguir conteniendo.

Se levantó. Vino hasta donde yo estaba. Se sentó a mi lado, no enfrente, y me apartó un mechón de pelo de la cara, despacio, como había hecho otras veces. Pero esta vez no retiré la cara.

—Raquel, dime que pare —dijo, en voz baja, con los dedos todavía en mi mejilla—. Una palabra y paro. Como siempre.

Asentí y me besó. Despacio al principio, dándome tiempo, dándome la salida que yo no cogí. Y yo se lo devolví, y al devolvérselo algo se soltó entre los dos, algo que llevaba semanas tensándose y que cedió de golpe. El beso dejó de ser lento. Me sujetó la cara con las dos manos, y yo me agarré a su camisa sin decidirlo, y sentí por primera vez en mi vida lo que es querer estar más cerca de alguien, no menos, el cuerpo entero pidiendo lo contrario de lo que había pedido siempre, que era huir.

Tuve miedo. No de él. De mí. De lo que estaba sintiendo, de aquel calor que me subía desde un sitio que no conocía, de las ganas, nuevas y enormes, de que no parara. Veinticinco años guardada, vigilada, con un cuerpo que nadie me había enseñado a habitar, y de pronto aquel cuerpo despertaba entero y pedía cosas que yo no sabía nombrar.

Me separé un momento, solo para respirar, con la frente apoyada en la suya.

—No sé hacer esto —dije, en voz muy baja, y me ardió la cara de vergüenza al decirlo—. No he... nunca. Con nadie.

Él se quedó muy quieto. Y entendí, por cómo me miró, que ya lo sabía, que lo había sabido desde hacía tiempo, pero que oírmelo decir cambiaba algo para él.

—Lo sé —dijo, y no había burla, ni triunfo, solo una seriedad nueva —. Lo sé, Raquel. —Me acarició la cara—. No tienes que saber nada. No tienes que hacer nada. Solo dime si quieres que pare. Ahora, o en cualquier momento. Lo digas cuando lo digas, me detendré. Eso no cambia. ¿Me crees?

—Te creo.

Y lo creía, esa era la cosa terrible y salvadora. Después de meses estudiándolo, sabía que era verdad, que aquel hombre que no se imponía ningún límite se imponía ese, y que si yo decía basta, él pararía aunque le costara la vida.

—No pares —dije.

Lo que vino fue lento. Él se encargó de que lo fuera. Cada paso lo dio con tiempo para frenarlo, y yo no lo frené ninguno, y descubrí que el deseo, cuando una lo elige, no se parece en nada al miedo, aunque tiemble igual el cuerpo. Temblaba, sí. Pero no del temblor del sótano, ni del de la subasta, ni del de las noches esperando que girara el pomo. Era otro temblor, uno que iba hacia delante en lugar de hacia atrás, uno que pedía en lugar de huir.

Él fue todo cuidado. Atento a cada gesto mío, a cada respiración, deteniéndose a comprobar, sin prisa ninguna, como si tuviéramos toda la noche y toda la vida, como si lo único que importara en el mundo fuera que yo estuviera bien. Y me trató con una delicadeza que no encajaba con nada de lo que él decía ser, con las manos de un hombre que cuida algo, no que posee algo, y fue eso, más que ninguna otra cosa, lo que me desarmó del todo. Que el monstruo, en la oscuridad, fuera tierno. Que tuviera ese cuidado guardado en alguna parte y lo sacara para mí.

Hubo un momento, justo antes, en que me miró a los ojos en la penumbra y me preguntó otra vez, sin palabras, solo con la mirada, si estaba segura. Y yo, en lugar de contestar con palabras, lo atraje hacia mí. Esa fue mi respuesta. La más libre que había dado en meses.

Sentí el peso de su cuerpo sobre el mío, una presión sólida y real que anclaba mis pies a la tierra. Sus manos, grandes y callosas, recorrieron mi piel con una lentitud exasperante, trazando mapas invisibles sobre mis costillas, mi vientre, mis muslos. Cada roce era una pregunta, cada pausa una espera respetuosa. Cuando sus dedos encontraron la humedad de mi sexo, no hubo invasión, solo exploración. Me abrió con una paciencia infinita, preparando el

terreno, asegurándose de que cada nervio de mi cuerpo estuviera listo para recibirlo.

La penetración fue lenta, casi dolorosa al principio, una sensación de plenitud extrema que me hizo arquear la espalda y clavar las uñas en sus hombros. Él se detuvo inmediatamente, enterrando su rostro en mi cuello, respirando contra mi piel mientras esperaba a que mi cuerpo se acomodara a su presencia. Sentí cómo me llenaba por completo, una ocupación total que no me hacía sentir pequeña, sino contenida. Protegida.

—Respira —murmuró contra mi oído, y su voz, grave y ronca, vibró en mi pecho.

Obedecí. Y al exhalar, mi cuerpo cedió. Empezó a moverse entonces, con embestidas cortas y profundas, marcando un ritmo que no buscaba su propio placer, sino el mío. Cada vez que entraba en mí, sentía cómo se rompían esos hilos tensos que habían mantenido mi cuerpo en alerta durante meses. No era una posesión violenta, como temía; era un diálogo. Su carne contra la mía, su sudor mezclándose con el mío, el sonido húmedo y primitivo de nuestros cuerpos uniéndose llenando el silencio de la habitación.

El placer no llegó como un rayo, sino como una marea lenta. Empezó en lo bajo de mi vientre, un calor denso que se expandía con cada embestida, hasta que mis piernas empezaron a temblar y tuve que rodearlo con ellas, atrayéndolo más cerca, necesitando sentirlo tan profundo como fuera posible. Grité su nombre, o quizás solo gemí, no lo sé, porque el lenguaje se había vuelto innecesario. En ese instante, la virginidad no se perdió como algo que se arranca, sino como una capa que se desprende, dejando al descubierto una versión de mí misma más cruda, más real, más viva.

Cuando el clímax nos alcanzó, fue compartido, simultáneo. Él se tensó sobre mí, enterrándose hasta el fondo, y yo me deshice en mil pedazos luminosos, llorando sin saber por qué, riendo entre sollozos, aferrada a él como a la única verdad en un mundo de mentiras.

Después desapareció el ruido de mi cabeza.

Las dudas, los cálculos, el miedo constante que me había acompañado desde que crucé aquellas puertas. Todo eso se fue quedando atrás poco a poco, como si alguien hubiera apagado voces que llevaban demasiado tiempo gritando.

Solo quedamos nosotros.

Recuerdo el calor de su pecho junto al mío. La forma en que me sostenía, como si temiera romper algo que para él era importante. Recuerdo pensar que aquello era extraño, porque yo llevaba meses sintiéndome una mercancía, una pieza movida de un lugar a otro por decisiones ajenas, y sin embargo, allí, en aquel instante, me sentía más dueña de mí misma que nunca.

Cada vez que los nervios amenazaban con volver, él estaba ahí. No diciendo nada. No prometiendo nada. Simplemente quedándose.

Y fue entonces cuando comprendí que la confianza no siempre llega como una gran revelación. A veces llega despacio, construida con gestos tan pequeños que casi pasan desapercibidos. Una mirada. Una mano entrelazada con la tuya. La certeza de que podrías detenerlo todo y que el mundo no se vendría abajo.

Sentí miedo, claro. Sería mentira decir que no. Pero no era el miedo que había imaginado durante años. No era una sombra oscura esperando al otro lado de una puerta. Era el vértigo de hacer algo porque yo quería hacerlo. Porque nadie me obligaba. Porque la decisión era mía.

Y eso cambió todo.

Y hubo un instante en que todo pareció detenerse.

No la habitación. No el mundo. Yo.

Como si durante años hubiera estado sosteniendo el aire dentro de los pulmones sin darme cuenta y, por fin, pudiera soltarlo.

Lo miré y él ya me estaba mirando. No con deseo, ni con triunfo, ni con esa satisfacción egoísta que tantas veces había visto en otros hombres. Me miraba como si quisiera asegurarse de que seguía allí.

Como si lo importante no fuera lo que acabábamos de compartir, sino yo.

Y fue entonces cuando algo terminó de romperse dentro de mí.

No una herida.

Una muralla.

La última.

Porque comprendí que no le había entregado nada. No me había perdido. No había dejado atrás ninguna parte de mí. Seguía siendo exactamente la misma mujer que había entrado allí, solo que un poco más libre, un poco más valiente y muchísimo menos sola.

No fue una derrota, ni una rendición, ni nada de lo que había temido. Fue mío. Lo elegí. Y en mitad de una jaula, despojada de todo, descubrí que aquello, lo que hacía con mi propio cuerpo y con quién, seguía siendo la única cosa que nadie había podido comprarme ni quitarme, porque era lo único que solo yo podía dar.

Después nos quedamos en la oscuridad, los dos despiertos, mucho rato sin hablar.

Yo tenía la cabeza en su pecho y le oía el corazón, demasiado rápido para un hombre que fingía tanta calma.

—Sé lo que eres —dije, en voz baja—. No se me ha olvidado. Que me trajiste aquí. Que me encerraste. Que no puedo salir de este país sin ti. Esto no borra nada. Lo de esta noche lo he elegido yo sabiéndolo todo. No porque se me olvide quién eres. A pesar de saberlo. Necesito que lo tengas claro.

Tardó en contestar.

—Lo tengo claro —dijo—. Y por eso vale lo que vale. A mí nadie me ha elegido conociéndome. Las otras me eligieron por lo que tengo, o por miedo. Tú no tienes un solo motivo, y aun así. —Se quedó callado—. No sé qué hacer con eso. Llevo treinta y dos años sabiendo qué hacer con todo.

—No tienes que hacer nada —dije, y le devolví sus propias palabras de antes, y lo sentí sonreír contra mi pelo.

Nos quedamos así, en silencio. Y justo cuando empezaba a dormirme, lo oí decir, muy bajo, casi para sí mismo, una frase que me tuvo despierta el resto de la noche.

—Voy a sacarte de aquí aunque me cueste todo. Y va a ser lo más difícil que haga nunca. Porque ya no quiero.

No dije nada. Hice como que dormía. Y entendí que aquella noche habíamos cruzado los dos la última línea: él había dejado de querer soltarme justo cuando más falta hacía que lo hiciera.



CAPÍTULO 24

Me desperté sola, pero el sitio a mi lado todavía guardaba calor.

Khalid se había ido en algún momento de la madrugada, sin despertarme, y por un instante, antes de abrir los ojos del todo, una parte de mí lo echó de menos, y odié a esa parte con todas mis fuerzas en cuanto la noté. Me senté en la cama. La luz entraba por la ventana, y la ropa de Madrid seguía doblada en la silla donde la había dejado, mirándome, recordándome quién había sido yo.

Me obligué a mirarla un buen rato. A repasar los hechos en frío, como cada mañana, solo que aquella mañana costaba más que ninguna. Te trajeron aquí contra tu voluntad. Llevas medio año encerrada. Anoche te acostaste con el hombre que te tiene presa. Lo dije por dentro, palabra por palabra, esperando el asco, el arrepentimiento, la cordura. No llegaron limpios. Llegaron mezclados con otra cosa, con el recuerdo de su cuidado en la oscuridad, con la sensación todavía tibia de haber elegido algo después de años sin

elegir nada, y esa mezcla, esa imposibilidad de sentir una sola cosa clara, era la prueba de lo lejos que había llegado.

Halima entró con el desayuno. Me miró, y se quedó quieta un segundo de más, y supe que lo sabía. No sé cómo. Las casas hablan, y las criadas viejas mejor que nadie. No dijo nada. Dejó la bandeja. Pero antes de salir se detuvo en la puerta, y sin mirarme, en voz muy baja, dijo una sola frase en su español roto.

—La francesa también. —Hizo una pausa—. Después de eso, todo más rápido. Para bien y para mal. —Y salió.

La francesa también. Sophie también se había acostado con él. Y después, todo más rápido. No supe si era una advertencia o un duelo, pero me quedó dentro el resto del día.

***

Khalid no vino aquella tarde. Ni aquella noche.

Al principio pensé que era lo de siempre, que se alejaba después de mostrarse de más, su costumbre de poner distancia. Pero al segundo día sin verlo, la casa empezó a cambiar de una manera que no me gustó. Más guardias en los pasillos. Las criadas con la cara tensa. Halima, cuando le pregunté, solo negó con la cabeza y dijo «cosas de fuera, no tuyo», pero lo dijo con un miedo que no le había visto desde los días de los otros.

Algo pasaba. Y yo, encerrada otra vez de hecho aunque no de derecho, sin nadie que me contara nada, hice lo único que sabía hacer: escuchar.

Lo pesqué la tercera noche, de nuevo junto a mi puerta, de nuevo de dos guardias que se creían a solas. Hablaban deprisa, nerviosos, y entendí menos de lo que quería, pero entendí lo suficiente. Una palabra que ya conocía: «deuda». Otra: «plazo». Y un nombre, el nombre que no era Khalid, dicho con miedo, el del hombre de la voz untuosa. Y algo sobre dinero, mucho dinero, que el señor tenía que reunir en muy poco tiempo o habría consecuencias.

Até los cabos en la oscuridad, como ataba siempre. El hombre de la puerta no había olvidado. Había hecho lo que Khalid dijo que haría:

ser más inteligente. No había vuelto a por mí de frente. Había ido a por Khalid por donde más le dolía a un hombre de aquel mundo, por el dinero, por las deudas, exigiéndole de golpe lo que le debía, sabiendo que no podría reunirlo, para hundirlo, para dejarlo sin poder, sin protección, y entonces, con Khalid arruinado e indefenso, ir a por lo que de verdad quería.

A por mí.

Lo entendí todo de golpe, y el miedo que sentí no fue por mí. Fue por él. Y esa fue la prueba definitiva, la que ya no pude negarme, de que algo se me había roto por dentro sin permiso: que al saber a Khalid en peligro, lo primero que sentí no fue alivio, ni esperanza de que su caída fuera mi libertad. Fue terror de perderlo.

Vino la cuarta noche, tarde, y traía la cara de un hombre que no dormía desde hacía días.

—Has adelgazado —le dije, en cuanto entró. Era verdad. En cuatro días se le habían marcado las ojeras, los pómulos.

—Tengo cosas que resolver. —Se dejó caer en el diván, con ese cansancio que ya no disimulaba conmigo—. No es asunto tuyo.

—Sí lo es. —Me senté frente a él—. Sé lo de la deuda. Lo del plazo. Sé que es él. Que te está exigiendo todo de golpe para hundirte, y que cuando te hunda, vendrá a por mí sin que puedas impedirlo. Lo sé, Khalid. He atado los cabos. Siempre ato los cabos.

Me miró, y por una vez no se molestó ni en preguntar cómo lo sabía ni en negarlo. Estaba demasiado cansado para los juegos.

—Entonces sabes que tengo que sacarte ya —dijo—. Antes de lo previsto. Antes de que el plazo venza y me quede sin margen. La ventana de la que te hablé se ha cerrado, y estoy abriendo otra a la fuerza, más peligrosa. —Se pasó la mano por la cara—. En días, Raquel. Te saco en días. No en semanas. Días.

—¿Y tú? —La pregunta me salió antes de pensarla—. Cuando me saques, y él venga a por su dinero y no esté, y no esté yo. ¿Qué te pasa a ti?

Algo se le movió en la cara. No me contestó enseguida.

—Eso no importa.

—A mí sí me importa.

Y ahí estaba. Lo había dicho. Lo que llevaba días negándome, lo que era la prueba de mi propia caída, dicho en voz alta sin que pudiera retirarlo. *A mí sí me importa.* Vi a Khalid recibirlo, vi cómo le cambiaba la cara, cómo entendía lo que aquella frase significaba viniendo de mí, que no decía nada que no fuera verdad.

—No digas eso —dijo, en voz baja, casi con dolor—. No puedes permitirte que te importe lo que me pase. Eso es lo que la hundió a ella. Empezar a quererme. Te lo dije. Te lo avisó hasta la pared, supongo, si la has leído tan bien como creo.

Me quedé helada. *Si la has leído.* Lo sabía. Sabía lo del lavabo. Sabía que yo había encontrado el mensaje de Sophie.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunté.

—Desde el principio. —Alargó una media sonrisa cansada—. ¿Crees que hay algo en esta casa que yo no sepa? Sé que encontraste lo que escribió. Sé que le contestaste. Sé que has estado reconstruyéndola pieza a pieza durante meses. —Me miró—. Y te he dejado hacerlo. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza, sin voz.

—Porque en el fondo quería que la conocieras —dijo—. Que supieras lo que pasó. Que entendieras de qué te estoy salvando. Sin tener que contártelo yo, porque contártelo yo habría sido pedirte que me creyeras, y tú no tenías por qué creerme. Pero si lo descubrías sola, pieza a pieza, era verdad tuya, no versión mía. —Se inclinó hacia delante—. Lo único que no sabes todavía es la última pieza. La que lo explica todo. Y esa no la vas a encontrar arañando piedras, porque no está escrita en ninguna parte. Esa te la tengo que dar yo. Pero no esta noche.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque esta noche, si te la doy, no te vas a querer ir. —Se levantó —. Y necesito que te vayas. Así que la última pieza te la doy cuando estés a salvo, al otro lado, donde ya no puedas cambiar de idea por mí. Es la única manera de que la sepas sin que te mate saberla.

Se fue, y me dejó con aquello dándome vueltas toda la noche. ¿Qué podía explicarlo todo y a la vez atarme a él hasta el punto de no querer marcharme? No tenía con qué imaginarlo. Solo la certeza, cada vez mayor, de que había una verdad enterrada debajo de todo lo demás, y de que él la guardaba a propósito para el final.



CAPÍTULO 25

Fue tres noches después.

Khalid entró en mi cuarto pasada la medianoche, sin avisar, vestido de oscuro, con una bolsa pequeña en la mano. No tuvo que decir nada. Lo supe por su cara, por la hora, por la bolsa.

—Esta noche —dijo.

Me senté en la cama de golpe, con el corazón disparado.

—¿Ahora?

—En diez minutos. Te lo advertí. —Dejó la bolsa sobre la cama—. Ponte tu ropa. La de Madrid. Dentro hay papeles, dinero y un teléfono. No lo enciendas hasta que yo te diga. Date prisa.

Me levanté, temblando, y cogí la ropa de la silla, la que llevaba meses esperándome como un ancla. Mientras me vestía, deprisa, con las manos torpes, Khalid hablaba en voz baja, repasando, como quien recita algo memorizado.

—Salimos por la zona de servicio. Halima ha dejado una puerta sin cerrar. Hay un coche esperando al otro lado del muro, en el camino viejo. El conductor es de fiar, lo he comprado bien, y es leal. Te lleva hasta la costa. Allí te espera un barco. En el barco, otro hombre. Cada uno sabe solo su tramo, así que aunque uno hable, no puede vender el resto. —Me miró—. ¿Lo has entendido todo?

—Sí. —Me costó decirlo, porque algo en cómo lo explicaba me había erizado la piel—. Khalid. Estás diciendo «te lleva». «Te espera». No estás diciendo «nos».

Se quedó callado.

—No vienes —dije. No era una pregunta. Lo había sabido desde la primera frase y me había negado a oírlo—. Me sacas, pero tú no vienes.

—No puedo. —Lo dijo sin dramatismo, como un hecho—. Si desaparecemos los dos, en una hora todo el mundo lo sabe, y nos cazan a los dos antes de llegar a la costa. Si desapareces solo tú, y yo me quedo, en mi casa, dando la cara, nadie sospecha nada hasta que es tarde. Yo soy tu coartada, Raquel. Mi presencia aquí es lo que te da las horas que necesitas para llegar al barco. —Hizo una pausa—. Tengo que quedarme para que tú puedas irte.

—Y cuando se den cuenta de que no estoy. Cuando él venga a por su dinero y a por mí, y yo no esté. —Se me quebró la voz—. ¿Qué te hacen?

—De eso no debes preocuparte. No es asunto tuyo.

—¡No me digas que no es asunto mío! —Lo dije más alto de lo que debía, y bajé la voz enseguida, asustada—. Sé lo que le hace ese hombre a la gente que le falla. Lo sé. Si me sacas y te quedas, te quedas a pagar tú lo que iba a pagar yo. Te quedas a morir en mi lugar.

Khalid me cogió por los hombros, firme, y me miró de cerca.

—Escúchame —dijo—. Llevo tiempo preparando esto. Cada detalle. Y lo he preparado contando con que me quedo. No es una sorpresa de última hora, no es un sacrificio que se me ha ocurrido esta

noche. Es el plan. Siempre fue el plan. Tú sales, yo me quedo. Y si no aceptas esa parte, no sale nada, y te quedas aquí, y entonces sí que estamos los dos muertos, solo que más despacio. —Me apretó los hombros—. Así que vas a coger esa bolsa, vas a cruzar esa puerta, y no vas a mirar atrás. Por una vez en tu vida, no me lleves la contraria.

No le llevé la contraria. Pero tampoco me moví.

—Dame la última pieza —dije—. La que dijiste que no me darías hasta que estuviera a salvo. Dámela ahora.

—Ahora no.

—¿Porque si me la das no me voy a querer ir? —Lo miré—. Khalid. No me voy a querer ir igual. Ya no quiero irme y dejarte aquí. Esa parte ya la has perdido. Así que dámela. Me la debes. Me has tenido medio año reconstruyendo a una mujer que ni siquiera sé que está muerta, pieza a pieza, dándome migajas, dejándome adivinar. Si voy a cruzar esa puerta sin ti, sin saber si te vuelvo a ver, tengo derecho a saberlo todo antes. Todo.

Se quedó mirándome durante un silencio largo. Y entendí, por cómo le cambió la cara, que iba a ceder, que aquella noche, al borde de perderme, ya no le quedaban fuerzas para seguir guardándola.

—Está bien —dijo, en voz muy baja—. Pero rápido, porque cada minuto que pasamos aquí es un minuto que te quito de ventaja. —Respiró hondo—. Tú crees que te compré. En la subasta. Que pujé por ti y te traje aquí por capricho.

—¿No fue así?

—No. —Me sostuvo la mirada—. Yo jamás estuve en esa subasta. Te compró otro hombre. El de la voz que oíste en el pasillo. El que te buscó la puerta. El que ahora me está hundiendo. —Tragó saliva—. Te compró él. Y te trajo a mi casa. Como regalo. Para sellar un trato entre nuestras familias. Tú no fuiste mi capricho, Raquel. Fuiste su regalo. Llegaste a mí con un lazo, de su parte.

El suelo se me movió. No lo había sospechado jamás. Creía que él me había comprado, que había sido su capricho, y de golpe todo lo

que daba por cierto se daba la vuelta y me dejaba sin aire.

—Él me compró… —repetí, despacio, entendiéndolo—. El mismo que me quiere ahora. Me tuvo. Y me regaló a ti, por eso sabía que estaba aquí. En mi habitación.

—Te regaló pensando que me hacía gracia. Que te usaría y te devolvería, o que me aburrirías y te tiraría, como hace él con todo. —La voz de Khalid se endureció—. Lo que no calculó es que yo no soy él. Y lo que no calculó nadie, ni yo mismo, es lo que ibas a ser tú. —Hizo una pausa—. Y ahora quiere recuperarte. No porque le importes. Porque ha visto que me importas a mí, y quitarme lo que me importa es lo único que le divierte de verdad. Por eso me hunde. No por el dinero. El dinero le da igual. Te quiere a ti de vuelta, rota, para enseñarme que puede.

—Y Sophie. —Lo dije con un hilo de voz, porque ya lo veía venir—. Sophie también fue suya. ¿Verdad?

Khalid cerró los ojos un momento.

—A Sophie la compré yo. De verdad, esa vez. Años atrás. Necesitaba integrarme y ser como ellos, o al menos fingir serlo —Los abrió—. Y él me la quitó. No con violencia. Con deudas, con favores, con presiones, igual que ahora, hasta que no pude protegerla más, y me la pidió como pago, y yo... —se le rompió algo en la voz— dudé. Calculé lo que me costaba negarme. Y mientras calculaba, se la llevó. Y me la devolvió muerta. Cuando ya no servía de nada devolverla. —Me miró, y había en sus ojos toda la culpa de años, y en los míos la sorpresa al saber que mis sospechas eran ciertas. Muerta. Sophie, estaba muerta—. Por eso te encerré tan fuerte desde el principio. Para que no te viese y se le olvidase que estabas aquí, para que no se le antojara. Y por eso, esta vez, no voy a dudar. Esta vez te saco aunque me cueste todo. Porque ya pagué una vez el precio de calcular, y no pienso pagarlo dos.

Me quedé mirándolo, con el regalo de su confesión pesándome entera, entendiendo por fin la forma exacta de todo: yo no era una mujer que él hubiera comprado y que se hubiera ablandado con ella. Era la segunda oportunidad de un hombre que había dejado morir a

la primera por cobarde, y que se había jurado no volver a serlo. Mi salvación era su penitencia. Y el hombre que me había regalado a él me usaba ahora para terminar de destruirlo.

—No puedo dejarte aquí con esto —dije, y las lágrimas me caían ya sin permiso—. No puedo, Khalid. Ahora menos. Si me cuentas esto y me dejas cruzar esa puerta sola, te estoy dejando morir por mí, igual que ella murió por ti. No quiero ser tu redención si tu redención es tu tumba.

—Por eso no quería contártelo. —Me secó una lágrima con el pulgar, con una ternura que me partió—. Sabía que ibas a decir exactamente eso. Pero escúchame bien, porque es lo último que te voy a pedir. —Me sostuvo la cara con las dos manos—. La única manera de que mi penitencia no sea inútil es que tú vivas. Si te quedas, seremos dos los muertos, y entonces sí que no habré servido para nada, ni con ella ni contigo. Pero si tú sales, si tú vives, si tú llamas a tu madre y vuelves a Salamanca y tienes la vida que te robaron, entonces lo que yo haga aquí habrá valido para algo. Vivir tú es lo único que me redime. ¿Lo entiendes? No me salvas quedándote. Me condenas. Me salvas yéndote.

Sonó un ruido fuera. Lejano, pero un ruido. Khalid se tensó entero, alerta, y me soltó la cara.

—Se acabó el tiempo —dijo—. Tienes que irte ya.

Cogí la bolsa. Me la colgué del hombro. Y me quedé un segundo más, mirándolo, grabándomelo, el hombre de treinta y dos años que me había comprado sin comprarme, que me había encerrado para esconderme, que me había hecho de monstruo y de muro a la vez, y que ahora me empujaba hacia la puerta para morir en mi lugar.

— Sabías que ibas a quedarte... Sabías que contarme la verdad me impediría irme.

—Sí. —esbozó media sonrisa, la más triste que le vi—. Por eso lo dejé para el final. Ahora vete, antes de que sea demasiado tarde para los dos.

Me abrió la puerta. El pasillo estaba a oscuras y al fondo podía verse la silueta de Halima, esperando para guiarme, con la cara descompuesta.

Di un paso hacia fuera. Y entonces, desde el otro extremo del pasillo, donde no debía haber nadie, donde todo tenía que estar despejado, se encendió una luz.

Y una voz que conocía, suave, untuosa, la de mis peores noches, dijo, con una calma horrible:

—Vaya, vaya. Justo a tiempo. Empezaba a pensar que no os ibais a decidir nunca.



CAPÍTULO 26

El hombre de la voz untuosa avanzó por el pasillo, despacio, saboreando cada paso. Detrás de él se encendieron más luces, y aparecieron dos hombres suyos, grandes, armados, que se quedaron a su espalda como sombras. Halima, al fondo, retrocedió contra la pared, pequeña y aterrada.

—Qué escena —dijo el hombre, deteniéndose a unos metros, mirándonos a los dos con una sonrisa que daba ganas de lavarse—. El gran Khalid al-Rashaan, escapando de su propia casa con su regalo bajo el brazo, como un ladrón. ¿Tú sabes lo que me ha costado conseguir que uno de tus guardias me abra una puerta a tiempo? Menos de lo que crees. La lealtad, en este mundo, es solo el nombre que le ponemos a un precio que todavía no han pagado.

Khalid se había puesto delante de mí, sin que yo lo notara, con su cuerpo entre el hombre y yo.

—Déjala ir y hablamos —dijo Khalid, con una calma que conocía, la de cuando más peligroso estaba—. Esto es entre tú y yo. Ella no

tiene nada que ver.

—Ella tiene todo que ver. —El hombre dio otro paso—. Ella es la cuestión. Yo te regalé un objeto, Khalid. Una cosa para usar y tirar. Y tú vas y le coges cariño, como un crío con un perro callejero. Me has hecho quedar en ridículo delante de las familias. «Al-Rashaan se ha ablandado por una esclava.» ¿Sabes lo que eso vale, en este mundo, dicho en los sitios donde yo lo digo? Te ha costado la mitad de tu protección solo eso. La otra mitad te la voy a quitar esta noche.

—Te equivocas en una cosa —dijo Khalid, sin moverse—. Quieres hundirme, pero has venido a meterte en mi casa, de noche, con dos hombres armados, a robar lo que es legalmente mío según las leyes de este país que tanto respetan tus familias. —Tomó aire—. ¿Sabes cuántas cámaras hay en estos pasillos? ¿Sabes desde cuándo grabo todo lo que pasa en esta casa? Llevas un minuto confesando, delante de testigos, que sobornas a mi gente y que entras en mi propiedad a la fuerza. Eso, ante quien tú y yo sabemos, no te deja en buen lugar.

Algo cruzó la cara del hombre, una sombra rápida. Pero se recompuso, con esa seguridad de quien se cree intocable.

—Cámaras. —Soltó una risa baja—. Khalid, por favor. ¿A quién vas a enseñarle esas cámaras? ¿A las familias? Las familias soy yo. Estás solo.

—No estoy solo. —Khalid dio un paso hacia él, y el otro retrocedió medio—. Llevo seis años, desde lo de la francesa, reuniendo todo lo que haces. Cada trato sucio. Cada nombre. Cada cuerpo. No para usarlo. Para tenerlo. Porque sabía que algún día volverías a venir a quitarme algo, y quería estar listo. —Su voz bajó, mortal—. Tú me puedes quitar el dinero y la protección. Yo te puedo quitar la vida, porque lo que tengo guardado, si llega a las manos correctas, y tengo las manos correctas compradas desde hace años, te entierra a ti y a tu familia entera. Así que piensa muy bien si esta noche te merece la pena. Por una mujer. Por hacerme una mala pasada.

El pasillo se quedó en un silencio tenso, de cuerda a punto de romperse. El hombre de la voz untuosa miraba a Khalid, recalculando, y vi en su cara el momento exacto en que la diversión se le convertía en duda. No había contado con aquello. Había venido a aplastar a un hombre solo y se encontraba con que el hombre solo tenía un cuchillo guardado contra su garganta desde hacía seis años.

Pero los hombres como él no se rinden cuando dudan. Se vuelven más peligrosos.

—Puede que tengas razón —dijo, despacio—. Puede que tengas algo guardado. Pero hay un problema con tu plan, Khalid. —Sonrió otra vez, y esta vez la sonrisa daba más miedo que nunca—. Para usar lo que tienes guardado, tienes que estar vivo. Y aquí, esta noche, los que tenemos las armas somos nosotros.

Hizo un gesto. Uno de sus hombres levantó la pistola.

Lo que pasó después pasó muy rápido, y lo recuerdo a trozos, como recuerdo la calle de Madrid.

Khalid se movió. No hacia el hombre armado, sino hacia mí, empujándome hacia atrás, hacia la puerta de mi cuarto, cubriéndome con su cuerpo. Oí el grito de Halima. Oí algo, un golpe, un forcejeo. Y entendí, en ese segundo eterno, que iba a ver morir delante de mí al hombre que me había salvado, y que su muerte iba a ser, otra vez, por una mujer a la que el mundo había puesto en su casa con un lazo.

No lo pensé. No hubo cálculo, por primera vez en meses no hubo cálculo. Hice lo único que el cuerpo me pidió.

Grité. Con todas mis fuerzas, en su idioma, lo más fuerte que pude, las palabras que sabía que removerían la casa entera:

—¡FUEGO! ¡FUEGO EN LA CASA! ¡DESPERTAD TODOS!

En una casa llena de servicio dormido, de guardias que respondían a Khalid y no al intruso, de gente que llevaba toda la vida entrenada para una sola emergencia, la palabra fuego hizo lo que ningún arma habría hecho. Se encendieron luces por todas partes. Se oyeron puertas, pasos, voces. En cuestión de segundos, el pasillo que el

hombre de la voz untuosa había despejado con un soborno se llenó de testigos, de criados confundidos, de guardias de Khalid que aparecían a medio vestir pero armados, sin entender qué pasaba pero viendo a su señor acorralado por hombres ajenos.

El equilibrio se rompió. El intruso tenía dos hombres. Khalid, de pronto, tenía quince. Y la ventaja de las armas, en mitad de aquella confusión, dejó de ser una ventaja, porque disparar a Khalid delante de toda su casa ya no era un asesinato silencioso, sino una guerra que el hombre de la voz untuosa no había venido a librar.

—Baja eso —le dijo Khalid a su pistolero, con una voz que ya no admitía nada—. Estás en mi casa. Rodeado de mi gente. Y tu jefe acaba de descubrir que no había venido tan bien preparado como creía.

El hombre de la voz untuosa miró alrededor, midiendo, contando, y entendió que la noche se le había dado la vuelta. La furia le cruzó la cara, una furia fría, y por un instante temí que ordenara disparar igual, que prefiriera la guerra a la humillación. Pero los hombres como él aman demasiado su propia piel para morir por orgullo. Bajó la mano, despacio, y su pistolero bajó el arma.

—Esto no termina aquí —dijo, retrocediendo, con sus hombres cubriéndole—. Lo sabes, Khalid. Puedes ganar esta noche. Pero yo tengo más noches que tú. Más dinero. Más familia. Tú tienes una casa y una esclava y un montón de papeles viejos. Yo tengo todo lo demás. —Me miró a mí, por encima del hombro de Khalid, y su mirada me recorrió entera—. Y a ti, niña, te voy a tener. Tarde o temprano. Cuando él ya no esté para ponerse en medio. Disfruta del tiempo que te queda con tu salvador.

Se fue, con sus hombres, escoltado sin una palabra por los guardias de Khalid hasta la salida, y el pasillo se quedó lleno de gente y de la tensión de algo que no había terminado, solo se había aplazado.

Khalid se giró hacia mí en cuanto el otro desapareció. Me cogió de los brazos, me miró de arriba abajo, comprobando que estaba entera.

—¿Estás bien? ¿Te ha tocado? ¿Estás herida?

—Estoy bien. —Temblaba de pies a cabeza, pero estaba bien—. Estoy bien, Khalid.

—Fuego. —Me miró con algo que no supe nombrar, entre el asombro y otra cosa más honda—. Has gritado fuego. Has despertado la casa entera. Mientras yo pensaba en cómo sacarte, tú nos has salvado a los dos con una palabra.

—Es lo único que se me ha ocurrido. —Las lágrimas me caían ya sin freno—. No quería que murieras. No podía dejar que murieras. No me importaba el plan, ni la fuga, ni nada. Solo que no murieras.

Y ahí, en mitad del pasillo, rodeados de su gente confundida, con el peligro recién salido por la puerta y prometiendo volver, Khalid hizo algo que no había hecho nunca delante de nadie. Me abrazó. A la vista de todos. Sin disimulo, sin guardar las apariencias que tanto le importaban en aquel mundo. Me abrazó como se abraza lo que casi se pierde, y yo me agarré a él, y por un momento no hubo ni dueño ni esclava ni regalo ni penitencia, solo dos personas que acababan de no morir.

—Esto cambia todo —dijo, contra mi pelo, en voz baja, solo para mí —. Ya no puedo sacarte y quedarme. Lo ha visto todo el mundo. Mi gente, sus hombres. En cuestión de días lo sabrá todo el mundo, que al-Rashaan abrazó a su esclava en mitad del pasillo como un hombre enamorado. Mi protección se acaba esta noche, voy a perderla. —Se apartó para mirarme—. Así que el plan cambia. Ya no sales tú sola. —Tragó saliva—. Salimos los dos. O no sale ninguno.

Lo miré, con el corazón en la garganta.

—¿Vas a venir?

—Sí. —ladeó una media sonrisa, distinta de todas las anteriores—. Tenías razón. No me redime quedarme a morir. Eso solo es otra forma de cobardía, la del que se castiga para no tener que cambiar. —Me cogió la cara—. La penitencia de verdad, la difícil, es vivir. Contigo. Lejos de todo esto. Intentando merecer cada día lo que no

merezco. Eso sí da miedo. Morir es fácil. Vivir sabiendo lo que hice, eso es lo difícil. Y lo voy a hacer. Contigo.



CAPÍTULO 27

No dormimos. No había tiempo.

En cuanto el pasillo se vació, Khalid se transformó. El hombre cansado de las últimas semanas desapareció, y en su lugar quedó otro, rápido, frío, eficiente, dando órdenes en voz baja a un puñado de guardias en los que dijo confiar, los pocos que no se vendían. Yo lo miraba moverse y entendí que aquella eficacia era la misma que lo había hecho temible, solo que por una vez la usaba para algo que no daba miedo.

—El plan de antes ya no sirve —me explicó, mientras un hombre suyo entraba y salía con bolsas—. Él sabe lo del coche, lo del barco, todo, porque mi guardia se lo habrá contado. Así que vamos a hacer lo contrario de lo previsto. Nada de costa. Nada de barco. Salimos por tierra, hacia el norte, hacia la frontera, esta misma madrugada, antes de que él reorganice a su gente. —Me miró—. Va a ser duro. Horas de coche. Sin parar. Y si nos cogen por el camino, no habrá una segunda casa que despertar gritando fuego. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. —Cogí la bolsa de Madrid y me la colgué—. Vamos.

Se detuvo un segundo. Me miró, y algo se le suavizó en mitad de toda aquella prisa.

—No me preguntas adónde —dijo—. Ni si es verdad. Ni si te estoy engañando para llevarte a otro sitio. Hace seis meses no habrías dado un paso sin calcularlo.

—Hace seis meses no te conocía. —Le sostuve la mirada—. Ahora sí. Y sé cuándo mientes. No estás mintiendo. Vamos, Khalid, antes de que me ponga a calcular y nos cueste la vida.

Halima nos esperaba en la zona de servicio. Tenía la cara surcada de lágrimas, y cuando me vio llegar con la bolsa al hombro, me cogió las manos, las dos, y me las apretó fuerte.

—Te vas —dijo, en su español roto, y no era una pregunta—. Bien. Muy bien. —Me miró, y en aquella cara vieja había una emoción que no le había visto nunca, una mezcla de miedo y de algo parecido a la alegría—. La otra no pudo. Tú sí. Tú sales. —Tragó saliva—. Yo me quedo. Vieja. Aquí toda la vida. Pero tú sales, y yo... —se le rompió la voz— yo lo veo. Por fin lo veo. Una sale.

—Ven con nosotros —dije, de pronto, sin pensarlo—. Halima, ven. No te quedes aquí con él rondando.

Negó con la cabeza, despacio, con una sonrisa triste.

—No, niña. Yo aquí muero. Aquí nací esto, aquí muero. Pero sin pena. —Me soltó las manos, y me puso una en la mejilla, un gesto de madre que me deshizo—. Tú vive por las dos. Por la francesa también. Por todas. —Miró a Khalid, y le dijo algo en su idioma, rápido, serio, que no entendí entero pero del que pesqué una palabra: *cuídala.* Y Khalid asintió, una sola vez, como quien hace un juramento.

Salí de aquella casa de madrugada, igual que había entrado meses atrás, de noche y a escondidas. Pero esta vez no iba con los ojos vendados ni las manos atadas. Iba por mi propio pie, con una bolsa al hombro y la ropa de mi propia vida puesta, y al cruzar la puerta

de servicio y sentir el aire frío de la madrugada en la cara, lo mismo que casi me había roto la noche que me sacaron del primer cautiverio, esta vez no me rompió. Esta vez me supo a otra cosa.

Me supo al principio de algo.

***

El viaje fue lo que él había prometido. Horas y horas de carretera en la oscuridad, primero por caminos buenos y luego por otros que no lo eran, con Khalid al volante, tenso, mirando los espejos más que la carretera. Yo iba a su lado, despierta, vigilando con él, los dos callados la mayor parte del tiempo, hablando solo lo justo.

En algún momento, ya con el cielo empezando a clarear por el este, le pregunté lo que llevaba horas queriendo preguntarle.

—¿Y cuando estemos al otro lado? ¿Qué haces tú? Yo vuelvo a Salamanca, a mi madre, a lo mío. ¿Y tú?

Tardó en contestar, con los ojos en la carretera.

—No lo sé —dijo, y la sinceridad de no saberlo me sorprendió más que cualquier plan—. Llevo toda la vida sabiendo exactamente lo que iba a hacer cada día. Y de pronto no tengo nada. Ni casa, ni negocios, ni mundo. Lo he dejado todo atrás esta noche, y no tengo ni idea de qué viene después. —Me miró un segundo, y volvió a la carretera.

—Bienvenido —dije, y se me escapó una media sonrisa, la primera en mucho tiempo—. Así me sentí yo el primer día en tu casa. Sin nada. Sin saber. Resulta que se sobrevive. —Hice una pausa—. Y otra cosa que necesito que sepas. No te voy a decir que me vayas a tener. No lo sé. Tú me compraste, aunque no fueras tú quien pujara. Me encerraste meses. Eso no se borra porque me hayas sacado, por mucho que me hayas sacado. Necesito volver a mi vida, a mi madre, a ser yo sola, antes de saber qué quiero. Y a lo mejor lo que quiero, cuando lo sepa, no eres tú.

—Lo sé. —No sonó dolido. Sonó como un hombre que acepta una factura justa—. No te he sacado para cobrármelo. Te he sacado porque te lo debía, a ti y a la otra. Lo que pase después es tuyo

decidirlo. —Se tomó un segundo—. Con eso me basta. Con haberte devuelto eso.

***

Paramos solo una vez, en un sitio perdido, para repostar y cambiar de coche, otro que tenía esperando, que era parte del plan que sí había sobrevivido. Y fue allí, en aquel descampado, con el sol saliendo por fin sobre una tierra que no conocía, donde Khalid hizo algo que no esperaba.

Sacó el teléfono de la bolsa. El que me había dado y me había dicho que no encendiera. Lo encendió él, marcó algo, y me lo tendió.

—Toma —dijo—. Todavía no estamos a salvo del todo. Faltan horas. Pero ya estás lo bastante lejos. Llama.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? —Me lo puso en la mano—. A tu madre. Dijiste que llamabas cada día a las cinco y media. En tu país son casi las cinco y media ahora. —sonrió—. A lo mejor, si hay suerte, está esperando al lado del teléfono, como siempre.

Me quedé con el aparato en la mano, temblando, sin atreverme. Medio año. Medio año pensando que no volvería a oír su voz. Y ahora lo único que me separaba de ella era marcar un número que me sabía de memoria, que me había sabido siempre, desde niña.

Marqué. Me alejé unos pasos, hacia el sol que salía, con el corazón en la garganta. Sonó una vez. Dos. Y al tercer tono, una voz que conocía mejor que ninguna otra del mundo, una voz rota, gastada de seis meses de espera, de miedo, de no rendirse, dijo el «¿diga?» más tembloroso que le había oído nunca.

Y luego, hablé:

—Mamá…

—¿Raquel? ¿Hija? ¿Eres tú? ¿Estás… estás bien? —Lloró.

No pude contestar enseguida. Me falló la voz. Me caí de rodillas en aquella tierra extraña, con el sol en la cara y el teléfono apretado contra la oreja, y lloré con ella antes de poder hablar, y detrás de mí

oí a Khalid apartarse, darme espacio, dejarme aquello entero, que era mío.

—Sí, mamá —dije, por fin, cuando pude—. Estoy bien. Estoy bien. Voy a casa.



CAPÍTULO 28

Cruzamos la frontera con el sol ya alto.

No fue como en las películas. No hubo persecución de coches ni disparos ni un guardia mirando un pasaporte con lupa. Hubo un paso fronterizo pequeño, perdido, de los que Khalid había elegido precisamente por eso, un funcionario aburrido que miró los papeles falsos sin demasiado interés, una pregunta de rutina que Khalid contestó en un idioma que yo no sabía que hablaba, y una barrera que se levantó. Y de pronto estábamos al otro lado. En otro país. Fuera del suyo.

No me di cuenta de lo que significaba hasta que la barrera bajó a nuestra espalda. Entonces sí. Entonces me eché a temblar, en el asiento, sin poder parar, con una reacción del cuerpo entero que no controlé, todo el miedo de seis meses saliendo de golpe ahora que por fin podía salir sin matarme. Khalid paró el coche en el arcén, sin decir nada, y me dejó temblar, y esperó, con la mano en mi espalda, hasta que pasó.

—Ya está —dijo, cuando pude respirar—. Estás fuera. Aquí él no manda. Aquí no eres de nadie. —Me miró—. Eres tuya. Como en Madrid.

Lo dijo, y entendí que era verdad. Era libre. Después de medio año, era libre. Y la libertad, descubrí en aquel arcén, no era la explosión de alegría que había soñado en el cuarto cerrado. Era algo más callado y más grande, un peso que se quita y deja a una mareada, sin saber qué hacer con los hombros de pronto ligeros.

***

Pasamos esa noche en una ciudad cuyo nombre no retuve, en un hotel modesto donde Khalid pagó en efectivo y nadie hizo preguntas. Dos habitaciones. Él pidió dos habitaciones, sin consultarme, y aquel gesto habló por sí solo: me estaba devolviendo, también, el derecho a estar sola, a decidir, a que no se diera nada por hecho entre los dos.

Pero aquella noche, después de ducharme en agua que elegí yo, de ponerme ropa que escogí yo de las pocas cosas de la bolsa, llamé a su puerta. No para lo que él pudiera pensar. Para hablar.

Me abrió, y se apartó para dejarme entrar, y nos sentamos, él en la única silla, yo en el borde de la cama, con una distancia entre los dos que ya no era la del dueño y la presa, ni la de los amantes, sino otra nueva que estaba naciendo.

—Mañana llamo a la embajada —dije—. Tú me lo explicaste en el coche. Documentación, repatriación, todo eso… y en unos días estaré en Salamanca. —Hice una pausa—. ¿No puedes venir conmigo, verdad? A España, digo. No con quién eres, ni con lo que dejaste atrás. Ni con lo que él pueda mover…

—No, no puedo. —No sonó dolido. Sonó como un hombre que ha hecho las cuentas—. Mi sitio no es tu vida, Raquel. Yo te saco hasta aquí, hasta lo seguro, y aquí se separan los caminos. Tú vuelves a lo tuyo. Yo desaparezco. Es lo que hay. Es lo correcto.

—¿Adónde vas a desaparecer?

—No lo sé. Y es mejor que no lo sepas. Si no lo sabes, no pueden sacártelo. —Levantó una ceja elevando la comisura de la boca a la vez.

Nos quedamos en silencio.

—Tengo que preguntarte una cosa —dije al fin—. Y necesito que me digas la verdad, aunque no me guste. Una última verdad, ya que estamos en el sitio donde dijiste que me las darías todas.

—Pregunta.

—Si yo no hubiera sido como soy. —Lo miré—. Si hubiera bajado la cabeza en la subasta, si me hubiera roto en el cuarto, si hubiera sido una de esas que tú dices que se apagan. ¿Me habrías sacado igual? ¿O me habrías usado y tirado, como pensaba él que harías?

Khalid se tomó su tiempo. Y cuando contestó, no me adornó nada, y se lo agradecí.

—No lo sé —dijo—. Probablemente no. Probablemente te habrías apagado en ese cuarto y yo te habría dejado apagarte, como dejé que pasaran otras antes que tú, antes incluso de la francesa. —Sostuvo mi mirada, sin esconderse—. No soy un buen hombre, Raquel. Que te haya sacado no me convierte en uno. Me sacaste tú a mí, en realidad. Tu manera de no rendirte me obligó a mirarte, y mirarte me obligó a recordar lo que dejé que le pasara a la otra, y recordarlo me obligó a no repetirlo. No me salvaste con amor. Me salvaste siendo imposible de ignorar. —Hizo una pausa—. Si buscas un héroe en esta historia, no soy yo. Eres tú. Yo solo soy el que, por una vez, llegó a tiempo.

Me quedé mirándolo, y entendí que aquella era la confesión más honesta que me había hecho, más que la del regalo o la de Sophie, más que el «no quiero soltarte». Acababa de negarse a sí mismo el papel de salvador. Acababa de decirme que no le debía nada, que no lo confundiera con un buen hombre, que la fuerza la había puesto yo. Y un hombre que renuncia a ser tu héroe, justo cuando podría cobrárselo, es lo más parecido a un buen hombre que aquel mundo podía dar.

—No busco un héroe —dije—. Nunca lo he buscado. Solo quería saber la verdad. Y me la has dado. —Me levanté—. Gracias por eso. Por la verdad y por la salida. Las dos cosas.

Fui hacia la puerta. Y antes de salir, me giré, porque había algo que necesitaba decir y que no sabía si volvería a tener ocasión.

—No sé qué voy a querer cuando esté en casa —dije—. A lo mejor querré olvidarte. Olvidarlo todo. Cerrar esta puerta y no volver a abrirla nunca. Sería lo sano. —Lo miré—. Pero a lo mejor no. A lo mejor, dentro de un tiempo, cuando vuelva a ser yo del todo, cuando lo de la jaula esté lejos, descubro que lo que elegí aquellas noches no fue solo supervivencia. Y entonces voy a querer encontrarte. Y no voy a saber cómo, porque tú vas a desaparecer.

Khalid me miró, y no escondió nada, ni recompuso la cara, ni levantó el muro.

—Si ese día llega —dijo—, déjale una pieza a alguien. Una sola. Quizás a Halima. —Sonrió, triste—. Y yo estaré esperando esa pieza el resto de mi vida, aunque no llegue nunca. Es lo que me toca. Esperar sin derecho a que vengas. Después de lo que te hice, es exactamente lo que merezco.

Salí. Cerré la puerta. Y me quedé en el pasillo del hotel, temblando otra vez, entendiendo que acababa de dejar abierta la única puerta que importaba, la de decidir, algún día, con los ojos abiertos y desde la libertad, si aquello había sido la peor cosa que me pasó en la vida o el principio, torcido y terrible, de otra.



CAPÍTULO 29

Llegué a Salamanca un martes de abril, seis meses y once días después de aquella tarde de octubre en que salí de la facultad y no llegué a casa.

Lo conté después, los días exactos, como contaba todo. Esa parte de mí no se fue. Creo que ya no se irá nunca, que hay cosas que el cautiverio te deja dentro para siempre, como un idioma que aprendes de pequeño y ya no olvidas. Pero había aprendido, también, que no todo lo que el encierro me dejó era malo. La que cuenta, la que archiva, la que no se rinde, esa también nació allí, o se hizo allí más fuerte. Y a esa me la quedaba.

La embajada hizo lo que tenía que hacer, despacio y con formularios, y al final hubo un vuelo, y un aeropuerto, y una puerta de llegadas, y detrás de aquella puerta, mi madre.

No la había avisado del vuelo exacto. No quería que esperara horas, que sufriera la antesala. Pero estaba allí igual, porque las madres saben de sus hijos más que ellos mismos, porque la mía había ido

cada día desde que la llamé, por si acaso, con una foto mía en la mano por si no me reconocía después de tanto, y cuando crucé la puerta y la vi, pequeña, encogida, más vieja de lo que la recordaba, con seis meses de no dormir marcados en la cara, se me cayó encima toda la entereza que había sostenido durante medio año.

No nos dijimos nada. No hacía falta. Me abrazó, o nos abrazamos, ya no sé quién sostenía a quién, y lloramos las dos en mitad de un aeropuerto lleno de gente que no sabía nada, que pasaba con sus maletas y sus prisas sin imaginar lo que era aquello, lo que costaba aquello, de dónde venía aquel abrazo. Mi padre estaba detrás, llorando como no lo había visto llorar nunca, esperando su turno.

—Estás bien —dijo mi madre, contra mi pelo, no como pregunta esta vez, sino como quien necesita decirlo en voz alta para creérselo—. Estás bien. Estás aquí. Estás bien.

—Estoy bien, mamá —dije, y por primera vez en seis meses la frase de las cinco y media era verdad del todo.

***

Volver no fue volver. Eso lo entendí pronto, en las semanas que siguieron.

La casa de Salamanca seguía igual. Mi cuarto seguía igual, con mis libros, mi cama, mis cosas de antes, esperándome como me había esperado mi madre. Pero yo no era la que se había ido. La que volvía había dormido en un sótano de cemento, la habían subastado bajo unos focos, la habían encerrado medio año en una jaula de oro, había aprendido un idioma para espiar, había leído el mensaje de una muerta bajo un lavabo, había elegido, en mitad de todo eso, acostarse con su captor. No se vuelve de eso a ser la chica que llamaba a su madre desde el metro. Se vuelve siendo otra, y la otra tiene que aprender a vivir en la vida de la primera, que le queda extraña, pequeña, como ropa de cuando eras niña.

Hubo médicos. Hubo una psicóloga, una mujer paciente y buena con la que empecé, despacio, a poner palabras a algunas cosas, aunque otras me las guardé, porque eran mías, porque ponerlas en palabras

habría sido entregarlas. Hubo noches malas, muchas, en que me despertaba con el corazón disparado sin saber dónde estaba, buscando una bombilla pelada en el techo, y tenía que encender la luz y reconocer mi cuarto y repetirme que estaba en casa, que estaba a salvo, que la cerradura de mi puerta la abría yo.

Y hubo, sobre todo, la pregunta. La que no le conté a la psicóloga. La que no le conté a mi madre. La que me hacía a mí misma por las noches, cuando reconocía mi cuarto y conseguía calmar el corazón.

¿Dónde estaba él?

No me permití buscarlo. Me lo prohibí, los primeros meses, como una disciplina. Me dije que era lo sano, que tenía que recuperarme yo antes de pensar en él, que mezclar las dos cosas, la curación y aquello, era el camino más rápido a no curarme de ninguna. Y tenía razón. Hice bien. Necesitaba volver a ser yo, entera, antes de poder mirar lo de la jaula con los ojos de la libertad y no con los del síndrome que la psicóloga nombraba con cuidado y que yo me negaba a aceptar como única explicación, porque reducir lo que sentí a un síndrome era quitarme, otra vez, la capacidad de haber elegido.

Pasaron meses. Terminé el máster, lo defendí en septiembre, un año tarde, delante de un tribunal que no sabía nada y al que no le di explicaciones. Retomé pedazos de mi vida, vi a las amigas que me habían llorado por muerta, dejé que la normalidad me fuera envolviendo despacio, como una convalecencia.

Y poco a poco, según volvía a ser yo, según la jaula se alejaba y dejaba de tener poder sobre mis noches, descubrí que la pregunta no se iba. Al contrario. Cuanto más libre era, cuanto más mía, cuanto menos podía explicarse por el miedo o por el síndrome o por la gratitud del cautivo, más clara se volvía. Y un día, casi un año después de volver, sentada en un café de Salamanca con un libro que no leía, entendí lo que significaba que la pregunta siguiera ahí cuando ya no quedaba ninguna jaula que la explicara.

Significaba que era de verdad.

Que lo que elegí aquellas noches, en la oscuridad, sabiéndolo todo, no había sido solo supervivencia. Que había algo real debajo, algo que había sobrevivido a la libertad, que era la única prueba que yo aceptaba. Lo que se siente en una jaula puede ser mentira, miedo disfrazado. Lo que sigue ahí un año después, en libertad, en un café, sin nada que lo fuerce, eso es verdad.

No me gustó descubrirlo. Habría sido más limpio que se fuera. Pero yo no me mentía, nunca me había mentido, era lo que me había salvado. Y no iba a empezar entonces.

***

Esa tarde volví a casa y saqué la bolsa que había traído de allí, la que tenía guardada en el fondo del armario y que no había abierto en un año. Dentro estaba la ropa de Madrid, lavada y doblada como me la devolvió él. Y entre la ropa, una cosa que no había sabido que llevaba hasta que la encontré, días después de llegar, en un bolsillo del abrigo donde alguien la había metido sin que yo lo viera.

Un papel pequeño, doblado. Con una sola línea, escrita a mano, en español, con una letra que no había visto nunca, pero que supe de quién era.

Halima siempre sabrá dónde estoy.

Lo había leído mil veces aquel año. Lo había vuelto a guardar mil veces, diciéndome que no, que era una locura, que la curación pasaba por cerrar, no por abrir. Pero aquella tarde, después del café, después de entender lo que la pregunta significaba, lo saqué otra vez, y lo miré, y por primera vez no lo guardé pensando «no».

Lo guardé pensando «todavía no».

Que es una cosa muy distinta. Porque «no» es una puerta cerrada, y «todavía no» es una puerta que una deja entornada a propósito, para volver a ella cuando esté lista, desde la libertad, con los ojos abiertos, habiendo elegido.

Y yo, que había aprendido en la peor de las escuelas que la diferencia entre rendirse y elegir está justo en eso, en hacer las

cosas con los ojos abiertos, supe que algún día, no aquel, pero algún día, iba a buscar a Halima.

No por gratitud. No por síndrome. No por una jaula.

Sino porque sería, por fin, una decisión enteramente mía. La primera de verdad, tomada desde la libertad total, sobre la única cosa que aquel mundo terrible no había conseguido decidir por mí.

A quién quería.



EPÍLOGO

Esperé un año más.

No por castigarme, ni por castigarlo a él. Por estar segura. Porque después de todo lo que me habían quitado, la decisión que estaba a punto de tomar tenía que ser tan mía, tan limpia, tan poco contaminada por el miedo o por la costumbre o por la herida, que no pudiera reprochármela nunca. Necesitaba mirar atrás y saber, sin sombra de duda, que la mujer que decidía buscarlo no era la prisionera asustada del cuarto cerrado, sino otra, libre del todo, que elegía desde un sitio donde nadie la obligaba a nada.

Tardé dos años en total, desde que volví. Dos años de terminar el máster, de empezar a dar clases, de recomponerme pieza a pieza, de dejar que la jaula se volviera recuerdo y no presente. Dos años en que algunas noches todavía me despertaba buscando una bombilla en el techo, pero cada vez menos, cada vez más espaciadas, hasta que pasaron semanas, y luego meses, sin una sola.

Y cuando supe, sin duda, que ya no lo buscaba por nada que no fuera querer buscarlo, fui a por la pieza que él me había dejado.

Halima.

No fue fácil. Khalid había desaparecido bien, como prometió. Pero Halima seguía donde siempre, vieja y terca, en aquella casa que ya no era de él sino de otro dueño, y llegar hasta ella me costó meses, intermediarios, dinero que había ahorrado clase a clase, y una paciencia que también había aprendido en la peor escuela. Hasta que un día, a través de una cadena de personas que prefiero no contar, me llegó una respuesta. Una sola línea, de la mano de Halima, en su español roto que reconocí al instante y que me hizo llorar de pura ternura.

Niña. Vive. Lejos. Te espera sin esperar. Yo digo dónde si tú segura.

Le contesté con una sola palabra.

Segura.

***

Lo encontré en una ciudad pequeña, junto al mar, en un país que no era el suyo ni el mío, uno de esos sitios donde va la gente que necesita dejar de ser quien era. Tenía otro nombre. Una vida pequeña, callada, irreconocible para quien hubiera conocido al hombre del palacio. Vendía algo, no importa qué, en un negocio modesto, y vivía solo, en una casa que no era ninguna jaula, sin guardias, sin muros, sin nada de lo que había tenido.

Lo vi antes de que él me viera. Desde la acera de enfrente, una tarde, mientras él cerraba el negocio. Estaba más mayor, más delgado, con el pelo empezando a encanecer en las sienes aunque no debía de pasar de los treinta y cinco. Y se movía distinto. Sin el peso del poder encima, sin la tensión de quien manda y teme, sin la casa entera apretándose a su alrededor. Parecía, por primera vez desde que lo conocía, un hombre cualquiera.

Crucé la calle. Él levantó la vista al oír los pasos, por costumbre, la vieja costumbre del que siempre vigila. Y me vio.

Se quedó muy quieto. Como aquella primera tarde en mi cuarto, cuando entró y me miró y no dijo nada. Solo que esta vez el quieto era otro, el de un hombre que ve aparecer lo único que ha esperado, y que no se atreve a creérselo por miedo a que se desvanezca.

—Hola —dije.

Tardó en contestar. Le costó. Vi que le costaba.

—Hola —dijo, por fin, con la voz rota—. ¿Estás…? —Se detuvo, como si la pregunta fuera demasiado.

—Estoy bien —dije, y al decirlo entendí que llevaba dos años contestando esa pregunta, primero a mi madre y ahora a él, y que las dos veces era verdad—. Libre. Entera. He tardado en venir porque necesitaba venir así. Para que no quedara duda.

—¿Duda de qué?

—De que vengo porque quiero. —Le sostuve la mirada, como la primera vez—. No porque me salvaras. No porque no tenga adónde ir. Me he dado dos años de distancia, de libertad, de todo. Y aquí estoy. Resulta que te quiero. Quería decírtelo a la cara.

Khalid me miró, y algo se le quebró en la cara, algo que llevaba años conteniendo, pero no lo recompuso, no levantó el muro, no se escondió.

—No deberías —dijo, en voz baja—. Quererme. Después de lo que te hice. No lo merezco. Te encerré. Te compré, aunque no pujara yo. Te tuve medio año en una caja. Lo que sientes, sea lo que sea, nació de eso, y eso es una herida, no un buen sitio del que nazca nada.

—Eso lo decía yo también —respondí—. Durante dos años. Que era la herida. Que era el síndrome. Que no podía ser real lo que nace en una jaula. —Di un paso hacia él—. Pero hay una cosa que aprendí de ti, ¿sabes? Que lo que es mentira no sobrevive a la libertad. Lo que sentí en la jaula podía ser mentira, miedo, supervivencia, lo que tú quieras. Pero llevo dos años libre. Dos años en mi casa, con mi gente, con todo el tiempo y toda la distancia del mundo para que se me pasara. Y no se me ha pasado. Y lo que sobrevive a dos años de

libertad no es una herida. Es verdad. Es la prueba que tú mismo me enseñaste a usar, aunque no lo supieras.

Se quedó callado, peleando consigo mismo, con esa culpa que le venía de muy hondo, de antes de mí, de la otra, de toda una vida.

—La francesa —dijo al fin—. Sophie. Lo que le pasó. Yo no lo voy a olvidar nunca. No tengo derecho a ser feliz como si no hubiera pasado.

—Lo sé —dije—. Y no te pido que lo olvides. Yo tampoco la olvido. —Tragué saliva—. No vamos a olvidarla. Vamos a llevarla con nosotros. Es distinto. Cargar con un muerto no es lo mismo que hundirse con él. Tú me enseñaste eso también, sin saberlo, el día que me dijiste que la que se olvida de lo que le hacen es la que se rompe de verdad.

Nos quedamos los dos en silencio, en aquella calle junto al mar, a una distancia que ya no era la del dueño y la presa, si no la de dos personas libres que se eligen.

—No sé hacer esto —dijo él, al fin, y se le escapó una sonrisa, limpia y completa—. Lo de ser una persona normal. Querer a alguien sin tenerlo encerrado, sin comprarlo, sin poder. No sé. Llevo toda la vida sin saber.

—Yo tampoco sé —dije—. Lo de querer a alguien sin que sea una jaula. Tampoco lo he hecho nunca. Mis padres me guardaron como tú me guardaste, a su manera. No he querido nunca a nadie en libertad. —Le tendí la mano, abierta, sin agarrar nada, ofreciéndola, que era todo lo contrario de cómo nos habíamos tocado siempre—. Así que vamos a aprenderlo. Los dos. Desde cero. Sin muros, sin cerrojos, sin precios. A ver si somos capaces.

Khalid miró mi mano abierta durante un largo rato. Como quien mira algo que no cree merecer y le ofrecen igual. Y luego, despacio, sin agarrar, solo posando la suya sobre la mía, con un cuidado que era el mismo de aquella noche en la oscuridad, pero a plena luz y en libertad, la tomó.

Y por primera vez en toda nuestra historia, fue un gesto entre iguales. Ni él me compraba, ni yo le pertenecía, ni había focos, ni subasta, ni jaula, ni precio. Solo dos manos abiertas, junto al mar, en un sitio que no era de nadie, eligiéndose libres lo que el mundo había intentado convertir en propiedad.

No fue un final de cuento. No me hago ilusiones, ni me las hacía entonces. Teníamos dos vidas rotas que recomponer, una muerta que cargar y un pasado que ninguno de los dos iba a poder dejar atrás del todo. Lo que empezaba aquella tarde iba a ser difícil, lento, lleno de noches malas y de fantasmas. Pero iba a ser nuestro. Elegido. Libre.

Y eso, después de todo, después del sótano y la subasta y la jaula de oro y el mensaje bajo el lavabo, era lo único que yo había querido desde el principio.

No que me salvaran.

Elegir.

Fin.